

se

Selección

TERROR

BOLSILIBROS

TERROR

extra

**ANGELES,
LLORAD SANGRE**

**Curtis
Garland**



El hacha cayó con violencia.

Las dos cabezas saltaron bruscamente de los cuellos de sus respectivos dueños, segadas de forma brutal por la afilada hoja del instrumento. Un caudal espeluznante de sangre brotó de las carótidas cercenadas.

La muchacha pelirroja profirió un agudo grito de terror, con sus dilatados ojos fijos en la espantosa escena, y retrocedió, angustiada, mientras el asesino se volvía lentamente hacia ella, con mirada desorbitada y expresión demoníaca en su feo, horrendo rostro mutilado por el ácido.

Aquella faz de gárgola medieval, crispada y deforme, reflejaba toda la maldad del mundo. La mano engarfiada que sujetaba el hacha tinta de sangre parecía la garra de una fiera demoníaca.



Curtis Garland

Ángeles, llorad sangre

Bolsilibros: Selección Terror extra - 8

ePub r1.0

Titivillus 17.11.17

Título original: *Ángeles, llorad sangre*

Curtis Garland, 1982

Ilustraciones: Antonio Bernal

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Selección

TERROR *extra*



Prólogo

EL hacha cayó con violencia.

Las dos cabezas saltaron bruscamente de los cuellos de sus respectivos dueños, segadas de forma brutal por la afilada hoja del instrumento. Un caudal espeluznante de sangre brotó de las carótidas cercenadas.

La muchacha pelirroja profirió un agudo grito de terror, con sus dilatados ojos fijos en la espantosa escena, y retrocedió, angustiada, mientras el asesino se volvía lentamente hacia ella, con mirada desorbitada y expresión demoníaca en su feo, horrendo rostro mutilado por el ácido.

Aquella faz de gárgola medieval, crispada y deforme, reflejaba toda la maldad del mundo. La mano engarfiada que sujetaba el hacha tinta de sangre parecía la garra de una fiera demoníaca.

—¡No, no, por favor, no! —clamó con voz estremecida la muchacha, retrocediendo lentamente ante el agresor que se aproximaba, implacable, a ella—. ¡A mí, no, por el amor de Dios!

La fiera humana emitió un gruñido ronco, inarticulado, entre sus labios informes, y siguió avanzando paso a paso. Alzó su mano armada. El hacha brilló siniestramente a los reflejos de unas luces que daban a la escena un aire dantesco, alucinante.

El retroceso de la joven se hizo imposible. Un pesado mueble y un muro le cerraban todo el paso hacia atrás. Y delante de ella estaba el asesino del hacha. Más allá, dos cuerpos humanos, descabezados, se desplomaban, en medio de atroces convulsiones.

Agazapada, acorralada irremisiblemente, la pelirroja tembló, alzando sus manos estremecidas, como si bastara simplemente con eso para mantener a raya a su adversario. Éste se limitó a exhalar otro sonido ronco, y alzó el hacha todavía más, por encima de su cabeza, para descargarla sobre su víctima.

De súbito, algo alteró radicalmente la trágica escena. La

muchacha lanzó un nuevo grito, esta vez cuajado del más profundo y vivo horror, al tiempo que clamaba con voz quebrada, sollozante:

—No puedo..., ¡no puedo más! ¡No puedo soportarlo! ¡No, no...!

E inesperadamente, se lanzó contra la pared sólida que había tras de ella, la desgarró, abriendo un boquete, y desapareciendo por la abertura, ante el pasmo del monstruo del hacha, que se quedó quieto, como alelado, el arma sangrante en vilo y la mirada estúpidamente fija en el enorme boquete practicado en la «piedra» del muro.

Un clamor de protesta, silbidos y pateos, llegaron de la platea en ese momento, acogiendo el inesperado mutis de la heroína con muy escasas simpatías, pese a que, hasta ese momento, los espectadores habían asistido, mudos y acongojados, a las macabras peripecias que tenían lugar en el escenario.

—¡El telón, pronto, el telón! —bramó un hombre, congestionado de ira, moviéndose espasmódico entre bastidores—. ¡Echad el telón, maldita sea! Y que alguien salga a decir algo a esa gente, o nos quemarán el teatro, y con toda la razón del mundo...

Se le obedeció, aunque no demasiado prestamente, y el «monstruo» del hacha tuvo que abandonar el escenario, dando saltos y arrojando el hacha, que golpeó el suelo con ruido de hojalata y madera hueca. Los «decapitados difuntos» se pusieron en pie sin perder tiempo, y salieron a la carrera en pos de su «asesino», mientras el escenario se llenaba de objetos como vasos de papel encerado, latas vacías de cerveza e incluso piedras, momentos antes de caer el telón.

—Esa chica... ¡Esa chica puede arruinarme! —bramaba iracundo el hombre de la faz congestionada, buscando en vano, en medio de la barahúnda organizada en el escenario a la directa responsable del desagueado.

Pero de la bonita y joven pelirroja no se advertía el menor rastro en estos momentos. Era como si se la hubiese tragado la tierra, tras romper con su grácil cuerpo el papel del decorado, en una fuga incomprensible.

Fuera, en la platea, proseguía el escándalo, y numerosos objetos golpearon el telón, en señal evidente de protesta. Un actor, pálido y vacilante, se acercó al hombre que mostraba tales señales de ira.

—Señor Carson, lo siento —manifestó con voz débil—. No hay

quien pueda salir a escena y parar a esos energúmenos. Quieren que prosiga la representación o les devuelvan su dinero...

—Está bien, está bien —trató de apaciguarse en vano el llamado Carson, aunque era evidente que ello le costaba mucho—. Utiliza el micrófono y que lo escuchen por los altavoces de la sala. Diles que devolveremos el dinero de la entrada a quien así lo solicite, y que quienes quieran, pueden quedarse a ver otra función en vez de la que hemos suspendido.

—Pero, señor Carson, si la chica no aparece... —dudó el actor—. Ella tenía el papel principal en el último acto...

—Maldita sea, ¿crees que no lo sé? —tronó Carson—. ¡Yo mismo he escrito la obra, de modo que sé lo que ocurre! Representaremos otra obra. El vampiro ciego, por ejemplo. Creo que Helen se sabrá el papel, porque es muy corto. Que alguien la avise para que se vista, cambiad el decorado, y tú ve anunciando eso al público. Con un poco de suerte, quizás salvemos la mitad de la entrada...

El actor corrió a informar a través del micrófono, sin exponer su físico a las iras del respetable, de las intenciones de la empresa para compensar al público por lo sucedido.

Carson, mientras tanto, seguía buscando a la pelirroja. Un empleado del teatro le informó escuetamente:

—La he visto salir corriendo del barracón, señor Carson. Se perdió en medio de la feria...

El empresario torció el gesto y corrió a la salida del escenario.

Ciertamente, era difícil, por no decir imposible, localizar ya a la muchacha que había estropeado la representación en su momento culminante. Alrededor del barracón del grand guignol de Benedict Carson, «el espectáculo más sangriento, terrorífico y excitante del mundo», según los carteles anunciadores de la fachada del teatrillo ambulante, la feria hervía en actividad, luz y color. Música, voces, risas, anuncios de las atracciones por altavoces, el estampido de las armas de tiro al blanco, riadas de gente de toda condición y edad, formaban un conglomerado multicolor y bullicioso, entre las luces parpadeantes de las casetas de feria, montañas rusas, norias y carruseles, donde encontrar a una determinada persona resultaba una auténtica utopía.

—El diablo la lleve... —rezongó malhumorado Carson, enjugándose el sudor de la frente con un gran pañuelo—. Buena la

ha hecho esa idiota... ¡Oh, cielos, qué estúpido llego a ser! ¿Por qué tuve yo que apiadarme de ella, de su aspecto de ingenua en apuros para admitirla aquí, en mi negocio? Y al primer papel importante que representa... ¡zas! Va y me deja colgado, haciendo además el ridículo y enfureciendo al público...

Se calmó ligeramente al advertir que sólo ocho o diez personas abandonaban el teatro por la puerta principal, con gesto airado, y el resto de espectadores se quedaba en la platea. Regresó al escenario, apremiando a sus empleados para que cambiasen el decorado lo más deprisa, y los actores se vistieran adecuadamente para la otra obra a representar.

—Parece que, en medio de todo, hemos tenido suerte —comentó uno de los actores, apareciendo ataviado a la moda de la época victoriana para su papel en la nueva obra—. La gente ha acogido de buen grado el cambio en su inmensa mayoría.

—Menos mal —rezongó Carson—. Pero esa chica pudo habernos echado por tierra el negocio... ¡y precisamente en un sábado por la noche, por todos los diablos! ¿Qué pudo ocurriría a esa estúpida para reaccionar así? Sabía que todo era una farsa, lo había ensayado varias veces sin problemas...

—No sé —el actor se encogió de hombros—. La vi hoy muy nerviosa toda la tarde. Desde que ensayó con luz y vestuario, creo yo. Tal vez la impresionó la caracterización de Smithy, o tal vez el truco del hacha y la sangre... Como no llegamos a ensayar eso con ella esta tarde...

—Cierto. —Carson arrugó el ceño—. Pues sí que es mojigata la chica...

En ese momento, una voz preguntó gravemente a sus espaldas:

—¿Señor Benedict Carson?

—Sí —se volvió, sorprendido—. Yo mismo.

Se encontró ante dos agentes de policía, uniformados, y un hombre con gabardina color marrón, que le mostraba una credencial con gesto rápido.

—Policía de la ciudad —dijo—. Soy el teniente Carpenter. ¿Es usted el empresario de este local?

—En efecto, señor —afirmó Carson, sorprendido—. ¿Ocurre algo? Si se trata de lo sucedido con una actriz de mi compañía, ya he anunciado que devolveremos el dinero a todos los que lo...

—No, no se trata de nada relacionado con su negocio como tal —negó rápidamente el oficial de policía—. Yo pertenezco al Departamento de Homicidios de Los Ángeles, señor Carson.

—¿Homicidios? —El asombro del empresario fue en aumento—. Me temo que aquí no tengamos relación con homicidio alguno, salvo los que se fingen en escena...

—Eso ya lo veremos. Dígame si conoce a esta joven.

Extrajo de su gabardina una fotografía en color y la mostró a Carson. Éste se irguió, ceñudo, al ver el rostro atractivo y dulce, bajo el cabello rojizo.

—¿Que si la conozco? ¡Cielos, teniente, daría algo por echármela ahora a la cara!

—Yo también —afirmó, severo, el policía—. ¿De qué la conoce?

—Es... es la actriz que ha causado el escándalo hoy en la representación, hace apenas unos minutos. Escapó de escena, rompiendo el decorado, en la escena más dramática...

—¿Quiere decir con eso que no está ahora en este local?

—No, claro que no. Se ha marchado apenas hizo mutis. Se mezcló con la gente de la feria. Debe andar por ahí...

El teniente frunció el ceño, y dio una rápida orden a sus hombres de uniforme, tras dirigir una ojeada pesimista a la muchedumbre que invadía la feria.

—Traten de dar con ella —habló, tajante—. Avisen a todas las unidades. Que vengan más coches patrulla y bloqueen todo el recinto ferial. Tal vez no sea aún demasiado tarde...

Los agentes asintieron, echando a correr. Carson, pasmado, preguntó al oficial de Homicidios:

—Pero..., pero ¿qué pudo hacer esa chica, teniente? Se presentó a mí hace días, solicitando trabajo, y la admití. Dijo haber sido actriz aficionada en el colegio y en la Universidad y la creí... Realmente, representaba muy bien, pero de repente no sé lo que le pasó.

—Ya me contará eso más tarde. ¿Sabe cómo se llama ella?

—Claro. Me dio su nombre al presentarse: Brenda Marsthon...

—Le mintió. No se llama así, aunque conservó las mismas iniciales de su verdadero nombre en esta ocasión. Su nombre es Belinda Marsh. Y está reclamada por doble asesinato.

—¿Qué?

—Mató a dos personas a hachazos en Illinois hace un mes...

* * *

Selwyn Pearson afirmó con un movimiento de cabeza.

—Sí, lo sé —asintió—. Doble asesinato. Dos personas decapitadas con un hacha. La historia es lo bastante conocida.

—Entonces, ¿qué es lo que desea saber, exactamente? —indagó el camarero del establecimiento de hamburguesas, mirando receloso a su cliente.

Éste sonrió, depositando sobre el mostrador un billete flamante, de veinte dólares, que depositó bajo un salero. Los ojos del empleado se fijaron en el papel con ansiedad. Pearson tabaleó sobre la madera lustrosa del mostrador, junto a su plato de hamburguesas y su jarra de cerveza, recitando lentamente:

—Usted tiene que haber oído cosas sobre ese suceso. Cosas que no aparecieron en los periódicos, sin duda. Ocurre siempre en la vecindad del escenario de un crimen tan apasionante. ¿Cuánto hace que trabaja aquí?

—Dos años y algo más. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque en ese caso, es como si fuese vecino de los protagonistas del suceso. Habrá oído cosas sobre Belinda Marsh, sobre las víctimas, sobre muchas cosas...

—¿Y por qué se interesa usted tanto por ello? —Receló el camarero.

—Digamos que soy un periodista algo más curioso que los demás, y que no me conformo con las versiones oficiales de los hechos. Creo que la propina por una pequeña charla de mostrador, bien vale la pena, ¿no le parece?

Y alargó hacia él los veinte dólares empujándolos suavemente con la yema de los dedos. Rápido, el hombre de las hamburguesas recogió el billete y lo guardó sin pérdida de tiempo.

—Bueno, ¿qué quiere saber, exactamente? —indagó.

—Ya se lo dije. Lo que los periódicos no cuentan. Chismorreos, cosas que se dicen, que corren de boca en boca, cosas *off the record*.

—Bueno, se dicen muchas cosas —encogió sus hombros el camarero, al tiempo que se volvía hacia otro cliente que acababa de sentarse en el lado opuesto y anotaba su pedido, pasándolo a la cocina. Luego regresó ante Pearson y añadió cautelosamente—: Si se refiere a Belinda Marsh, en concreto, muchos dicen que es la

chica más bonita y dulce que han visto jamás.

—Pero se la acusa de doble asesinato.

—Oh, eso es diferente. Si la pobre está..., bueno, ya me entiende. Si está... así... pues... —Y se había llevado significativamente un dedo a la sien, barrenando en ella—. Eso explicaría muchas cosas, ¿no?

—Evidentemente —aceptó Selwyn Pearson, tomando un sorbo de cerveza. Miró críticamente a su interlocutor—. Pero... ¿usted diría que ella está, realmente... loca?

El camarero se rascó la nuca bajo su gorro blanco y meneó la cabeza con aire dubitativo.

—No sé... No soy médico. Los psiquiatras dijeron eso. Y la encerraron. Personalmente, la había tratado poco. Ella regresó de la Universidad el año pasado, y no salía mucho de casa. Pero las veces que vino por aquí, me pareció una chica normal, algo retraída, eso sí, pero nada más. Tampoco parecía propicia a que la galantearan. Delante de mí echó con cajas destempladas a los jóvenes más conquistadores del barrio.

—Entiendo. ¿Advirtió en ella alguna tendencia... digamos agresiva? Me refiero en su enfrentamiento con esos jóvenes, pongamos por caso.

—Pues..., no. La verdad es que no me pareció nada agresiva, aunque sí firme y decidida a la hora de pegar un corte a cualquiera. Cuando supe que había cortado la cabeza a hachazos a dos personas, me quedé de una pieza.

—¿La vio salir hacia el psiquiátrico?

—Por supuesto. Hubo mucho revuelo aquí esos días. Policías, prensa, radio, televisión y todo eso. Luego, un día, llegó una ambulancia escoltada por dos automóviles oficiales de la policía. Un par de médicos y dos enfermeros subieron a la casa de los Marsh. Se la llevaron. Parecía dócil, resignada, como sometida. No oponía resistencia, no lloraba. Tal vez la drogaron para eso, no sé. Los médicos siempre andan drogando a la gente para todo. Incluso cuando te duele la cabeza o una muela, te largan una droga para que te calme, y te cobran una fortuna. Son un hatajo de rufianes de guante blanco, como digo yo.

—Bueno, supongo que no todos serán así —sonrió, divertido, Pearson.

—No sé, no sé... ¿Qué más quiere saber? Tendrá que esperarme un momento. Ese cliente espera su consumición...

Y partió a recoger el encargo del otro hombre sentado al mostrador, depositando ante él unas hamburguesas y una taza de café. Regresó de inmediato. Pearson, tras anotar algo en un bloc, le interpelló de nuevo curiosamente:

—¿Qué me dice de las víctimas y de los demás parientes de Belinda Marsh?

—Oh, ésos... —El camarero hizo un expresivo gesto de manos y encogió sus hombros dos veces—. Los Marsh... Buena pandilla están hechos.

—¿Por qué dice eso? —sonrió Pearson, apoyando sus codos en el mostrador sin desviar su mirada del otro.

—Son un hatajo de bribones. Dios me libre por lo que voy a decir, pero siempre sostuve que la vieja señora Marsh y su amante merecían la suerte que tuvieron aquella noche.

—¿Quiere decir que merecieron ser decapitados con un hacha? —Pareció escandalizarse el joven Pearson, enarcando las cejas.

—No diría yo tanto, pero que se merecían algo gordo, eso sí. Eran dos seres muy desagradables. La vieja señora Marsh era una anciana dictatorial y antipática, agria como un frasco de pepinillos. Pero se creía atractiva aún, y dilapidaba su dinero con aquel vividor sin decoro... No me extrañó que alguien les enviara al otro mundo, aunque nunca esperé que fuese la señorita Marsh, la verdad.

—¿Quién, si no, según usted, hubiera sido capaz de tal cosa, de no llevarla a cabo Belinda Marsh? —insistió vivamente Pearson—. ¿Quién hubiera podido llegar a eliminar físicamente a Vivien Marsh y a su amante, Lou Garfield?

—No sé... No me gustaría decir nada acusatorio contra nadie, comprenda.

—No tema. No voy a publicar su nombre en absoluto, si usted no lo desea. Sólo haré un reportaje exponiendo posibilidades, historia de la familia, circunstancias internas y todo eso. Nada que le comprometa, tiene mi palabra.

—Bueno, eso es distinto. No me gustaría tener por enemigo a Norman Marsh, la verdad.

—¿Se refiere al sobrino de la señora Marsh?

—Claro. ¿A quién, si no? Norman Marsh y su mujer... Nunca me

gustaron ninguno de los dos. Ahora supongo que serán muy felices con lo sucedido.

—¿Por qué eso?

—¿Le parece poco para un par de jóvenes herederos, verse despojados de un solo golpe de la persona que les deja su herencia, del amante que podría dejarles sin ella, y por si ello fuera poco, de la heredera más directa de dicha fortuna, como era la joven Belinda, sobrina carnal de la señora Marsh, y no como el otro sobrino, que lo es en segundo grado?

—Entiendo. Ahora, muerta la señora Marsh sin testar, todo pasa a sus sobrinos, única familia que poseía en el mundo. Pero de haber llegado a hacer testamento, pudo haber dejado todo su dinero a su amante, Lou Garfield.

—Así es.

—Y, por otro lado, Belinda Marsh era su heredera más directa y, por tanto, legítima dueña de todo al morir su tía.

—Claro. Pero al matarla ella, todo pasa a su primo Norman. Por eso dije que no les han podido ir mejor las cosas, por mucha cara de dolor que pusieran en el funeral en el momento de ser recluida la señorita Marsh.

—Ahora, ¿son ellos los únicos que ocupan la casa?

—Ellos y el abogado y administrador legal de la señora, un tal McGavin que no me gusta nada tampoco. Por lo poco que pude ver durante el tiempo que la señorita Marsh estuvo por aquí, no se trataba siquiera con él, a pesar de lo servil que es el tipo.

—¿Es ese abogado quien representa ahora los derechos legales de los Marsh?

—Supongo, porque convive con ellos desde que murió la señora... Además, cuando se llevaron a la señorita Marsh al psiquiátrico, para su internamiento, él era el que parecía dirigirlo todo.

—¿Es mucha la fortuna que pudo haber dejado la señora Marsh?

—Uf, mucha. Esas cosas nunca se saben, pero los vecinos dicen que sobrepasará los diez millones de dólares, sin duda, entre el efectivo, las acciones y sus negocios.

—Una buena suma —silbó Pearson entre dientes—. Justificaría fácilmente dos asesinatos a sangre fría, ¿verdad?

—Supongo que sí. Pero si la señorita Marsh mató a su tía y al

amiguito de ésta, no pudo hacerlo por ambición, sino por desequilibrio mental, estoy seguro. ¿Es cierto que van a procesarla y que el fiscal pide para ella la pena de muerte?

—Muy cierto —suspiró Pearson—. Pero de momento, ese proceso parece difícil iniciarlo. Loca o cuerda, Belinda Marsh no está a disposición de los tribunales hoy en día. ¿No sabía que ha escapado del sanatorio psiquiátrico hace varios días?

Y sonriendo, apuró la cerveza, marchándose del establecimiento sin probar su hamburguesa, ante el pasmo repentino del empleado.

Capítulo primero

EXAMINÓ el anuncio con interés, trazando un círculo con lápiz rojo en torno del mismo.

Era el primero que realmente le parecía ofrecer un cierto atractivo, después de días y días de incesante búsqueda en las páginas de todos los diarios locales.

Volvió a leer el texto recuadrado, insertado en la última página del rotativo, entre docenas y docenas de otros reclamos semejantes:

SE PRECISA

Persona responsable, joven y culta, a ser posible con título universitario e idiomas. Independiente, capaz de vivir donde su trabajo se lo exija, con entera dedicación a su labor, de tipo docente y formativo.

Indispensable le gusten los niños y sea persona sensible y discreta, preferiblemente sexo femenino.

Sueldo a convenir, excelentes condiciones de trabajo y trato, manutención y vivienda en inmejorable lugar para residir confortablemente.

Establezcan contacto telefónico con HO-9 6151, de Los Ángeles, de 8 a 11 y de 3 a 5.

Era tentador aquel anuncio. Parecía hecho para ella, pensó. Le gustaban los niños. Y poseía todo cuanto exigía aquel anuncio. Pero no podía mostrar sus documentos acreditativos de su título universitario. No podía correr el riesgo de presentarse como Belinda Marsh ante cualquiera, buscando un empleo. Era como entregarse atada de pies y manos.

Pero el anuncio mencionaba la frase «a ser posible», lo cual no implicaba necesariamente la obligatoriedad de ese título. Si podía demostrar que su nivel cultural correspondía a un título semejante,

eso podía bastar.

Miró el teléfono, pensativa, sintiendo que palpitaba su corazón con fuerza. Era una posibilidad de salir de la ciudad, de alejarse del riesgo de ser encontrada por las patrullas policiales que la buscaban incesantemente por doquier desde su oportuna huida del teatrillo de grand guignol de la feria de Japanese Park.

Se acercó al aparato. Lo descolgó, insegura aún. Luego, marcó un número. El que estaba impreso en el periódico. Esperó.

—Agencia Sunset —dijo una voz monocorde cuando atendieron la llamada.

—Es con motivo de ese anuncio en los diarios...

—Entiendo. ¿Cree que reúne las cualidades solicitadas?

—Sí. Estoy segura de ello.

—Bien. Deme su nombre y dirección, por favor.

—Mi... mi nombre es... Betsy Miller. Prospect Avenue 2318. Es un edificio de apartamentos. He llegado hace poco a la ciudad y...

—Bien, bien —la interrumpieron—. ¿Edad?

—Veintidós años.

—¿Soltera o casada?

—Soltera.

—¿Raza?

—Blanca.

—¿Familia?

—No... —dudó un instante—. Ninguna.

—¿No le importaría un trabajo fuera de la ciudad, alejada de quienes pueda conocer usted?

—En absoluto —respiró profundamente, pensando: «¡Qué más quisiera yo!».

—¿Tiene título universitario?

—No. Pero poseo estudios libres a parecido nivel. Puedo demostrarlo. Y domino inglés, francés y español...

—Excelente, señorita Miller. ¿Cuándo está dispuesta a iniciar su trabajo, si es elegida? —De inmediato. Cuando sea preciso hacerlo.

—Muy bien. Tiene el número 122. Recuerde: el 122. Preséntese mañana aquí, entre ocho y nueve de la mañana. Es Sunset Boulevard, 3200, plantas quinta y sexta. Eso será suficiente. Suerte, señorita Miller.

—Gracias —colgó, con un suspiro.

Miró su reloj. Eran casi las cinco. Había llegado oportunamente a su llamada. Pero eso no significaba nada. El número quería decir que, sin duda, eran ciento veintidós candidatos hasta el momento. Demasiados, para esperar un resultado favorable.

Aun así, esto era mejor que nada. Salir de Los Ángeles era lo mejor que podía desear en estos momentos. Y más aún si era un trabajo como aquél, en un lugar alejado de todo lo que ella conocía.

Se había teñido el cabello de color oscuro y llevaba unas gafas de sol de montura de carey, muy amplias, para ocultar mejor su rostro, pero aun así corría grave riesgo en la ciudad, estando la policía tras de su pista. Acababa de leer en algunos de aquellos mismos diarios donde aparecía el anuncio, la noticia relativa a ella, aunque lo cierto es que no en primera plana, sino pérdida entre otros locales de mayor impacto, en las páginas de sucesos:

ENFERMA MENTAL HOMICIDA LOCALIZADA EN UNA FERIA DE
LA CIUDAD POR LA POLICÍA. UN BELLA JOVEN, CULPABLE DE
DOS ASESINATOS BRUTALES EN LA CIUDAD DE SPRINGFIELD,
ILLINOIS, ACTUABA COMO ACTRIZ EN UN ESPECTÁCULO
AMBULANTE DE GRAND GUIGNOL.

Eso era todo, pero estaba también una reproducción de su fotografía, aunque por fortuna no demasiado limpia. Se hablaba allí de la horrible masacre de Springfield, con una mujer de avanzada edad y su amante, muertos a hachazos, con las cabezas casi separadas del tronco, doble crimen del que era acusada Belinda Marsh, sobrina carnal de la víctima femenina.

—Dios mío... —había suspirado al leerlo—. Vaya adonde vaya, no hay escapatoria posible...

Y después había encontrado el anuncio, tras buscar desesperadamente algo que pudiera facilitarle algún dinero para seguir sobreviviendo... y también para continuar su fuga, naturalmente. Cualquier cosa sería mejor que volver a aquel horrible centro psiquiátrico, a esperar si la recluían de por vida en él, o la enviaban a la cámara de ejecuciones, según fuese el dictamen definitivo de los jueces y jurados sobre su estado de salud mental.

Confiaba en que los empleados de la agencia Sunset no viesan la fotografía o que, cuando menos, no la relacionaran con ella en

absoluto. También podía ser un grave problema su documentación, ya que no podía presentar nada a nombre de Betsy Miller, su nueva identidad. Ni tan siquiera la tarjeta de la seguridad social.

Podía alegar extravío o robo de documentos para justificar momentáneamente su ausencia, pero a la larga tendría que mostrar alguno a quien la contratase, si es que se daba el mejor de los casos y conseguía ese empleo.

Resolvió no pensar en ello momentáneamente, para no preocuparse más. Ya vería cómo resolverlo si todo salía bien. Se puso en pie y fue hasta la ventana, para mirar al exterior.

Era algo que hacía con mucha frecuencia últimamente, desde que escapara del establecimiento psiquiátrico. Y existían motivos sobrados para ello.

En esta ocasión, la medida precautoria estuvo muy atinada. Su cuerpo se puso rígido. Sintió que el corazón palpitaba con fuerza dentro de su pecho.

—Oh, no... —susurró, perdiendo el color súbitamente.

Bajó con rapidez la cortina y se apartó de la ventana, agitada. Su gesto era de angustia y de crispación profunda. Estaba realmente asustada.

Abajo, el automóvil que había despertado su temor, permanecía aparcado en la esquina, junto a una pequeña pizzería. Dos hombres ocupaban su asiento delantero. El que se sentaba al volante, mostraba un rostro carcomido por alguna enfermedad que dejó su piel rugosa y cribada, dándole un aspecto francamente desagradable, que él procuraba disimular un poco con unas gafas oscuras de montura metálica y el cuello de un suéter negro, muy subido para tapar el cuello cubierto de aquellas feas señales que carcomían su epidermis. El cabello, ralo y negro, también caía en un amplio mechón para cubrir las mismas huellas en la frente. Era como si un ácido hubiera sido derramado sobre él alguna vez, dándole aquel aspecto de monstruo de película barata. Aparte de eso, su aspecto era de todos modos inquietante.

Junto a él, otro individuo, flaco y nervioso, mascaba chicle sin cesar, y movía sus redondos ojos en las órbitas constantemente, evocando al viejo astro del cine mudo Eddie Cantor. Su pelo, muy rizado y rubio, le hacían asemejar más bien, sin embargo, al hermano mudo de los Marx, el inefable Harpo. Pero una vaga

apariencia de crueldad y sangre fría en su gesto, diluían toda posible semejanza con alguno de esos cómicos de la pantalla, para hacerle sentir a cualquiera la impresión de que la astucia y la perversidad del reptil anidaban en aquel individuo.

—Ya la hemos encontrado —dijo roncamente el de la piel llena de grumos—. Y ahora, ¿qué?

—Ahora, sólo nos queda esperar.

—¿No sería preferible avisar a la policía y que ellos arreglaran las cosas? —sugirió el que hablara primero.

—No —negó el hombrecillo de los ojos saltones, meneando negativamente la cabeza rizada—. No es eso lo que se nos ordenó, Dusty, bien lo sabes. Sólo teníamos que dar con ella y avisar a los que nos pagan. El aviso ya está enviado, ¿no? Pues ahora, esperemos.

—¿Es que tienen que venir a Los Ángeles tal vez?

—No lo sé. Se han limitado a decir que esperemos aquí, sin perderla de vista por nada del mundo. Y eso es lo que vamos a hacer, maldita sea. No quiero perder un buen trabajo por precipitarnos.

—Bueno, como quieras —rezongó el llamado Dusty—. Pero habrá que tener mucho cuidado con esa fulana. Es escurridiza como una anguila. Recuerda cómo se escapó del sanatorio psiquiátrico y también de la feria, pese a rodearla toda la policía.

—A nosotros no se nos escapará —rió el otro—. Somos expertos en estas cosas, ¿no?

—Se supone que sí —d grabado torció el gesto—. Pero valdrá más que mantengamos los ojos abiertos, créeme. No me gustaría verme sorprendido por esa zorrita asesina.

—No te preocupes. Nos mantendremos en todo momento cerca de ella. Esta espera no puede durar más allá de mañana por la mañana. Si esa gente ha de venir aquí, lo hará a toda prisa, en el primer avión que pueda tomar. Les interesa demasiado que esa bella fulana esté de nuevo en el garlito lo antes posible, Dusty.

—Bien. En ese caso, esperemos. Pero tengo hambre, maldita sea.

—Iré a buscar una *pizza* y un par de cervezas a ese local —indicó el otro—. No dejes de vigilar la puerta de la casa, mientras tanto. Está a punto de oscurecer, y es posible que la gatita sienta ganas de salir a ronronear un poco por los tejados, aprovechando

que durante la noche no es tan fácil identificar a una persona buscada por la policía; Estaré de vuelta enseguida.

—No tarde, Hank. Estoy más tranquilo cuando vigilamos los dos. Sigo sin fiarme demasiado de ella.

—No te preocupes. Podrá burlar a toda la policía del estado de California, pero no a nosotros —rió el hombre flaco y de ojos redondos, saliendo del coche y encaminándose a la pizzería a recoger lo anunciado.

Al quedarse solo, el hombre de la cara carcomida se acomodó en el asiento y encendió un cigarrillo, con la mirada fija en cierta ventana de la planta número seis del edificio.

Sin embargo, la cortina ni se movía. Dentro del apartamento, una mujer asustada se sentía acorralada y sometida a la vigilancia de alguien que no conocía y que, sin duda alguna, distaba mucho de ser policía.

Eso, precisamente, era lo que más terror le causaba.

* * *

El coche continuaba allí parado. En el mismo sitio.

Eran ya las ocho menos veinte de la mañana. La luz matinal era tibia y soleada, pero la temperatura aquel día resultaba algo fría y húmeda, para un clima tan suave como el de la costa californiana.

Belinda Marsh pisó el umbral de la puerta de salida del edificio. Miró a todos lados de la calle, recelosa. Pero evitó cuidadosamente dirigir una sola ojeada al automóvil aparcado en la esquina opuesta. Echó a andar con firmeza, cruzando la calzada.

—Eh, tú despierta —señaló Dusty, con un bostezo, sacudiendo a su compañero—. El pájaro ha salido de la jaula.

—Diablo, ¿tan pronto? —rezongó el otro, incorporándose con presteza—. Espera a salir tras ella. Es mejor que no se dé cuenta de nada.

—¿Es que crees que soy idiota? —Gruñó Dusty—. Estoy entumecido de dormir toda la noche en este maldito coche, pero eso es todo. Tengo la mente bien despierta, no te preocupes.

La joven había alcanzado la otra acera. Por un momento, pareció dispuesta a tomar un taxi de una parada donde se alineaban cinco o seis, pero renunció y siguió su camino a pie, taconeando grácilmente por la acera.

El coche, lentamente, comenzó a rodar cuando ella se

encontraba aproximadamente a dos manzanas de distancia. Ahora conducía el hombre flaco y de ojos redondos, y vigilaba atento los movimientos de la muchacha su compañero de cara cubierta de cráteres. Duró poco esa forma de seguimiento, porque ella se detuvo finalmente en una parada de autobús, y esperó en la reducida cola la llegada del vehículo de servicio público.

Ellos aparcaron su automóvil cerca de la parada. Dusty indagó a su compañero:

—¿Adónde va ese autobús, exactamente?

—No lo sé. Será mejor que mires en esa guía urbana que hay en el salpicadero, para estar seguros —rezongó Hank, sin quitar sus manos del volante.

El otro asintió, haciendo lo que le decían. Poco después, cerró el libro, meneando la cabeza con disgusto.

—Es una línea muy larga —comentó—. Pasa por Pico Boulevard, Beverly Hills, Sunset y Belvedere.

—Tal vez quiera dar un largo paseo.

—Tal vez. Pero lo dudo. No creo que le guste la idea de que vea su cara demasiada gente en esta ciudad. La fotografía de los periódicos no era buena, pero siempre hay quien pueda identificarla.

—Bueno, seguiremos la ruta del autobús cuando lo tome. No podemos hacer otra cosa.

Así lo hicieron. Cuando el bus urbano se detuvo en la parada, subieron todos los que esperaban, incluida Belinda Marsh. El coche se puso en marcha. También el automóvil seguidor, a prudencial distancia.

Belinda Marsh se bajó en Pico Boulevard. Entró en una tienda de ropas femeninas y los vigilantes individuos pararon su coche frente a la puerta. Esperaron largo tiempo, sin que ella reapareciese.

—Tarda demasiado —gruñó Hank—. Aunque las mujeres son insoportables cuando van de compras, no parece haber demasiada gente en esa tienda a esta hora.

Dusty arrugó el ceño, afirmando.

—Será mejor que vaya a ver —dijo, receloso.

Salió del coche, cruzó la calle y asomó a la vidriera de la tienda. Su compañero observó que parecía repentinamente excitado. Le vio agitar un brazo y entrar luego en el establecimiento. Antes de que

Hank se reuniera con él, el de la cara desfigurada salió como un proyectil, jurando rabiosamente entre dientes.

—¡La muy...! —comenzó, iracundo, sujetando por el brazo con rabia a su compañero—. ¡Nos ha burlado!

—¿Qué dices?

—Esa chica se las sabe todas. Debió advertir que la seguíamos, aunque no lo aparentaba. Esa tienda tiene dos salidas, maldita sea. Se largó apenas hubo preguntado por un camisón...

Ahora fue el hombre flaco quien soltó una retahíla de obscenas imprecaciones, corriendo estérilmente al automóvil, porque ni siquiera tenían idea de dónde dirigirse. La muchacha teñida ahora de morena, les había hecho la jugada en toda la extensión de la palabra.

Por mucho que recorrieron los alrededores con el coche, resultó inútil. Ya no hallaron el menor rastro de su vigilada. La habían perdido definitivamente.

* * *

El hombre era fofo, gordo y sudoroso. Pero tenía un gesto amable.

—Señorita Miller —manifestó, enjugándose el sudor del rostro redondo y mofletudo—, ha sido usted puntual. Eso me gusta. Las mujeres no acostumbran a serlo ni siquiera cuando buscan empleo.

—Es que necesito mucho ese trabajo —aseguró Belinda Marsh suavemente, cruzándose de piernas ante el encargado de la agencia de colocaciones.

—Sí, lo imagino, siempre ocurre así —admitió el hombre, echando una ojeada a las bien formadas pantorrillas de su visitantes—. Estamos en una mala época y escasean los buenos trabajos. Éste lo es, pero tiene sus inconvenientes. Varias jóvenes aspirantes han declinado aceptarlo por determinadas circunstancias que luego le explicaré. Aun así, existen ya quince preselecciones que reúnen las condiciones apetecidas por mi cliente. De usted depende ahora que sean dieciséis. Es la última que ha sido aceptada para la prueba.

—Dieciséis... —repitió ella con un suspiro. Luego sonrió tristemente—. Somos demasiadas candidatas para tener esperanza, ¿no cree?

—Eso nunca se sabe. Una de ustedes será la elegida. ¿Por qué no habría de ser usted?

—Sí, ¿por qué no? —Manifestó Belinda, bastante escéptica.

—Ante todo, le diré las condiciones, por si le interesan. En caso contrario, no perderíamos el tiempo ni usted ni yo —el encargado de la agencia tomó unos folios mecanografiados de encima de su mesa, y leyó con tono rutinario, tras ponerse unos lentes gruesos—: Su trabajo la exigirá no abandonar el lugar adonde va a trabajar, durante un largo período de tiempo. No hay días libres, y si los hubiese, no tendría dónde disfrutarlos, porque se trata de un lugar muy aislado, cuyo contacto con el exterior es un helicóptero que viaja dos veces al mes entre una cercana población y el lugar de trabajo, para llevar el correo, provisiones y cosas así. El período inicial de trabajo mínimo exigido a la aspirante, será de dos meses, pudiendo luego renovar a voluntad por un período a decidir entre el contratante y la persona contratada. Su salario inicial será de mil dólares mensuales, más alojamiento, manutención y toda clase de gastos imprescindibles, pagados por el contratante. ¿Qué le parece hasta ahora?

—Perfectamente bien —aceptó Belinda, serena.

—¿De veras? —Pestañeó el hombre—. Es usted joven, atractiva... ¿Cree que se amoldará a un lugar solitario, aislado y sin diversiones propias de su edad?

—Por completo, no tema. Es lo que estoy buscando. Me siento un poco cansada de la vida normal, puede creerme. Deseo algo de paz, de tranquilidad.

—Bueno, pues ése era el punto más conflictivo para que aceptasen el trabajo nuestros aspirantes —anotó algo con bolígrafo rojo en los papeles—. Me alegra que no haya problemas en ese sentido, señorita Miller. Ahora, pasemos a la prueba en sí. Deberá demostrarme, con unos pequeños ejercicios, sus conocimientos en las especialidades requeridas por el anuncio, así como una serie de pruebas psicotécnicas para ver si, realmente, se adapta usted a lo que mi cliente desea. Será poco tiempo, se lo aseguro. Si quiere pasar a esa salita inmediata, tendrá media hora para rellenar los cuestionarios.

Ella asintió, pero añadiendo de inmediato con tono algo tímido:

—Debo advertirle que toda mi documentación ha desaparecido. Me robaron el bolso, y aunque he denunciado el hecho, momentáneamente aún no han aparecido ni mi tarjeta de la

seguridad social ni otros documentos identificativos que llevaba...

—Bien, no se preocupe por eso —sonrió el agente—. Bastará con sus datos. Cuando recupere sus documentos podrá exhibirlos. Mi cliente no exige demasiado en ese sentido y se fía de la palabra de las aspirantes, señorita Miller.

Le sorprendió ligeramente esa ligereza en la contratación de una persona para una tarea aparentemente tan compleja como la requerida, pero no hizo comentario alguno, ya que eso la beneficiaba y hasta le abría un cierto resquicio de esperanzas, de cara a la posibilidad de alcanzar el ansiado puesto de trabajo.

La siguiente media hora la pasó rellenando una serie de formularios estúpidos, así como ciertas preguntas de cultura a nivel universitario, cuestiones idiomáticas y otras cosas. Cuando hubo terminado, el sudoroso agente de colocaciones revisó de una ojeada los impresos y asintió con gesto aparentemente complacido.

—Muy bien, señorita Miller. Todo parece estar perfecto, pero es mi cliente quien debe decidir en ese sentido. La llamaré con lo que haya. No creo que tarde más de dos o tres días en hacerlo. Mi cliente está en la ciudad y revisará de modo personal todos los expedientes.

—Le agradeceré que aguarde a que yo le llame para darle un nuevo número de teléfono al cual llamar —señaló ella bruscamente—. El apartamento que ocupaba no era del todo de mi gusto, y hoy me cambio de alojamiento.

—Bien, no importa. En todo caso, será mejor que llame usted misma pasado mañana, a mediodía, y tal vez pueda decirle algo.

Belinda Marsh abandonó la oficina con una vaga esperanza, aunque en las horas siguientes fue perdiendo confianza en sí misma y en el éxito de la prueba. De entre ciento veintidós aspirantes, no era mala cosa estar entre los dieciséis preseleccionados. Pero sus posibilidades eran escasas, debía admitirlo. De poco más de un seis por ciento, en términos matemáticos.

Buscó un hotel donde alojarse, en una zona radicalmente opuesta de la ciudad, y se alojó con el nombre de Betsy Miller. Era un hotel con un pequeño restaurante italiano al lado, y eso le facilitaba el no desplazarse por la ciudad durante aquellas cuarenta y ocho horas decisivas para su futuro.

Por fortuna, no vislumbró en ningún momento el menor rastro

de persona o automóvil alguno en las inmediaciones que despertara sus recelos, y se sintió relativamente tranquila durante aquellos dos días, en los que solamente abandonó su habitación del hotel para hacer sus comidas en el restaurante vecino.

Llamó a los dos días a la agencia, pero le informaron que el señor McNeil no estaba y no podían informarle de nada. Defraudada, insistió de nuevo por la tarde, con igual resultado negativo. La empleada que la atendió le pidió que dejase su teléfono para ser llamada en caso de necesidad, y así lo hizo ella.

Luego bajó a cenar, y regresó a su habitación bastante desmoralizada, poco después de las ocho de la noche. Tal vez a estas horas, ya había alguien elegido para aquel trabajo, pensó, empezando a desnudarse.

El timbre del teléfono la arrancó de sus pensamientos, provocándole un brusco sobresalto. Lo tomó, tras dejarlo sonar tres veces o cuatro, y preguntó con tono cauteloso:

—¿Quién es?

—No se retire, señorita Miller —dijo el telefonista de abajo—. Es para usted.

Espirió unos instantes. La voz meliflua y nerviosa del hombre de la agencia de Sunset llegó hasta ella, provocándole un leve estremecimiento de emoción:

—¿Es usted, señorita Miller?

—Sí, yo misma. Y usted, ¿es el señor McNeil?

—Exacto —resopló el otro—. Le ruego me perdone, pero tuve que salir hoy urgentemente por una serie de cuestiones y no me fue posible atenderla. Espero disculpe que la llame en estos momentos, a hora tan intempestiva...

—Está disculpado, no se preocupe —dijo ella, impaciente, tratando de dominar lo mejor posible su inquietud.

—Es muy amable de su parte, señorita Miller —suspiró el hombre—. Bien, tengo buenas noticias para usted. Ha sido aceptada por mi cliente.

—¿De..., de veras? —Le tembló la voz y sintió vacilar sus rodillas.

—Así es. Pásese mañana a primera hora por aquí, a ser posible. Recibirá un anticipo de un sueldo y se le informará de cómo debe establecer contacto con su nuevo jefe, para iniciar el viaje adonde

tiene que cumplir sus labores. Permítame decirle que sus pruebas han complacido extraordinariamente a... a mi cliente, y creo que todo va a ir muy bien en lo sucesivo.

—Gracias, señor McNeil —susurró ella, emocionada—. No faltaré mañana mismo.

Colgó, permaneciendo quieta unos momentos, con la mirada fija en las luces de un cercano *night-club*, que parpadeaban a través de la ventana de su habitación del hotel.

Luego, sin poderlo evitar, se dejó caer en el lecho, estallando en sollozos.

Capítulo II

EL teniente Carpenter, de la oficina de Homicidios de la ciudad de Los Ángeles, examinó con gesto contrariado los informes reunidos en su mesa de trabajo. Después, volvió a repasar una serie de fotografías recibidas desde Springfield, Illinois, donde se podía encontrar cualquier cosa menos algo agradable.

Eran las imágenes de dos cuerpos humanos, el de un hombre y una mujer, ella de avanzada edad y él muy joven, demasiado para ella sin duda alguna, reposando en posición forzada sobre un enorme charco de sangre, con sus respectivas cabezas colgando casi separadas del tronco. Un hacha con la hoja totalmente empapada en sangre, yacía no lejos de las víctimas de aquella atroz carnicería.

Incluso un hombre como él, curtido en tales lides, no podía evitar su repugnancia ante aquella escena. Dominando un escalofrío, miró a sus interlocutores gravemente.

—Entiendo muy bien lo que sienten —manifestó con voz ronca—. Todos estamos horrorizados en esta oficina. No es demasiado frecuente que una bella y frágil muchacha decapite a hachazos a dos personas, especialmente cuando una de esas personas es su propia tía carnal.

—Pues así fueron las cosas, teniente —manifestó el joven de aspecto pulcro y atildado que se sentaba frente a él, en compañía de una dama tan hermosa como fría y elegante—. Nuestra prima Belinda es un peligro público en estos momentos, aunque la pobre muchacha no sea responsable de sus actos. Estamos realmente asustados ante la idea de que siga en libertad.

—Cosa que, desgraciadamente, es cierta —gruñó el policía, irritado—. Hoy en día, señor Marsh, la cooperación de los ciudadanos no es siempre eficaz. Muchos no quieren verse metidos en líos, otros evitan complicarse la vida teniendo que acudir a prestar declaración, y la inmensa mayoría opta por lo cómodo:

hacer que no ve ni sabe nada, aunque tenga por vecino a un tipo cuya fotografía aparece diariamente en la televisión y en la prensa.

—Ése es otro punto de la cuestión, teniente. No podemos decir que la fotografía publicada por los medios de comunicación sea un prodigio de fidelidad al original —se quejó Norman Marsh—. Por eso hemos traído mi esposa y yo estas fotografías de Springfield. Es posible que ayuden algo más a localizar a mi desventurada prima.

El oficial de Homicidios tomó las fotografías, y tuvo que admitir, moviendo enérgicamente su cabeza, que así era. Las puso a un lado, complacido.

—Con estas fotografías, señor Marsh, es mucho más factible que ella pueda ser identificada, esté donde esté, pero valdrá más no hacernos ilusiones al respecto. Dígame, ¿ella siempre fue tan agresiva, tan violentamente peligrosa como en la ocasión en que asesinó a su tía y al amante de ésta?

—No, no siempre, teniente. Siempre fue una muchacha muy especial, bastante rara. Pero a su regreso de la Universidad se mostró más excitable que antes, y sus disputas con mi tía eran frecuentes, reprochándole que a su edad tuviera un amante tan joven como Lou Garfield, de quien ella decía que se trataba simplemente de un vividor sin escrúpulos, dispuesto a sacarle hasta el último dólar.

—¿Y eso... era cierto?

—Desgraciadamente, sí. Pero a fin de cuentas, era su dinero y ella hacía con él lo que le venía en gana. Sospecho que el miedo a perder su herencia, desequilibró a mi prima lo suficiente como para convertir en peligrosamente violento su desequilibrio mental.

—¿Hubo antecedentes en la familia de locura o cosa parecida?

—Sí, la hubo —afirmó Norman—. Tío Spencer, su difunto marido, murió internado, a causa de una dolencia mental ocasionada por el exceso de alcohol.

—Pero esa clase de trastornos no son hereditarios, si la familiar no bebe...

—Tal vez tuviera ya algo anormal en su mente tío Spencer cuando comenzó a beber, no puedo saberlo con exactitud, teniente. Lo cierto es que los psiquiatras que internaron a mi prima después del horrible crimen, creían que el origen de todo podía estar ahí.

—Comprendo —suspiró el policía—. Ha debido ser una prueba

terrible para ustedes dos...

—Imagine —murmuró la esposa de Norman Marsh, moviendo su rubia cabeza de un lado a otro, con resignación—. Nos señala todo el mundo con el dedo, somos la comidilla de toda la ciudad... Es muy triste que en una familia ocurra algo así. Y ahora, con la evasión de Belinda, todo ha vuelto a reavivarse. No se habla de otra cosa en Springfield, lógicamente.

—Sí, comprendo. Aquí no deben temer nada parecido. Los Ángeles es una ciudad muy grande, señores. Pueden moverse por ella sin el menor temor a que nadie les relacione con Belinda Marsh en parte alguna. ¿Piensan permanecer muchos días entre nosotros?

—No sabemos aún —dijo Norman—. Es posible que podamos prolongar durante unos días la estancia, acaso una semana como máximo. Pero tenemos cosas que hacer en casa, compéndalo. Los negocios de tía Vivien están abandonados desde su muerte, y yo debo cuidarlos. Mi esposa, Claire, se ocupa de la casa, de la administración de los bienes, ayudada por nuestro abogado y administrador, el señor McGavin.

—Confío en que antes de ese período de tiempo, puedan tranquilizarse respecto a su prima, y ella esté ya en manos de los médicos, a la espera del proceso que debe iniciarse para dictaminar si está en pleno uso de sus facultades mentales o no.

—Dios quiera que, en medio de esta desgracia que nos aflige, Belinda esté loca y no cuerda —suspiró con aire de tristeza Claire Marsh—. Sería espantoso ver a un ser querido en la celda de los condenados, esperando morir ejecutado...

—Sí, está en lo cierto, señora —murmuró el policía, comprensivo—. Ahora entiendo cómo reaccionó en aquel teatrillo de feria cuando se enfrentó a un fingido suceso muy similar al que ella llevó a cabo en Springfield... Eso determinó su escapatoria inmediata. Ahora, ni siquiera sabemos dónde buscarla... Pero evidentemente, tiene que estar en la ciudad. Hemos bloqueado estaciones de autocares, trenes, aeropuertos... Ella no tiene aquí a nadie que pueda ayudarla a evadirse de ese cerco. Por eso les dije que confiaran en nosotros. No puede escapar. Tarde o temprano, su prima caerá en nuestras manos.

—Así lo esperamos, teniente, por el bien de todos —murmuró con patética desolación la muy bella señora Marsh.

Pero en sus heladas pupilas azules, no había la menor señal de emoción auténtica cuando dijo esas palabras, tomando tiernamente la mano de su esposo entre las suyas.

* * *

Selwyn Pearson se puso en pie, tras presenciar la representación de aquella abominable obrita de Grand guignol, llena de sangre, violencia y mal gusto. Salió del barracón de feria sintiendo un mal sabor de boca, a pesar de que sabía que todo lo presenciado en el escenario era fingido. Ahora se daba exacta cuenta de lo que debió experimentar una muchacha acusada de doble asesinato con un hacha, al enfrentarse a semejante experiencia.

Ya había hablado antes con un tal Carson, empresario del abominable espectáculo. Por él supo los detalles de lo ocurrido anteriormente. Le sorprendió que Belinda Marsh llevase todavía su cabello rojo cuando escapó del teatro.

—Seguramente se habrá teñido ya —murmuró para sí, paseando ante las barracas de feria, entre guiños de luz y riadas de gente. No puede ser tan tonta, para andar por ahí de ese modo...

Se detuvo a adquirir un periódico de la noche en un puesto de revistas situado cerca de la montaña rusa, y encontró la fotografía de Belinda Marsh en primera página. Era una imagen mucho más nítida que las anteriormente publicadas, y en ella se advertía la rara y juvenil belleza de la joven asesina.

«¿HA VISTO USTED A ESA BELLA MUJER?», preguntaba el titular del periódico, añadiendo a continuación: «SI ES ASÍ, AVISE A LA POLICÍA. ES UNA PELIGROSA CRIMINAL QUE SUFRE UNA DEMENCIA HOMICIDA».

Meneó la cabeza, doblando el periódico y dirigiéndose a la salida de la feria de Japanese Park.

—La familia se mueve deprisa —comentó entre dientes—. Han proporcionado nuevas fotografías para asegurarse de que su prima esté pronto a buen recaudo...

Pero pensó que tal vez también pudiera beneficiarle a él y a su tarea el hecho de que un mayor número de personas en Los Ángeles, pudieran identificar a una muchacha, a la que tal vez habían visto ya, con la homicida de Illinois. Cuando menos, iba a probar en ese sentido sin pérdida de tiempo.

Claro que Los Ángeles no era Springfield, y sería como buscar la clásica aguja en el no menos inevitable pajar, pero ésa era su especialidad, e iba a intentarlo por todos los medios.

Era vital para muchas cosas que él encontrase a Belinda Marsh antes que la policía... y antes que sus primos, Norman y Claire Marsh.

El helicóptero sobrevoló la ciudad como un enorme insecto irritado, emitiendo un persistente zumbido que ensordecía a sus ocupantes.

Belinda miró abajo, a la ciudad de Los Ángeles, que iba quedando atrás, desparamada por el litoral californiano en una amplia extensión. Y respiró con alivio, mirando ante sí, hacia los montes de Santa Ana y San Bernardino.

Todo había sido rápido. Mucho más rápido de lo que imaginara, por fortuna para ella. Aquella misma mañana, a las ocho, estaba camino de las oficinas de Sunset, para entrevistarse con el señor McNeil y con su cliente. Y ahora, sólo dos horas después, mientras el sol matinal se extendía radiante por todo el condado de Orange, remontaba el vuelo, en compañía de un piloto poco hablador, rumbo a su nuevo destino.

Detrás quedaba la gran ciudad, con sus policías, sus hombres misteriosos siguiéndola, sus miedos y sus peligros. Se preguntó si también estarían en algún lugar de esa gran urbe sus primos, Norman y Claire. Y al pensar en ellos, no pudo evitar un escalofrío de terror.

Pero ahora, todo se perdía a sus espaldas, en las brumas matinales de la costa del Pacífico. Y se iniciaba una nueva etapa en su vida.

El helicóptero había partido de un pequeño aeródromo civil privado, un club aeronáutico deportivo situado en Whitter, no lejos de Turnbull Cañón. Ahora volaban en dirección nordeste, hacia Sierra Nevada.

No había visto a su nuevo jefe. El propio McNeil se había excusado en su nombre, explicándole que no le era posible atenderla personalmente, pero que se encontrarían en La Cumbre, como llamaban a su propiedad. El hombre de la agencia de empleos la había llevado en su coche hasta el aeronáutico, y puesto en manos del piloto del helicóptero, encargado de conducirla a su

nuevo alojamiento en las montañas.

Por ahora, sólo sabía que su patrón se llamaba Saint Cyr, un apellido de resonancias europeas, francesas más concretamente, y nada más. Llevaba en su bolsillo quinientos dólares recibidos a cuenta de su salario, y un contrato firmado por el propio Saint Cyr, con letra enérgica e ilegible, garantizándole un mínimo de dos meses a su servicio, en período de pruebas, prorrogable a voluntad de ambas partes, caso de mutua complacencia. Eso era todo.

Para Belinda era mucho más de cuanto había esperado. Abandonar Los Ángeles, con todos los riesgos que significaba sentirse cercada poco a poco, tanto por la ley como por sus familiares y por la gente que éstos contrataban para dar con ella, era una auténtica liberación. Ya confiaba en que no tendría que volver jamás al siniestro centro psiquiátrico del que providencialmente había logrado escapar. Mentalmente, rogaba que todo fuera bien en su nuevo empleo, y su patrón no tuviera quejas de ella en el futuro. Era su última y gran esperanza, el asidero definitivo para sus posibilidades de supervivencia, para intentar olvidar el pasado, con toda su carga de horrores.

Miró de soslayo al piloto del helicóptero. Mantenía sus ojos fijos en el panorama aéreo, siempre de perfil, inescrutable, como si ella no existiera y viajase solo a bordo. Era un hombre de edad mediana, fornido y de facciones enérgicas. Parecía manejar el aparato como quien conduce una bicicleta.

Aventuró una pregunta algo tonta:

—¿Conoce usted La Cumbre?

El piloto ni se volvió. Se limitó a mover afirmativamente la cabeza, sin expresar interés alguno.

—Sí —dijo.

—¿Es un buen lugar? —indagó ella.

—No está nada mal.

Belinda mordió el labio inferior, pensativa. Aquel hombre no era un prodigio de locuacidad, ciertamente. Aun así, decidió insistir:

—¿Y al señor Saint Cyr?

—El señor Saint Cyr... ¿qué? —La réplica tenía mucho de agria.

—Bueno, si le conoce.

—Claro que le conozco.

Otro silencio. Sólo se escuchaba el ronroneo del motor y el

zumbido de las hélices sobre sus cabezas. Abajo, la campiña se extendía multicolor con sus zonas residenciales, sus redes viales, como una gigantesca telaraña gris, y el sol espejeaba en arroyos y lagos, para difuminarse luego en los azules de las lejanas montañas.

—¿Es..., es un hombre amable? —se interesó Belinda.

—Sí, casi siempre lo es.

No era una respuesta muy concreta. Cualquiera otra se hubiese sentido descorazonada ante la frialdad hermética de su compañero de viaje, pero Belinda poseía una gran obstinación en todas sus cosas.

—¿Es joven o de edad madura?

—Eso ya lo verá usted misma cuando le conozca —cortó bruscamente el piloto, desviando la ruta del helicóptero más hacia el norte, con una maniobra amplia y acentuada.

Ésa era ya toda una invitación a cortar la conversación. Belinda, no obstante, no quiso darse aún por vencida.

—¿Tiene familia? —insistió, con una tenacidad admirable.

—Sí. Tiene familia.

—¿Mucha? Me refiero, ¿es una familia muy numerosa?

—No, no es numerosa.

—¿Y vive más gente en La Cumbre, aparte de esa familia?

—Sí.

Hubiera querido preguntarle quiénes, pero el piloto frunció el ceño en ese momento, y añadió un comentario brusco y significativo:

—Empieza a soplar un viento molesto. Tendré que vigilar más atentamente el vuelo, señorita.

Y se sumió en un hermético mutismo, con el gesto adusto, dándole a entender claramente que ahí terminaba todo conato de conversación. Belinda comprendió perfectamente, acurrucándose en su asiento y dirigiendo una mirada pensativa al panorama que desfilaba bajo sus pies en constante variación, mientras subían hacia el norte de California, dejando atrás los bosques y parques nacionales de Ventura y Santa Bárbara, para sobrevolar los llanos con sus dos grandes autopistas nacionales, la cinco y la noventa y nueve, que se perdían en la distancia como dos interminables cintas de asfalto, flanqueando el Valle de San Joaquín. Bakersfield, Visalia y Fresno fueron desfilando en las siguientes horas bajo el

helicóptero, a medida que se iban aproximando a las boscosas prominencias de Sierra Nevada, con sus inmensas arboledas y sus profundos valles y gargantas entre altas montañas cubiertas de espesa vegetación.

A medida que se aproximaban a su destino, Belinda Marsh iba sintiendo en su interior una creciente excitación que no sabía a qué atribuir. Era como si su instinto le advirtiera de que no todo iba a ser placentero y amable en su nuevo trabajo, allá en el lugar llamado La Cumbre, lejos de todo lugar habitado.

Pero aun así, Belinda Marsh no podía ni remotamente imaginar en esos momentos que la aventura que iniciaba iba a distar mucho de proporcionarle la tranquilidad que tanto deseaba.

Y que de nuevo su vida se iba a ver inmersa en un mundo de horrores, de angustia y de sangre, en el que su razón y su mente iban a peligrar más de lo que nunca pudiera prever.

Pero todo eso, en aquella mañana soleada y apacible, sobrevolando regiones risueñas y fértiles, le hubiera resultado a la muchacha imposible de admitir, aunque alguien hubiera podido advertirle de cuanto le esperaba.

Creía dejar atrás las sombras del miedo y de la desesperación, sin saber que estaba caminando derecha hacia un nuevo abismo tenebroso, de horrores sin límite, de oscuridad y de muerte...

Capítulo III

LA CUMBRE.

Realmente, tenía bien merecido el nombre. Belinda jamás se había hallado en un lugar semejante.

En pleno corazón de Sierra Nevada, en el norte de California, rodeada por una densa selva de frondosos bosques impenetrables, que teñían de verde intenso las cumbres y los valles, se alzaba una de las montañas más altas y abruptas de toda la sierra, circundada por una carretera secundaria en bastante buen estado, pero que al pie de la falda de la montaña, se bifurcaba en un sendero vecinal, abrupto y difícil, que iba serpenteando en torno a la ladera, por ambos lados, en forma de sacacorchos, hasta alcanzar una profunda garganta o hendidura en la roca boscosa, que separaba radicalmente el tendido de la senda del lugar donde se alzaba la propiedad conocida como La Cumbre.

Esa garganta era salvada por un angosto puente de madera, tendido sobre una profundidad sombría, de más de doscientas yardas de sima, entre arboledas y peñascos cubiertos de musgo. Al otro lado del puente, se hallaba La Cumbre.

No ocupaba realmente la cima de la montaña, pero casi, casi. Solamente un alto risco pedregoso, salpicado de densos matorrales, se alzaba por detrás del terreno acotado, formando la verdadera cumbre final de la elevación. A los pies de ese macizo promontorio, una edificación central, otra anexa y una serie de bien cuidados jardines, un bosque y unos prados, aparecían rodeados por una alta valla de piedra y hierro, con verjas rematadas por agudos pinchos de metal, como una fortaleza. En su entrada aparecía el nombre de La Cumbre, grabado en una piedra blanca, junto al sistema electrónico de apertura y cierre de la puerta de acceso. Un sendero de grava serpenteaba entre setos y arboledas, camino de la casa.

Belinda no tuvo que recorrer todo eso, limitándose a

contemplantarlo desde las alturas en toda su majestuosidad. El helicóptero sobrevoló suavemente la finca, para ir a detenerse finalmente en el prado cubierto de verde césped, a una distancia prudencial del edificio central, y de sus circundantes jardines, magníficamente cuidados. Por encima de ellos, un palio de nubarrones blancos flotaban en el cielo, velando la luz solar. Una brisa fuerte, agitaba los arbustos, recordando al viajero que allí llegaba la altitud del lugar.

Belinda bajó a tierra, todavía impresionada por el vuelo sobre la montaña, preguntándose por qué utilizaban aquel sistema de transporte y no el automóvil, dado que era accesible el lugar a través del sendero serpenteante en torno a la montaña. Aunque por supuesto, ese viaje hubiera resultado infinitamente más largo, fatigoso e incluso mareante para ella.

Vio venir una especie de pequeño *jeep* color rojo, como los vehículos que se utilizan en los campos de golf para recorrerlos de extremo a extremo, procedente sin duda de la casa. El piloto no pareció extrañado por su presencia. Ayudó a Belinda a bajar su maleta, único equipaje que llevaba ella consigo, y esperó al pie del inmovilizado helicóptero la llegada del coche rojo que rodaba sin muchas prisas por el amplio prado rodeado de arboledas, utilizado como helipuerto habitualmente, sin la menor duda.

El *jeep* rojo lo conducía un hombre de edad avanzada, cabellos largos y muy blancos, que agitaba blandamente la brisa, como si fuesen guedejas de algodón en torno al rostro curtido y bronceado. Cuando el vehículo se quedó parado ante ellos, el hombre descendió del vehículo y saludó cortésmente al piloto y a su joven viajera.

—Buenas tardes —dijo con voz seca pero amable—. Deben estar hambrientos, después de haber salido de Los Ángeles tan de mañana...

—Yo desayuné en la ciudad, pero de eso hace ya demasiadas horas —suspiró ella, dándose cuenta por primera vez de que, efectivamente, su estómago estaba desoladoramente vacío.

—Eso se arreglará enseguida, señorita —sonrió el hombre de edad madura, fijando en ella sus ojos claros, algo cansados y tristes—. Vengan conmigo a la casa. Su almuerzo está preparado desde hace tiempo. El señor nos avisó desde la ciudad de su llegada.

A Belinda le sorprendió ese punto, porque no veía por parte

alguna postes telefónicos que dieran a entender una comunicación por esa vía con la ciudad, ni con parte alguna. Pero se limitó a subir al vehículo, que resultó ser de carrocería plástica, muy liviana, y un pequeño motor casi de motocicleta. Se acomodó atrás, y el piloto se sentó junto al conductor, iniciando el regreso hacia la casa.

—Mi nombre es Silas Hoggart —dijo el hombre, espontáneamente, volviéndose a medias hacia la joven, mientras conducía el pequeño vehículo por el prado—. Soy el jardinero y guarda de la finca, todo en una pieza. Cuido tanto de los bosques como de los jardines y prados, así como de algunas otras cosas necesarias en la propiedad, tales como cuidado de la casa, arreglos de averías y cosas así. Puede decirse que soy una especie de comodín para las tareas de mantenimiento de La Cumbre, señorita...

—Miller —se apresuró a decir Belinda—. Betsy Miller.

—Bueno, señorita Miller, espero que su estancia aquí sea de su entero agrado. Inicialmente, esto no produce una impresión demasiado optimista, pero a la larga verá cómo no es tan malo... Un poco aburrido, lo admito, en especial para una mujer joven y bonita, como usted. Pero encontrará muchas cosas en que ocupar su tiempo, ya lo irá comprobando. Aunque somos pocos los habitantes de La Cumbre, el ambiente aquí no es demasiado triste a fin de cuentas.

—Eso espero. De todos modos, no he venido a divertirme, sino a trabajar —le recordó Belinda suavemente.

—Muy cierto —asintió con su canosa cabeza enérgicamente—. Aquí, todo estamos para trabajar. Incluso el patrón... a pesar de todo.

Y no aclaró ni remotamente qué podía significar aquel «a pesar de todo». Por el contrario, se puso a canturrear una vieja balada irlandesa, sin hacer demasiado caso a su compañero de asiento, que tampoco parecía preocuparse por ello.

Por fin llegaron a la edificación central de La Cumbre. Belinda la contempló con vivo interés, realmente sorprendida y, sin saber la causa, algo inquieta, como si se hubiera encontrado ante algo que no esperaba y que no era totalmente de su agrado.

Era un edificio singular. Rústico, de puro estilo campestre, con profusión de troncos en su estructura, mezclados con una base

sólida de piedra, tejado de pizarra gris y varias chimeneas, evocando un poco el estilo inglés, aunque el largo porche y los inmediatos establos más bien encajaban en una típica edificación del Oeste de los Estados Unidos. Algo más allá, un anexo de ladrillo rojo oscuro, con las amplias puertas cerradas, parecía estar destinado a garaje y alguna otra utilidad por el momento desconocida para ella.

Pero poseía una planta alta, con ventanas enrejadas, que daba la impresión de corresponder a otra vivienda.

Apenas se detuvo el ligero vehículo rojo en el claro que se extendía ante la casa, cuando la puerta se abrió, apareciendo en ella una mujer alta y morena, vestida sobriamente con un pantalón gris de franela y un suéter de cuello alto del mismo color. Era lisa como una tabla, sumamente delgada y algo varonil. Con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón, situados a la altura de su cintura, contempló la llegada de los tres, desde el porche. Su rostro, moreno y enjuto, no reveló la menor emoción.

—Es la señorita Caldwell —explicó el jardinero—. Sabrina Caldwell, mitad enfermera, mitad secretaria.

—¿Secretaria del señor Saint Cyr? —se interesó Belinda.

—Eso es.

—Y enfermera... ¿de quién?

El jardinero carraspeó, como si el tema no fuese de su agrado, pero respondió con indiferencia:

—Del señorito Christian, naturalmente.

—¿Quién es Christian?

—Christian Saint Cyr, naturalmente. El hijo del señor.

—Oh, entiendo. Supongo que me han contratado para cuidar de él. Se mencionaba algo sobre los niños en el anuncio...

—No sólo de él, sino también de la señorita Allyson —rectificó Hoggart.

—¿La señorita Allyson? ¿Quién es?

—La hermana del señorito Christian. El señor tiene dos hijos.

—No lo sabía. Tampoco sabía que estuviese casado.

—Lo estuvo. Ahora es viudo. Perdió a su esposa y a otro hijo, señorita Miller. De los trillizos, sólo le viven dos.

—¿Trillizos? —se sorprendió Belinda—. ¿Así que los que viven son gemelos?

—En efecto. Los tres nacieron a la vez. Pero no le pregunte por el tercero. No es un tema de su gusto, compéndalo. Esposa e hijo murieron juntos.

—¿Algún accidente?

—Sí. Un desdichado accidente —suspiró el jardinero—. Por eso no debe hablar de ello en presencia del señor Saint Cyr.

—Lo tendré en cuenta —asintió Belinda, bajando del coche.

Los dos hombres también descendieron. Hoggart les guió hacia la casa. Habló en voz alta a la mujer vestida de gris.

—Ya ha llegado la nueva institutriz, señorita Caldwell —explicó—. Ella es la señorita Miller, de Los Ángeles.

—Bien venida —la mujer morena le tendió la mano con cierta indolencia—. Pasen. Tienen a punto su almuerzo, aunque sea ya algo tarde...

Belinda estrechó la mano de la mujer, mientras el piloto se limitaba a saludarla con un movimiento de cabeza, comentando con aire distraído:

—Tomaré algo y me marcharé enseguida. Debo estar de regreso en Los Ángeles esta misma tarde, a última hora.

Entraron en la casa. Su interior resultó confortable y acogedor. En un amplio *living*, ardía un buen fuego en la chimenea. Evidentemente, el clima en aquellas alturas debía de ser poco amable llegada la noche. Belinda se encontró a gusto en aquella atmósfera cálida y hogareña. En algún lugar, un receptor de radio emitía música suave.

—Pasen a la cocina, por favor —pidió la mujer de gris—. La señora Dawson, la cocinera, ha dispuesto allí su almuerzo. A estas horas no se acostumbra a servir la comida en el *living* ni en el comedor. Espero sepan disculparnos, ya que son las normas de la casa, y el señor Saint Cyr es muy minucioso en ese sentido.

—No me importará comer en la cocina —suspiró Belinda—. Lo importante es tomar algún refrigerio, cuando se llevan seis horas con solamente un poco de café y una tostada en el estómago.

—Mi pobre amiga, debe estar muerta de hambre —habló con aparente cordialidad la mujer de ropa gris, tomándola por el hombro para guiarla hacia la cocina—. Venga conmigo. Lloyd conoce ya el camino.

Y dejó atrás al piloto, que era evidentemente el Lloyd a quien se

refería.

En la cocina, una mesa de madera de pino aguardaba con dos servicios dispuestos para el tardío almuerzo. Una mujer rolliza, de rubicundo rostro y ojillos risueños, se incorporó al verlas entrar.

—Ya puedes servir la mesa, Viveca —dijo la mujer de gris—. Nuestra nueva compañera viene con mucho apetito. Señorita Miller, ésta es Viveca Dawson, nuestra cocinera, le gustarán sus guisos, estoy segura de ello.

—Bien venida a La Cumbre, hija —habló cordialmente la mujer, besando a Belinda en las mejillas—. Siéntese. La serviré de inmediato. Tengo preparado algo de carne al horno con puré de patata y zanahorias. ¿Qué prefiere beber? ¿Café, leche o cerveza?

—Café, por favor —pidió Belinda—. Es más reconfortante.

Se sentó a la mesa, e igual hizo poco después el piloto del helicóptero. La señora Dawson sirvió una buena ración de carne en rodajas, al horno, con guarnición, cuyo apetitoso olor despertó aún más el apetito de ambos viajeros. Sabrina Caldwell se excusó, abandonando la cocina tras comprobar que los recién llegados estaban bien atendidos por la amable cocinera de La Cumbre.

La buena mujer se secó las manos, sentándose con ellos tras servirse una taza de café solo. Miró curiosamente a Belinda mientras ésta comía.

—Espero que esté a gusto entre nosotros —dijo—. Éste no es un lugar divertido, pero el señor es muy bueno y se sentirá bien aquí, estoy segura. ¿Ha llegado a conocerle en la ciudad?

—No —negó Belinda—. Estaba muy ocupado, al parecer. Dijo que nos veríamos una vez aquí...

—Entonces, ya verá que es todo un caballero y una gran persona. Una se siente feliz de trabajar para él, a pesar de todo. Quiero decir, a pesar de vivir en un sitio tan aislado como éste, naturalmente.

Esta última frase le pareció a Belinda algo precipitada, como si la señora Dawson quisiera poner bien claro que se refería a eso, y solamente a eso, cuando había mencionado aquel ambiguo «a pesar de todo». La joven asintió, sin dejar de comer la bien cocinada carne.

—Estoy convencida también de que así será —manifestó moviendo afirmativamente la cabeza—. La soledad del lugar no me

preocupa. Estoy un poco cansada de grandes ciudades, de gentes, de ruido, de todo lo que forma parte de la vida de hoy, señora Dawson. La paz de un sitio como éste me hará un gran bien, estoy segura.

—Paz... —repitió la señora Dawson. Y por un momento, Belinda estuvo segura de que la cocinera daba una rara, especial entonación a esa palabra, para añadir acto seguido—: Oh, sí, eso a veces es importante, hija mía. Muy importante...

En ese momento, algo contradijo las palabras de la mujer y las esperanzas de Belinda.

Un repentino grito, agudo y desgarrador, allá fuera, rompió la sosegada calma del momento. El piloto dio un respingo, sobresaltado, y los cubiertos cayeron de las manos de Belinda, golpeando el plato de comida con fuerza.

—¿Qué..., qué ha sido eso? —preguntó la joven, alterada, mientras la cocinera se ponía en pie de un salto y se dirigía rápidamente a la puerta de la cocina, como intentando evitar algo.

Si lo que pretendía era impedir que entrase la persona que lo hizo de inmediato, no lo consiguió. Porque la puerta de servicio de la cocina, que parecía asomar a la parte trasera de los jardines de la propiedad, donde se alzaba el anexo, se abrió con repentina violencia, empujada por alguien. Alguien que entró en la cocina, como una exhalación, sosteniendo algo en su mano y gritando con voz rota por los sollozos:

—¡Oh, no, no! ¡No, Viveca! ¡No han podido hacer esto a la pobre «Bessie»! ¡No hay nadie que pueda ser tan malvado! ¡No puede ser, no puede ser, mi pobre «Bessie»...!

Belinda se puso en pie, tambaleante y repentinamente lívida, contemplando con ojos dilatados por el horror la escena que tenía lugar ante ella.

La persona que había entrado en la cocina con métodos tan bruscos era un niño angelical, de dorados cabellos, lisos y suaves como oro hilado, ojos verdes oscuros y rostro contraído por el dolor y la angustia.

Había motivos para ello, sin duda. En su mano derecha, como un horrendo trofeo, llevaba un pequeño gato negro, cuyo cuerpecillo chorreaba sangre seca, con el cuello roto y la garganta desgarrada bajo la cabecita de boca convulsa y ojos vidriosos.

—¿Se encuentra mejor, hijita?

Belinda asintió, todavía demudada y sintiendo temblores en sus manos y piernas. La señora Dawson retiró de su nariz el frasco de sales y se encaminó a la cocina, mientras el desconocido caballero de pelo oscuro, salpicado de canas prematuras, cejas pobladas y rostro anguloso, tomaba el pulso de la joven, antes de incorporarse, con cierto alivio.

—No es nada —manifestó—. Sólo la natural emoción del suceso. Señorita Miller, va a tomarse ahora una tila que le prepara la señora Dawson, con unas gotas de este calmante. Dentro de poco se encontrará perfectamente, no tema.

Y puso ante ella un pequeño frasco con cuentagotas, que extrajo de su maletín profesional. Luego, mientras lo cerraba, añadió con un suspiro:

—Soy el doctor Quintín. Howard Quintín, amigo del señor Saint Cyr. Resido temporalmente aquí, para ocuparme de..., de su hija Allyson. Ya sabe, la inválida...

—¿Inválida? No, no lo sabía. Ni siquiera supe que tenía hijos hasta llegar aquí, aunque mencionase niños en el anuncio —respondió apagadamente Belinda—. La gente no ha sido demasiado locuaz conmigo, doctor.

—Comprendo. Ahora ya lo sabe. Una hija del señor Saint Cyr tiene una salud muy delicada... aparte de su invalidez actual, y yo trato de atenderla en ambos sentidos, con la eficaz ayuda de la señorita Caldwell, que además de secretaria personal del señor Saint Cyr, es una eficiente enfermera diplomada. Lamento que haya tenido que conocerme en estas circunstancias, señorita Miller.

—Más lo siento yo, doctor —gimió la joven—. Fue horrible, ver a ese pobre animal...

—Sí, es cierto. Christian es un muchacho muy impulsivo. Pero quería a su gato. Es natural que reaccionara así. Se llevó un gran disgusto.

—Supongo que el pobre gato... estará muerto.

—Por supuesto. Le rompieron el cuello y le desangraron.

—Dios mío, ¿quién pudo hacerlo?

—¿Quién? —El médico la miró con cierto sobresalto, enarcando las cejas. Luego sonrió, encogiéndose de hombros—. Lo dice usted como si alguna persona hubiera sido capaz de algo así...

—El niño lo dijo también de ese modo, como sospechando de

alguien...

—Ya le dije que Christian es un muchacho de impulso súbito — se apresuró a explicar el doctor Quintín—. Verá, señorita Miller: en estas regiones montañosas hay gran cantidad de alimañas feroces. Animales que no se atreverían a atacar a un ser humano, pero sí a un pobre gatito indefenso. Eso es lo que sucedió, simplemente. No es nada nuevo por aquí.

—Sí, claro. He sido una tonta, pero..., pero la impresión resultó muy fuerte.

—Ya he regañado a Christian por ello, como pudiera haberlo hecho su padre, de estar presente. Se ha ido arriba, a su habitación. Está inconsolable, pobre crío.

Se excusó con un gesto cortés, y abandonó la cocina. La señora Dawson puso ante ella la infusión, echándole dentro diez gotas del frasco de sedante.

—Tómese esto, hijita —aconsejó tiernamente, apoyando una mano en su hombro—. Le irá bien.

Belinda asintió débilmente, con la mirada fija en el vacío. Naturalmente, ya había perdido todo vestigio de apetito, aunque no llegó a terminar su almuerzo. La imagen del pequeño gato desnucado y degollado, no se apartaba de su mente.

—Debía de llevar tiempo muerto —murmuró—. Tenía la sangre seca...

—¿«Bessie»? Sí, pobrecillo —la cocinera meneó la cabeza—. El señorito Christian lo encontró en la maleza, cerca del jardín, pero debía estar muerto desde esta madrugada.

—¿Tan feroces son los animales salvajes que merodean por estos sitios?

—¿Animales feroces? —La buena mujer vaciló, arrugó el ceño, pareció que iba a decir algo, pero se mordió el labio y admitió, con un encogimiento de hombros—: Sí, claro... Ahora tómese eso, querida. Lo necesita.

La hizo ingerir la tila con el sedante. Belinda se preguntó qué había querido decir la cocinera, arrepintiéndose luego de ello antes de despegar los labios. Pero pensó que no era prudente hacerle preguntas al respecto. Después de todo, ella era solamente una recién llegada, una advenediza en aquella casa.

Sus nervios, ciertamente, se relajaron bastante con la infusión y

la medicina. La señora Dawson se ausentó un momento, regresando en compañía de Sabrina Caldwell, que parecía ligeramente más pálida que antes, a su llegada a La Cumbre. Pero su tez seca y cetrina disimulaba en parte esa circunstancia.

—Venga, querida —invitó—. La conduciré a su dormitorio para que descanse un poco hasta la hora de la cena. Es posible que el señor llegue a tiempo de cenar esta misma noche, si toma otro helicóptero una vez hechas sus gestiones en la ciudad. Lloyd ya se marchó de regreso a Los Ángeles. Espero que no le haya dejado demasiado mala impresión el desgraciado incidente de hoy. Estas tierras son malas para los animales domésticos. No es el primer gato que muere a manos de alguna alimaña en esta casa. Tranquilícese, evitaremos que vuelva a suceder, impidiendo que Christian vuelva a tener nuevas mascotas de ese estilo. Venga, por favor.

La guió a la planta alta, donde la acomodó en una amplia, confortable habitación con ventana a los bosques frondosos que rodeaban la casa por el ala oeste. Belinda se tendió en el lecho, intentando conciliar el sueño para no pensar.

El sedante hizo su efecto y se durmió en breve, pero sus sueños distaron mucho de ser agradables.

Sonó con hachas ensangrentadas, con cuerpos humanos decapitados y bañados en sangre. Y también con un gato degollado brutalmente, que se agitaba convulso entre los cadáveres de una mujer de edad avanzada y de un hombre joven. Todo ello sucedía en una caseta de feria, bajo la mirada risueña del señor Carson, que reía y reía, complacido, aplaudiendo como único ocupante de una desolada platea...

Se despertó sobresaltada, empapada de sudor, llena de terror por aquellas espantosas pesadillas que alteraban su sueño.

Ya había oscurecido y la habitación estaba en sombras. Alargó vacilante la mano, buscando el interruptor de la luz. Cuando lo encontró, lo accionó. Una lámpara, en la mesilla, se iluminó, derramando claridad rosada sobre el lecho y una parte de la habitación.

Belinda emitió un chillido terrible, largo y desgarrado.

Ante ella, una mujer de cabellos canosos, desgredados, lívido rostro, ropas negras y ojos enrojecidos, se erguía, contemplándola con malevolencia. En una de sus manos, de largas y engarfiadas

uñas, sostenía el cuerpo sangrante y rígido de aquel mismo gatito negro, desnucado y con la garganta reventada. Al oírla chillar y verla despierta, la mano de la extraña mujer soltó el cuerpo del animal sobre la cama.

Cayó en el pecho de Belinda. Ella gritó de nuevo, aterrada... y se desplomó inconsciente.

Capítulo IV

—ES la segunda vez que la atiendo en tan pocas horas. ¿Cómo está en estos momentos, señorita Miller?

Ella pestañeó, mirando aturdida hacia el rostro grave del doctor Quintín, inclinado sobre el lecho. Tras de él, descubrió la presencia de Sabrina Caldwell y un hombre a quien no conocía, de cabeza calva, rostro impasible y ropas de sirviente de casa señorial. Sin duda debía de tratarse del mayordomo de la sorprendente finca perdida en las montañas.

—No sé... —jadeó—. Dios mío, ¿qué ha ocurrido?

—Eso tendrá que decírselo usted —sonrió el médico—. La oímos gritar repetidas veces, acudimos a su alcoba, y la hallamos sin conocimiento.

En ese momento recordó. Una convulsión agitó su cuerpo. Su mirada reflejó un vivo terror al aferrar la mano del médico y murmurar con voz rota:

—Fue horrible, doctor, ahora me acuerdo bien de todo...

—Dígame lo que pasó, por favor. Pero manténgase tranquila, no le ocurre nada. Está entre amigos.

—Dormí toda la tarde... Desperté a oscuras, di la luz... —Le tembló la barbilla y cerró los ojos, sobrecogida—. Dios mío, qué espantoso fue todo... Ella..., ella estaba ahí, de pie, ante mí...

—¿Ella? —Sabrina Caldwell repitió la palabra con tono incrédulo. Avanzó unos pasos hacia Belinda—. ¿A quién se refiere, señorita Miller?

—A la mujer... Aquella horrible mujer despeinada, enlutada, pálida como una muerta... —jadeó la joven, estremecida—. Llevaba en su mano el gato muerto... «Bessie»... Y lo dejó caer sobre mí, mirándome de un modo maligno, como si me odiara...

Sollozó, dejándose caer en el lecho. El médico arrugó el ceño, cambiando una rápida mirada con Sabrina. Ésta movió la cabeza de

un lado a otro, y se sentó en el borde del lecho, tomando una mano de Belinda entre las suyas. Estaba helada por completo.

—Cálmese, querida —pidió suavemente—. Debió sufrir una pesadilla, eso es todo.

—No, no —rechazó vivamente Belinda—. Tuve pesadillas, es cierto. Pero ésa no fue una de ellas. Me había despertado ya. Recuerdo que di la luz... y la vi.

—Pero, amiga mía, cuando subimos a ver qué sucedía, la luz estaba apagada, y no había nadie salvo usted. Además, esa mujer que ha descrito... no existe.

—Yo sé que existe. La vi tan claramente como ahora la veo a usted, señorita Caldwell...

—Mire, querida, seamos sensatos y razonemos —se expresó Sabrina con dulzura—. Aquí estamos ahora el doctor Quintín, un íntimo de la casa, nuestro mayordomo, Gordon Randall, y yo misma. Los tres podemos jurarle que no existe ninguna otra mujer en La Cumbre, salvo la señora Dawson y yo misma, aparte de usted. Porque a la pequeña Allyson no podemos considerarla aún una mujer, ya que tiene sólo diez años, igual que su hermano Christian a quien ya conoce.

—Eso es cierto —corroboró el médico—. La señorita Caldwell le dice la verdad.

—Así es —confirmó a su vez el criado gravemente—. No hay ninguna otra mujer en la propiedad, señorita.

—Además, el gatito que apareció muerto está enterrado ya hace tiempo, mucho antes de que usted se durmiera —añadió Sabrina—. Silas se ocupó de ello en el bosque. Créame, querida, lo sucedido esta tarde la impresionó demasiado, y sus pesadillas hicieron el resto. Convénzase, eso que imaginó no ha sucedido nunca. Puede estar bien tranquila.

Miró alternativamente a uno y otro. Empezó a dudar. ¿Era posible que lo hubiera soñado? ¿Estaba realmente tan desquiciada como para eso? Recordó Springfield, los cuerpos de tía Vivien y de Lou Garfield, la sangre, el hacha, las cabezas casi separadas del tronco...

Tembló de pies a cabeza, sintió frío y cerró los ojos, estremecida de miedo y de angustia.

—Perdonen —susurró—. Creo que tiene razón, señorita

Caldwell. Me he dejado llevar por mis nervios, mi imaginación...

—Algo perfectamente normal cuando se ha sufrido una impresión desagradable —la tranquilizó el doctor Quintín, palmeando suavemente su pierna—. Hágame caso, señorita Miller. Aleje esas ideas de su mente. ¿Prefiere quedarse aquí, descansando un poco más, o bajar a reunirse con nosotros y cenar?

—No tengo apetito, pero prefiero bajar aunque sea sólo para tomar algún líquido. Siento lo ocurrido. Deben estar sacando una penosa impresión de mí, para ser una recién llegada...

—Nada de eso —replicó suavemente Sabrina—. Todo ha sido por culpa nuestra. No se puede decir que la bienvenida que le dio Christian fuese la más adecuada para que se sintiera a gusto entre nosotros... Venga, la ayudaré a bajar. La señora Dawson le preparará algo ligero y reconfortante, no se preocupe de nada.

En aquel momento, un ronroneo profundo sonó allá fuera, por encima de la casa. El médico, la secretaria y el criado alzaron la cabeza. Rápido, este último se dirigió a la salida.

—Perdonen —dijo—. Creo que el señor está aquí ya...

—Vamos abajo —invitó el médico con un suspiro—. Así conocerá al fin a su nuevo jefe, el señor Saint Cyr...

—Sí, voy enseguida —afirmó Belinda con voz insegura aún—. No necesita ayudarme, gracias, señorita Caldwell. Iré yo sola, no tema. Quiero ponerme otro vestido para esta noche.

—Como quiera. ¿Seguro que se siente lo bastante bien para quedarse sola? —dudó Sabrina.

—Sí, seguro, gracias.

Salieron los dos de la estancia, y Belinda se quedó sola. Miró aprensivamente en torno suyo, abrió el armario empotrado y sacó su maleta, eligiendo un vestido oscuro y discreto. Se peinó y aseó un poco ante el espejo del anexo cuarto de baño, para estar un poco presentable ante su nuevo patrón. Retocó levemente sus pálidas mejillas con algo de carmín.

Luego se dispuso a salir del dormitorio para bajar a la planta inferior. Sonó la puerta de entrada, voces intercambiando palabras en tono vivaz, y luego unas pisadas enérgicas hacia el *living*. Saint Cyr había llegado. Se preguntó cómo sería realmente aquel hombre de quien tan poco sabía.

Pero antes, se detuvo un momento ante su lecho. Se inclinó

sobre el cobertor color azul oscuro. Pasó una mano sobre él, cautelosamente. Alzó la misma, mirándola a la luz.

Se estremeció, dominando su inquietud con dificultad.

—Estaba segura —susurró—. Totalmente segura... No fue un sueño. No fue producto de una pesadilla ni de una alucinación...

En sus dedos, aparecían algunos pelos negros. Pelos de gato... Algunos de ellos, con huellas de sangre seca.

* * *

Osmond Saint Cyr era, realmente, un hombre que producía una tremenda impresión la primera vez que se le conocía.

Al menos, eso pensó de inmediato Belinda Marsh, cuando se encontró cara a cara con él en el *living* de la residencia montañera.

Su personalidad resultaba arrolladora, magnética. Alto, fuerte sin ser recio, acaso porque su cuerpo era enjuto, con la excepción de su anchura de hombros y su fuerte torso. Facciones viriles, enérgicas, realmente atractivas para cualquier mujer, desde la amplia frente, bajo los cabellos oscuros, que la barrían con un rebelde mechón, y sienes ligeramente canosas, que también teñían de leve plata sus patillas. Ojos verde oscuros, penetrantes, cejas arqueadas, nariz recta y boca carnosa y sensual sobre el rectángulo firme de su mentón.

Todo ello, en una tez levemente oscura, bronceada por la larga exposición a la luz y al aire limpio de las montañas. Vestía ropas preferentemente oscuras, de tonos grises y negros, y llevaba las manos enguantadas con delgados guantes de cuero negro. Se despojaba de una amplia chaqueta de napa, en el momento de bajar Belinda, pero no así de sus guantes, que permanecieron enfundando sus manos.

El gesto de Saint Cyr era más bien hosco, algo huraño, aunque no desagradable por ello. Giró la cabeza al oír las nuevas pisadas de Belinda. Se quedó mirándola unos segundos. Luego, hizo una leve inclinación cortés.

—La señorita Miller —dijo con voz profunda, de graves inflexiones—. ¿Todo bien en su nuevo hogar?

—No del todo, Osmond —se apresuró a terciar el doctor Quintín.

—¿Qué quieres decir? —demandó él, sin desviar aún su oscura mirada de Belinda.

—Verás, la señorita Miller ha sufrido algún trastorno psíquico, por culpa de tu hijo —explicó el médico.

Y refirió con brevedad lo sucedido, desde la aparición de Christian con el gato muerto, hasta la aparición en el dormitorio de Belinda, atribuyendo ésta a una pesadilla de la joven.

Saint Cyr escuchó, ceñudo. Belinda creyó captar un relampagueo de ira y de sobresalto en sus pupilas cuando fue mencionada la extraña mujer con el gato sangrante, pero no estuvo segura de ello totalmente, ya que el rostro del hombre permaneció inexpresivo.

—Lamento profundamente todo esto —manifestó al terminar Quintín su relato—. Está muy pálida, señorita Miller. Siéntese, por favor. La serviré un oporto. ¿Le parece bien?

—Sí, gracias —ella se dejó caer en un asiento—. Créame que siento haberme comportado como una chiquilla, señor Saint Cyr.

—No tiene que excusarse usted, sino yo —se apresuró a rechazar él con énfasis, acercándose a un mueble y abriéndolo, para extraer una botella de fino cristal tallado, de la que escanció una copa también tallada, sirviéndola a la joven en su mano—. Tome esto. Se sentirá mejor. Creo que deberá tratar de comprender a mi hijo y no sentir rencor hacia él por esa torpeza suya. Es un muchacho muy impulsivo, pero se dará cuenta de que no lo hace por maldad, sino porque realmente tiene sensibilidad. Quería mucho a «Bessie»... y le ha dolido perderlo, compéndalo.

Al decir estas últimas palabras, el tono de Saint Cyr se había vuelto sombrío, grave, como si hablar de la extraña muerte del animal le causara cierta ira y zozobra. Belinda asintió, tomando un sorbo de oporto.

—No tiene que decirme nada, señor —manifestó—. Creo que sé lo que sentía el muchacho. No puedo reprochar nada por eso. Al contrario, supongo que ahora necesitará más afecto que nunca...

—Bueno, eso nunca se sabe —objetó con cierta brusquedad Saint Cyr—. Christian es un niño muy raro. Ya irá dándose cuenta de ello...

No aclaró para nada ese punto, dedicándose a partir de entonces a cambiar impresiones personales con Quintín y con su secretaria, Sabrina, que le explicó cómo iban las cosas en La Cumbre. Saint Cyr escuchó a todos, asintiendo de vez en cuando, y con un relativo aire distraído. Belinda tuvo la impresión de que su mente andaba

bastante lejos de allí en esos momentos.

—¿Y Allyson? —preguntó en una ocasión—. ¿Cómo está ella, señorita Caldwell?

—Como siempre —manifestó Sabrina—. Ya me entiende, señor.

—Sí, claro —afirmó, arrugando el ceño ligeramente. Contempló con ojos muy fijos el fuego que resplandecía en la chimenea confortablemente—. Espero que le guste el regalo que le he traído de la ciudad...

Paseó por la estancia, con sus manos a la espalda. Se detuvo de nuevo ante Belinda, cuando ésta apuraba la copa de oporto. Casi sonrió, pero no llegó a hacerlo del todo.

—¿Mejor? —indagó.

—Sí —musitó Belinda—. Sí, señor. Mejor, gracias.

—Sentí no verla en Los Ángeles, como quedara con el señor McNeil, pero tuve demasiadas cosas que hacer y muy poco tiempo. Acostumbro a salir con poca frecuencia de aquí.

—Ya lo imaginé, señor Saint Cyr. Espero que no tenga que arrepentirse nunca de haberme elegido a mí de entre todas las aspirantes al empleo...

—Estoy seguro de que no será así. Acostumbro a saber elegir —replicó con cierta brusquedad él—. Mañana le diré sus obligaciones en esta casa, señorita Miller. Esta noche, creo que ambos estamos cansados y será mejor dejarlo para otra ocasión. Descanse tranquila, y aleje temores de sí. La presencia de alimañas peligrosas no es nada nuevo en estas regiones, se lo aseguro. Pero no acostumbran a atacar a las personas.

—Lo recordaré cuando tenga algún mal sueño, señor Saint Cyr —aseguró Belinda, con una vaga sonrisa.

Él observó que miraba sus manos enguantadas con cierta extrañeza. Y alzándolas ligeramente ante ella, manifestó con naturalidad:

—¿Le sorprende que no me haya quitado los guantes aún?

—Un poco, señor. Siento haber sido indiscreta...

—No es ninguna indiscreción. Resulta natural su sorpresa, no conociéndome aún. Verá, señorita Miller. Mi profesión ha sido la de escultor. Y digo que «ha sido», porque ya no puedo ejercerla. Mis manos no responden. Sufrí quemaduras en la mano derecha, hace algún tiempo, en un desgraciado accidente. De esas quemaduras,

ciertos tendones quedaron afectados y muevo los dedos con dificultad. Eso impide que pueda moldear. Arruiné mi carrera y mi vocación ese día, pero lo peor fue que en el mismo accidente perdí a Damien, mi tercer hijo... y a mi esposa Arlene. No pude sacarles del coche ardiendo, pese a todos mis esfuerzos. Y también perdí mis manos...

Las agitó levemente, mostrando cierta rigidez en los dedos de su diestra.

—Yo... lo siento mucho, señor Saint Cyr —declaró Belinda, con voz ronca.

—Las quemaduras dejaron mis manos poco gratas. De vez en cuando me injertan piel nueva y van reparándolas. Pero aún no están totalmente presentables. Lo que no podrá hacer ningún cirujano es devolverle la flexibilidad a mis dedos, ¿verdad, Quintín?

—Ya hablamos de eso muchas veces, amigo mío —habló el médico, evidentemente molesto por el tema que salía a colación—. Creo que podrías intentar moldear de nuevo, a pesar de todo, ya te lo he dicho en mil ocasiones...

—¿Para qué? ¿Para hacer figuras que podría moldear cualquier niño? —se quejó amargamente el dueño de la casa—. ¿Para hacer el ridículo ante el mundo y ante mí mismo? Desengáñate, Quintín. El escultor que pudo triunfar en América y Europa con sus obras, ya no podrá regresar nunca más. No quiero hacer simples caricaturas de lo que era capaz de crear entonces. Creo que también te he dicho eso mismo muchas veces, querido amigo. Ahora, disculpadme. Subiré a ver a Christian y luego iré a ver a Allyson, antes de irme a descansar. Buenas noches a todos. Hasta mañana, señorita Miller.

Y sin esperar respuesta de ninguno, abandonó la estancia con la brusquedad que parecía serle habitual. Sus pisadas resonaron firmemente en la escalera, hasta perderse en la planta alta.

—De primera impresión se le ve algo rudo, pero acabará dándose cuenta de que no lo es tanto —explicó Sabrina—. El accidente ha variado bastante su carácter. Aun así, es un jefe más agradable de lo que aparenta, ya lo verá.

—No me ha resultado nada antipático, palabra. Estoy segura de que trabajaré muy a gusto con él —manifestó Belinda, con un suspiro.

Sabrina la miró, algo sorprendida. Cambió una mirada rápida

con Quintín. Luego se acercó a ella, puso una mano en el hombro de la joven recién llegada, y le advirtió con rara seriedad:

—Cuidado con algo, querida. Sé que es fácil sentir atracción por el señor Saint Cyr. Ya me entiende: atracción por el hombre. Eso es peligroso aquí. Muy peligroso.

—¿Peligroso? —Marcó las cejas Belinda, sin entender—. ¿Por qué?

Sabrina pareció que iba a decir algo, pero vaciló, y cuando respondió, Belinda tuvo la impresión de que no eran ésas las palabras que pensara pronunciar inicialmente.

—Debe bastarle con saber que su antecesora en ese empleo salió de aquí para siempre por esa razón...

Y bruscamente, sin aclarar más, se ausentó también del *living*, sin que el doctor Quintín, parado ante el fuego de la chimenea con una copa en su mano, pareciera dispuesto a ponerle en claro lo que Sabrina Caldwell pretendiera decirle con aquella frase rotunda.

Esta vez, Belinda aseguró la puerta con pestillo, antes de acostarse nuevamente para descansar durante toda la noche. Revisó toda la habitación, sin encontrar nada alarmante en parte alguna y se sintió más tranquila, tras comprobar que también la ventana estaba perfectamente encajada y segura.

Tardó en sentir somnolencia. Los sucesos del día la habían excitado considerablemente. Y la llegada de su jefe, también. Sabrina tenía razón. No era difícil sentirse atraída por una personalidad como la de aquel hombre. Pero si era viudo y sin compromiso alguno, ¿por qué resultaba peligroso sentir algo por él?

Su antecesora en este empleo, había sido despedida, al parecer, por ese motivo. ¿Fue ello idea personal de Saint Cyr... o de Sabrina, como secretaria y administradora de la casa? Le hubiera gustado saberlo.

Por otro lado, estaban las ideas inquietantes que despertaban en ella los demás sucesos. No podía olvidar a la terrible mujer de su visión. Y había pelos de gato en su lecho. Eso parecía dar a entender que, dijeran lo que dijeran los demás, no había sido una pesadilla. Pero si era así, ¿quién era esa mujer y cómo había llegado hasta ella? ¿Por qué llevaba en su mano el gato muerto?

Todo aquello constituía un misterio tan profundo como alarmante. Sentía miedo y no podía evitarlo. Bajo las ropas de la

cama, su cuerpo se humedecía con la transpiración, pese a que no tenía calor. Se tocó los desnudos pechos, por cuya canal se deslizaban gotitas de sudor. Suspiró, cerrando los ojos con cierto alivio al sentir que iba llegándole un ligero sopor, tal vez más por cansancio que por otra razón. Sus dedos se relajaron sobre los promontorios de carne de su torso, bajo la sábana. Respiró con ritmo cada vez más lento y pausado.

Pero no llegó a dormirse tampoco esta vez.

Algo lo había impedido. Ese algo era una voz lejana. Una voz sorprendente.

Parecía la voz de un niño llamando a alguien. Procedía del exterior. Belinda se incorporó. No encendió la luz, dominada por un sentimiento de cautela. Miró la esfera luminosa de su reloj de pulsera. Pasaban de las doce de la noche.

Era raro que los niños de Saint Cyr estuvieran despiertos a semejantes horas, en un lugar como La Cumbre. Se levantó despacio, sin hacer ruido. Caminó descalza sobre el suelo de madera, hasta la ventana. La voz infantil volvió a sonar en la distancia.

Y los cabellos rojos de Belinda, bajo su negro tinte actual, se pusieron esta vez erizados.

—Mamá... Mamá... —gemía la vocecilla plañideramente—. ¿Dónde estás, mamá...?

Con un escalofrío recorriendo su espina dorsal hasta poner de punta el vello de su nuca, Belinda se asomó a la ventana alzando levemente la cortina, siempre con el dormitorio a oscuras para no ser vista.

Su cuerpo todo sufrió una convulsión. Notó que el sudor se helaba en su piel.

—Dios mío, ¿qué significa esto? —musitó, aterrada.

Podía ver al niño. O niña. No era fácil advertir su sexo desde allí, porque la criatura luda cabello algo largo, media melena. Era rubio y llevaba una especie de largo camisón o prenda de vestir de color blanco. Deambulaba por el claro, entre la casa y el bosque, mirando a todas partes, como buscando a alguien. Su modo de andar era extraño. Parecía en trance, moviéndose en sueños.

—Mamá... —le oyó repetir con una vocecilla débil y aguda—. Mamá, ven conmigo... Tengo miedo, mamá...

La piel de Sabrina se tomó de gallina. Tembló, pegada al cristal de la ventana, que empañaba con el vaho de su aliento entrecortado, la mirada fija en la irreal criatura que alumbraban débilmente las estrellas en un cielo súbitamente limpio de nubes, intensamente negro sobre las cumbres de Sierra Nevada.

El cierzo, agitó el camisón de la criatura. Ésta se detuvo en medio del claro.

Y repentinamente, miró hacia arriba. Miró hacia ella.

Belinda se quedó rígida, como clavada allí. El niño alargó sus brazos hacia ella, patéticamente. Y gimió:

—Mamá... Mamá, ven...

Sintió un estremecimiento de pánico irreflexivo y bajó la cortina, sintiendo el violento golpeteo de su corazón dentro del pecho. Cerró los ojos, diciéndose que esta vez nadie iba a poderle convencer de que estaba soñando algo inexistente. Aquello era real y bien real, aunque no lo pareciese.

El niño parecía ser Christian. Pero no estaba segura de ello. No había advertido que llevara el cabello tan largo. Además, su voz sonaba femenina, muy suave y delicada.

Respiró hondo, se armó de valor y volvió a alzar la cortina para enfrentarse a la aparición fantasmal.

No había nadie abajo. No vio el menor rastro del niño o niña que llamaba a su madre en la madrugada. Como si nunca hubiera estado allí. Sus ojos recorrieron todo el claro, de extremo a extremo.

Nada.

La criatura nocturna había desaparecido tan súbitamente como apareciera. Su voz se había extinguido en la noche.

Regresó al lecho, tambaleante e inquieta, sintiendo una incertidumbre estremecedora. Hubiera querido salir de allí, llamar a todo, advertirles de lo que sucedía allá fuera. Pero tuvo miedo de que no la creyeran, de que empezasen a pensar que era una neurótica. No le convenía eso en absoluto. No debían jamás relacionarla con la Belinda Marsh evadida de un centro psiquiátrico. Eso sería su final como persona libre.

Pensando en todo ello, pese a su tremenda agitación, apenas sin darse cuenta, se quedó dormida.

Y, sorprendentemente, ni siquiera tuvo pesadillas. Tal vez estaba demasiado cansada para ello.

Capítulo V

EL desayuno en el comedor parecía un ritual cotidiano, a juzgar por la bien servida mesa y la asistencia de todos los habitantes de la casa a la misma. Todos, excepto Allyson, la hermanita de Christian, que hacía sus comidas y su vida, por lo que Belinda podía colegir hasta el momento, bastante al margen de los demás.

Alrededor de la mesa, a las siete y media de la mañana, cuando apenas clareaba sobre las montañas, estaban sentados ya Osmond Saint Cyr, el dueño de la casa, con su hijo Christian a su derecha y Sabrina Caldwell a la izquierda. Algo más allá, el doctor Quintín. Y una silla libre para Belinda. Ésta se excusó:

—Lamento la tardanza. Procuraré que no vuelva a suceder, señor.

—No tiene que excusarse, señorita Miller —rechazó Saint Cyr, rotundo—. Ya iré habituándose a las costumbres de la casa. Como ve, de todos modos, empezamos sin usted. Creímos que no deseaba desayunar.

—Lo cierto es que no he dormido muy bien —suspiró la joven—. Debe ser el cambio de clima.

—Lo de ayer, sin duda, influiría en ello —dijo Saint Cyr, rotundo—. Ya iré habituándose a las costumbres de la casa. Como ve, de todos modos, empezamos sin usted. Creímos que no deseaba desayunar.

—Lo cierto es que no he dormido muy bien —suspiró la joven—. Debe ser el cambio de clima.

—Lo de ayer, sin duda, influiría en ello —dijo Saint Cyr, comprensivo—. ¿Café, té? Sírvaselo que guste, señorita Miller. Está en su casa.

—Gracias, señor —respondió ella, modosa.

Miró de soslayo a Christian. El niño desayunaba respetuosamente, sin mirar a nadie. Se preguntó si sería él quien

deambulaba la noche antes por el exterior. Le siguió pareciendo que el cabello era más largo en la criatura que viera entonces, y el aspecto de Christian más varonil también. Pero el parecido era notable. Y por lo que sabía, su hermana Allyson estaba inválida...

La charla durante el desayuno discurrió por cauces triviales, hablándose de aspectos puramente domésticos de la casa, cuestiones familiares y cosas así. Belinda se limitó a escuchar, lo mismo que el doctor Quintín. Éste sólo intervino cuando Saint Cyr, inesperadamente, como era habitual en él, la interpeló:

—Howard, ¿has visto ya a la niña?

—Por supuesto —asintió el médico—. La he encontrado muy bien.

—Pero sigue sin moverse de su silla, ¿verdad?

—No puedes esperar milagros, Osmond —protestó Quintín—. Te dije que aunque su invalidez podía ser simplemente psíquica, aparte sus lesiones físicas, resultará muy difícil convencerla de que puede moverse como cualquier otra persona. Sigue aferrada a su invalidez y se encuentra cómoda con ella.

—Allyson es estúpida —terció Christian—. Cada día la odio más.

—¡Christian! —le reprendió severamente Sabrina.

—Es verdad —insistió el niño—. También ella me odia. Seguro que fue ella quien mató a «Bessie», y no ninguna alimaña. Le odiaba tanto como a mí.

—Christian, no hables así —le atajó ahora su padre fríamente—. Sabes que Allyson nunca haría algo así. Además, ella no puede moverse.

—Miente. Se puede mover. Yo lo sé.

Todos le miraron, entre irritados y escépticos. Sabrina se mostró acre.

—Eres tú quién miente, Christian, y sabes que eso no está bien. Los niños no deben decir mentiras. ¿Qué pensará de ti la señorita Miller?

—Me tiene sin cuidado lo que ella piense —le dirigió una rápida mirada airada—. No me gusta la señorita Miller. No la quiero.

—Christian, estás portándote muy mal hoy —le avisó su padre—. Pide perdón por esas palabras a la señorita Miller.

—No, déjele —sonrió Belinda—. Si piensa así, sería hipócrita que fingiera apreciarme.

—Es una orden, Christian —insistió Saint Cyr con un tono glacial, demasiado duro para ser dirigidas esas palabras a un niño que era su propio hijo—. Discúlpate.

—Yo... —El niño miró a Belinda con disgusto—. Yo lo siento, señorita.

—Está bien, Christian. Sé que lo sientes. Pero no te pediré nunca a la fuerza que sientas afecto por mí —habló suavemente la joven, mirándole con fijeza.

El niño desvió la mirada. Sabrina se mostró nuevamente áspera con él:

—Lo que dijiste de tu hermana es indigno —le recordó—. Sabes bien que está enferma y no puede moverse de su silla.

—Eso no es cierto, señorita Caldwell. Sé que puede andar.

—¿Por qué dices que lo sabes? —Trató de mediar conciliador el doctor Quintín, con un amago de sonrisa.

—Porque Damien me lo dice muchas veces. Anoche también me lo dijo.

Hubo un silencio escalofriante en el comedor. Sabrina dejó caer su cuchillo en la mantequilla. A Quintín se le atragantaron los huevos con bacon. Belinda sintió un estremecimiento de indefinible horror.

Sólo Saint Cyr mantuvo la serenidad, aunque su semblante estaba levemente pálido cuando clavó en su hijo sus pupilas oscuras y frías.

—Te prohíbo que inventes fantasías tan macabras, Christian —le reprendió con tono afilado como una navaja—. Sabes muy bien que tu hermano Damien murió hace tiempo, lo mismo que tu madre.

Belinda miró fijamente al niño, esperando ansiosa su respuesta. El pequeño tragó saliva, bajó la cabeza hacia el plato y se limitó a manifestar:

—No importa. Damien viene a verme por las noches. Y algunos días jugamos juntos los dos.

—¡Christian! —La voz de Sabrina Caldwell fue un latigazo—. Tu padre ya te ha dicho lo que tenía que decirte. Si insistes, tendremos que castigarte por mentiroso y por fantasear sobre algo tan poco agradable.

El niño entonces apretó los labios con rabia y permaneció silencioso. Saint Cyr fue escueto en esta ocasión:

—Ve arriba, a tu habitación —dijo—. Permanecerás en ella hasta que la señorita Miller te dé su primera clase.

El pequeño, ahogando un sollozo, enrojeció, tiró su servilleta sobre la mesa y salió a la carrera, subiendo los escalones de tres en tres. Un molesto silencio reinó en la mesa.

—Como verá, hay muchas cosas en esta casa que va a tener que aceptar como normales aunque no lo sean —dijo lentamente Saint Cyr al final, mirando a la joven—. Christian es mentiroso y gusta de inventarse fantasías. Tiene también un acentuado gusto por lo macabro, como muchos niños. Pero en el fondo, todo se debe a que quería mucho a su hermano Damien. Aún no ha aceptado del todo la idea de que esté muerto.

—Ya entiendo —pero lo cierto es que Belinda se sentía tan confusa que no entendía nada—. ¿Creen que tratándole con dureza eso se resolverá mejor?

—Señorita Miller, en mi casa quiero que las cosas se hagan como a mí me gusta, y nada más —atajó Saint Cyr, por vez primera demasiado hosco con su nueva empleada. Dejó también su servilleta sobre la mesa y se disculpó, poniéndose en pie con brusquedad—. Disculpen. Les veré luego. Usted, señorita Miller, prepare los libros para la primera clase a Christian y a su hermana Allyson.

Y abandonó el comedor sin más explicaciones.

Los tres se quedaron en la casa, dominados por un mutismo tenso e incómodo. Belinda, algo tímida, trató de justificarse:

—Creo..., creo que hice una observación poco correcta y nada oportuna al señor...

Quintín sonrió, jugueteando con la cucharilla en su plato. Meneó la cabeza.

—No lo crea —dijo—. Él es así. Usted tuvo razón en parte. Es demasiado duro a veces con el niño, y demasiado blando con la niña. Cosas de padres.

—Christian necesita mano dura —rectificó glacialmente Sabrina—. Allyson, no. Es una chica muy sencilla. Y sufre mucho.

—También sufre Christian —le objetó el médico—. Recuerde lo que amaba a su hermano Damien.

—Pero no amaba a su madre —se irritó Sabrina—. Y dudo que quiera a nadie. Ya se irá dando cuenta de ello, señorita Miller. Cuando termine el desayuno, pase al *living*. Allí tengo a punto los

libros y cuadernos para sus clases a los niños. Le daré algunas instrucciones, puesto que veo que el señor Saint Cyr no está esta mañana para esas cosas.

Belinda terminó de desayunar con la sola compañía del doctor Quintín, al ausentarse también Sabrina Caldwell. Ambos se miraron con una sonrisa de mutua comprensión. El médico meneó la cabeza.

—Me temo que no va a encontrarse muy a gusto en esta casa —observó.

—No sé —se encogió de hombros—. ¿Cómo era Damien? ¿Le llegó usted a conocer, doctor?

—¿A Damien? —Pareció sorprendido por la pregunta—. Por supuesto. Conocí a él y a la señorita Saint Cyr. Soy amigo de la familia desde hace años... ¿Por qué lo pregunta?

—Simple curiosidad. ¿Se parecía a Christian?

—Físicamente, sí. Pero en nada más. Damien era un niño raro, introvertido. No creo que fuese tan afectuoso con Christian como éste con él. En cambio, amaba locamente a su madre. No podía pasar sin ella.

—Ya. —Belinda sintió un escalofrío—. ¿Llevaba el pelo largo?

—¿Cómo lo sabe? —se extrañó el médico, enarcando las cejas.

—No sé... Lo oí mencionar a alguien, supongo.

—Sí. Llevaba media melena, como una niña. —Quintín carraspeó—. Bueno, es algo delicado de decir, sobre todo de una criatura de diez años, pero Damien tenía gustos algo raros. Era muy..., muy aficionado a jugar con muñecas, por ejemplo. Tenía tendencia feminoide, si no estoy equivocado. Tal vez influencia materna. A distancia, resultaba difícil saber si era niño o niña.

Belinda, muy agitada, asintió. Y casi sin darse cuenta, estalló con naturalidad:

—Lo sé. Anoche tuve esa impresión al verla.

Al doctor se le cayó la cucharilla de las manos, rebotando sonoramente en el plato. Se quedó mirando a la joven con gesto estupefacto. Pero Belinda notó que había perdido algo de color.

—¿Qué es lo que ha dicho, señorita Miller? —balbuceó.

—Lamento haber pecado de espontánea, doctor Quintín. Pero le repito que anoche vi desde la ventana de mi alcoba a un niño de cabello largo y rubio que llamaba a su madre. Al parecer, no ha sido sólo Christian quien vio anoche a Damien, ¿no le parece? Y

estaba bien despierta cuando eso sucedió, lo crean ustedes o no. Ahora discúlpeme. Creo que es hora de que empiece mi trabajo en esta casa.

Se puso en pie, abandonando el comedor bajo la mirada atónita del sorprendido médico.

* * *

—Venga conmigo, señorita Miller. Dará más tarde la clase a Christian. Ahora prefiero que se la dé a Allyson.

Era Sabrina Caldwell, y estaba de pie entre la casa y el anexo. Se aproximó a ella, llevando bajo el brazo los libros, cuadernos y una carpeta. Sabrina le señaló el anexo.

—Pasa el día allí —explicó—. Es una de sus manías.

Llegaron ante la edificación. Belinda observó que tenía dos puertas, una a cada lado de un portalón cerrado, destinado sin duda a almacén o garaje. Una aparecía herméticamente cerrada. La otra, entreabierta. Arriba, la mitad de ventanas se mostraban con los postigos abiertos aquella soleada y fría mañana en las cumbres, pero todas ellas tenían de común su grueso enrejado.

Subieron a una planta alta, muy soleada, con una terraza posterior asomada a una vista espléndida y majestuosa de cimas montañosas, valles frondosos y abruptas cañadas. Las nubes planeaban sobre el paisaje, rozando las cumbres o envolviéndolas totalmente en ocasiones. Una niña, rubia como Christian, de melena muy larga, suave y sedosa, jugueteaba en una silla de ruedas con una paloma gris y blanca.

—Es «Dotty», su mascota favorita —explicó Sabrina—. Tiene aquí media docena de palomas mensajeras, de las que usamos en caso de emergencia para comunicarnos con el exterior cuando falla la emisora de radio, ya que aquí no disponemos de teléfono como habrá observado. Pero «Dotty» es su predilecta.

La niña giró la cabeza hacia ella. El parecido con su mellizo era notable. Pero ella era algo más pálida y tenía un gesto infinitamente más triste.

—No la quiero —dijo, escueta—. No quiero a ninguna institutriz. Todas son odiosas. La señorita Warrick fue la peor de todas.

—Se refiere a Eileen Warrick, su antecesora —explicó Sabrina en voz baja—. No se deje impresionar por este recibimiento. En el

fondo, es más manejable que su hermano, si se la sabe comprender.

—Ya veremos —declaró Belinda, ambigualmente, estudiando a la niña inválida con interés, mientras se aproximaba a ella. Luego la saludó, tratando de mostrarse amable pero firme—: Hola, Allyson. Tu paloma es preciosa.

—¿De veras? —La niña pareció desconcertada por un momento. Acarició al animal—. A la señorita Warrick no le gustaban las palomas. Decía que son sucias y molestas.

—A mí sí me gustan. Todos los animales, Allyson. Especialmente, las palomas y los perritos.

—Tuve un perrito muy lindo y cariñoso —explicó espontáneamente la pequeña, animándose su rostro—. Se llamaba «King». Le mataron...

El rostro de Belinda sufrió ahora un ensombrecimiento. Miró de soslayo a Sabrina, que asintió.

—Como el gatito de Christian —musitó—. Algún animal salvaje lo destrozó... No le mencione eso. Creí que lo habría olvidado ya.

—Entiendo —se inclinó junto a Allyson y acarició a la paloma—. Cuida bien a «Dotty» para que no le pase nada. Parece que te quiere mucho.

—Sí. Yo también a ella —sonrió la niña, acariciando a la paloma. Luego miró a Belinda sin mostrar ya hostilidad en su gente—. ¿Cómo se llama usted, señorita Miller? Quiero decir de nombre.

—Be... Betsy —rectificó con celeridad, confiando en que Sabrina no hubiere notado nada anormal—. Betsy Miller.

—Me gustaría llamarla solamente Betsy.

—Allyson, eso no se hace. Ella es tu institutriz, la señorita Miller, y debes...

—Déjela —sonrió Belinda—. Seremos más amigas si me llama solamente Betsy. Y me tendrá el mismo respeto, estoy segura. ¿Verdad, Allyson?

—Sí, Betsy —asintió risueña la niña, alargando su paloma a Sabrina—. Tome, señorita Caldwell. Devuélvala al palomar. «Dotty» se aburriría durante la clase.

Sabrina asintió, alejándose con la paloma. Belinda se acomodó junto a su alumna. De momento, había ganado la primera escaramuza con ella. Esperaba que también pudiera hacer lo mismo con Christian.

Mientras preparaba los libros para la lección inicial, miraba de soslayo a la niña, preguntándose si sería ella o Christian quien más se parecía al difunto Damien. Siendo trillizos, lo probable es que fuesen casi iguales entre sí. Pero Allyson llevaba el cabello más largo que la aparición de la noche anterior, aunque a distancia también hubiera podido parecer la misma criatura que viera deambular bajo las estrellas.

Porque, a fin de cuentas, Damien estaba muerto. Y los muertos no vuelven de la tumba, pensó Sabrina. Aunque Christian dijera que sí.

—¿Se supo la lección?

—¿Quién? ¿Tu hermana?

—Sí, claro. —Christian miró muy fijo a su institutriz, mientras preparaba los libros bajo la fronda de la arboleda situada ante la casa—. Allyson siempre ha sido muy torpe.

—No vi nada de eso esta mañana —sonrió Belinda—. Entendió muy bien lo que le enseñaba. ¿Estás seguro de que tu hermanita es tan torpe como dices?

—Bueno, eso decía siempre la señorita Warrick.

—Pero tú no creías demasiado a la señorita Warrick. ¿O sí?

—No, no la creía. Nadie podía creerla nada de nada —confesó el niño, turbado.

—¿Y eso por qué? —se interesó ella.

—Era estúpida. Y mentirosa. Muy mentirosa. Me gustó que se marchase tan de repente, sin despedirse siquiera de nadie. Es lo mejor que pudo hacer.

—¿Por qué te caía mal? ¿Qué clase de mentiras decía? Era tu maestra, y una maestra nunca debe mentir.

—Pues ella mentía. Decía a papá que yo era malo, que me burlaba de ella. Y que por la noche le daba sustos.

—¿Sustos? ¿Te levantas por la noche a hacer cosas así?

Los ojos de ella se clavaban en el pequeño atentamente.

—Claro que no —negó Christian ingenuamente—. Sólo me levanto cuando viene Damien a jugar conmigo. Damien debía ser quien la asustaba, no yo. Pero la señorita Warrick era tonta. No creía que Damien viniera a jugar conmigo.

—Pero Damien está muerto, Christian —le recordó ella suavemente.

—¡No, mentira! —chilló el niño, exaltado—. ¡Mi hermano no está muerto! Usted tampoco cree, ¿verdad?

Es igual que la señorita Warrick. Pensé que sería distinta, casi llegó a gustarme esta mañana... Pero cree que miento...

—No sé si mientes o no. Pero yo vi anoche a Damien también —dijo lentamente Belinda.

—Usted..., ¿usted le vio? —El pequeño abrió mucho los ojos y la contempló, asombrado—. ¿De veras?

—Sí, Christian. Creí que eras tú al principio. Pero aquel niño llevaba melena larga. Y llamaba a su mamá...

—¡Era Damien, seguro! —El niño respiró aliviado y palmoteo—. Me alegra que le viera. Ya no me dejará por embustero ante papá y el doctor, ¿verdad? Ni ante esa horrible señorita Caldwell...

—No, Christian. Sé que no mientes del todo, pero no entiendo lo que ocurre aquí. Damien está muerto, todos lo dicen. Pero yo vi a un niño que ni eras tú ni era Allyson, aunque se parecía a los dos. Sin embargo, no pienso decírselo a nadie más.

—¿Por qué no? —se desorientó Christian, defraudado.

—Porque, de momento, ése será nuestro secreto —sonrió Belinda—. El de los dos. No diremos a nadie nada de tu hermano Damien, ¿de acuerdo?

—¡Sí, sí! —Volvió a palmotear, feliz—. Eso me gusta, señorita Miller. Será nuestro secreto. Usted es mucho más inteligente que la señorita Warrick.

—Gracias, Christian. Ahora lo que se trata es que seas tú el inteligente. Vamos a dar la clase inicial. Veamos cómo está tu nivel de conocimientos. El de Allyson no era muy bueno.

—Es que es tonta. Odiosamente tonta.

—Yo no lo creo así. Es más bien culpa de la señorita Warrick. No la enseñó bien. Y Allyson es un poco perezosa para estudiar, no hay duda.

—Allyson es una niña horrible. La detesto.

—Christian, eso no debes decirlo. Ni sentirlo. Es tu hermana.

—Lo sé. Pero debió marcharse ella y no Damien.

—¡Christian! —le reprochó vivamente ella—. Eso no se dice. Además... Damien vuelve de noche a jugar contigo, ¿no es cierto?

—Sí, eso sí, señorita Miller.

—Lláname como Allyson hace. Simplemente Betsy. Vamos a ser

amigos, ¿no?

—Claro. Tenemos un secreto, ¿no, Betsy? —Y el pequeño la guiñó un ojo, en gesto de complicidad.

—Así es —sonrió ella—. Ahora, empecemos la lección...

Duró cosa de tres horas. Empezó a oscurecer bajo las frondas del jardín demasiado pronto, y Belinda dio por terminada la primera clase de Christian Saint Cyr. Sacó en conclusión que ni él ni Allyson habían aprendido gran cosa con la anterior institutriz. Y eso que el muchacho parecía despierto y bastante listo.

—Creo que en poco tiempo mejoraremos mucho tu nivel de conocimientos, querido —le dijo, cerrando los libros e incorporándose—. Vamos a la casa, empieza a refrescar demasiado aquí.

—Sí, el aire es muy húmedo. Y vienen nubes oscuras del norte —señaló hacia el punto indicado—. ¿Sabes lo que significa eso? Tormenta. Siempre ocurre así. Las tormentas aquí son muy fuertes, ya lo verás. Es lástima que haya tormenta, porque entonces no viene Damien... y no puedo jugar.

Christian echó a andar por el sendero. Belinda le siguió, con mirada pensativa. Empezaba a ver como lo más natural que se hablara del hermoso difunto como de alguien que realmente existía, y eso no era aconsejable. Aunque siguiera en el misterio la aparición de la noche anterior, ella no debía de creer en Damien.

De repente se paró en seco. Vio cómo el niño se paraba y pisoteaba a una mariposa que había revoloteado hasta su pie.

—¡Christian! —le reprendió—. ¿Qué estás haciendo? Ése es un acto cruel e indigno de un niño sensible. Esa mariposa no te hacía ningún daño...

—La señorita Warrick decía que los insectos no sienten nada y se les puede matar —protestó el niño, mirándola irritado.

—La señorita Warrick era cruel e irresponsable al decir eso —se enfureció Belinda—. No se mata a los seres indefensos, y menos cuando son bellos y nobles. Toda criatura viviente tiene derecho a la existencia. Nunca más lo hagas, Christian.

—¡Creí que era usted mi amiga! —sollozó el muchacho airadamente, mirándola con repentina rabia—. ¡Y me está regañando como si fuera mamá! ¡La odio, la odio!

Y se perdió a la carrera, camino de la casa, no sin antes añadir, a

grito pelado, entre llantos y jadeos:

—¡Seguiré matando insectos! ¡Mataré a quien quiera, diga usted lo que diga, señorita Miller! ¡Ya no será nunca más mi amiga ni la llamaré Betsy! ¡La odio, la odio!

Su vocecilla se perdió entre la arboleda. Belinda meneó la cabeza con desaliento, reanudando la marcha sin prisa, tras mirar a la mariposa aplastada.

—Difíciles muchachos los dos —murmuró—. Muy difíciles...

Vio al niño en la distancia, entrando en la casa con un portazo. Desde una ventana, Sabrina Caldwell presencié la escena, dejando de leer un libro. Belinda optó por no volver aún a la vivienda y seguir paseando por el bosquecillo, con los libros de clase en la mano.

Empezaba a disgustarle su nuevo empleo. Pero no podía hacer mucho por remediar la situación. No podía renunciar y volver a Los Ángeles o a cualquier otro lugar. Se la buscaba por todas partes. Sólo en un sitio como éste con todos sus problemas, se sentía a salvo de policías, de psiquiatras, de gentes al servicio de los Marsh. Tendría que aceptarlo tal como era, le gustara o no.

Permaneció un rato leyendo entre los árboles. Luego, cuando ya la oscuridad se hizo más intensa y el aire se tomó frío además de húmedo, decidió regresar al edificio. Sabrina ya no leía en la ventana. Vio a Silas, el jardinero, podando unos setos con unas enormes tijeras. En el vestíbulo, se cruzó con Randall, el criado, que limpiaba unos jarrones y sacaba brillo a los metales. En el *living*, un televisor emitía una película grabada en video, ya que no había antena para TV en la casa, según había advertido. La estaba presenciando, sentado en una butaca, copa en mano, el doctor Quintín, con aire aburrido. Ni siquiera la vio, absorto en la pantalla.

Belinda subió a su habitación y abrió la puerta, disponiéndose a tomar una ducha y cambiarse de ropa para la cena. Lanzó un grito de terror y sobresalto, al fijar la mirada en la cama.

Sobre la colcha, bañada en sangre, yacía un cuerpecillo emplumado, gris y blanco, con el cuello cortado limpiamente.

Era la paloma «Dotty», la mascota favorita de Allyson Saint Cyr.

Capítulo VI

—¿QUIÉN ha sido? ¿Quién hizo eso?

El silencio en la sala era total, a excepción de los sollozos ahogados de Allyson, encogida en su silla de ruedas, inconsolable en su dolor.

Christian, enfurruñado, se cruzaba de brazos, negando repetidamente con la cabeza. Su padre le contemplaba con ojos centelleantes, el rostro contraído. Tras de él, Sabrina Caldwell y el doctor Quintín se limitaban, como la propia Belinda, a ser testigos de la escena.

—Insisto. ¿Quién mató a la paloma, Christian? —habló con voz tajante Saint Cyr.

—Yo no, papá, lo juro... —sollozó el pequeño.

—¡Miente, miente! —chilló la niña—. Es malo, perverso... Me odia. Y odiaba a la pobre «Dotty». Él la mató, estoy segura...

—¡Cierra la boca, imbécil! —chilló Christian, encarándose con su hermana—. ¡Eres tú la que está mintiendo! ¡Seguro que la degollaste tú, para acusarme a mí! ¡No la querías, no quieres a nadie!

—Papá, papá, yo amaba a mi palomita... —se quejó amargamente la niña, rompiendo en nuevo y violento llanto.

—Lo sé, querida —afirmó el padre—. Además, tú no te has movido de tu pabellón. Alguien trajo esa paloma muerta a casa y la tiró en la cama de la señorita Miller, para asustarla.

—¡Yo no lo hice! —insistió el niño—. Maté a la mariposa, pero no a «Dotty»...

—Déjele, señor —terció Belinda, conciliadora—. Tal vez tenga razón su hijo. Yo no dije que fuera él. Sólo que le reprendí por matar a una mariposa. Degollar una paloma es algo distinto. No creo que lo hiciera él.

—¿Quién iba a hacerlo, si no? —replicó Saint Cyr, mirando

fríamente a su empleada—. De haber sido de otro modo, pensaríamos en esos animales salvajes, pero así...

—Quizá tampoco hubo tal animal salvaje en la muerte del gatito —apuntó serena la joven.

Quintín y Sabrina la miraron con sobresalto. El dueño de la casa enarcó las cejas, pero no dijo nada. Desvió la mirada y estudió a sus dos hijos en silencio.

—Está bien —murmuró—. Ve a arreglarte para la cena, Christian. Aclararemos lo sucedido con la paloma más adelante.

—¿Por qué no aclaras también lo de «Bessie», papá? —gimió el niño—. Seguro que lo degolló mi hermana para hacerme sufrir...

De nuevo volvían a enfrentarse ambos hermanos. Osmond Saint Cyr cortó de raíz todo eso, pidiendo a la señorita Caldwell que se llevara a Allyson, y a su hijo que subiera de inmediato al piso alto. Quintín siguió al niño en silencio.

Belinda y el escultor se quedaron solos en el *living*. Ella movió la cabeza.

—Siento haber provocado esta situación —murmuró—. Pero me asustó mucho ese hallazgo en mi cama, señor.

—Tuvo toda la razón del mundo para quejarse, créame. No toleraré que cosas así ocurran en mi casa. Pero usted tuvo razón. Yo tampoco creo que fuese una alimaña salvaje la que mató a «Bessie», el gatito de mi hijo.

—¿Quién, entonces? ¿Un ser humano?

—Posiblemente. —Saint Cyr meneó la cabeza con desaliento—. Ocurre algo aquí últimamente, señorita Miller. Algo insano, siniestro. Y ni siquiera sé lo que es. Mi hijo afirma que juega de noche con su hermano difunto. Animales queridos por uno u otro hermano, aparecen sin vida, destrozados. Es cómodo y sencillo culpar a los animales de la región, pero yo mismo empiezo a dudar mucho de tal hipótesis.

—Haría falta estar loco para hacer algo así —protestó Belinda.

—Loco... —Captó una contracción en el rostro de su patrón. Luego, éste se serenó, afirmando con la cabeza—. Sí, supongo que sí. Una locura peligrosa... Porque además de loco, haría falta ser un malvado para hacer cosas así.

—¿No tiene realmente vecinos próximos de quienes sospechar?

—Bueno, existe alguno..., pero no creo que sean ellos

responsables de eso. En fin, dejemos el asunto por el momento, señorita Miller. Sabe muy poco de mí, y quisiera que tuviera una idea más aproximada de la clase de persona que tiene por jefe.

Le siguió. Él salió de la casa. Había oscurecido y el aire era muy fuerte, saturado de humedad. Densos nubarrones cubrían el cielo.

—Tendremos lluvia y tormenta muy pronto —advirtió ceñudo Saint Cyr, cruzando con ella el claro, hasta el pabellón donde Allyson pasaba la mayor parte del día.

Había luz arriba, y se veían las siluetas de Sabrina y la niña, recortándose en una de las ventanas de la zona habitada del anexo. La segunda mitad del edificio continuaba en sombras, con sus ventanas herméticamente cerradas. Él captó la mirada de Belinda, fija en aquellas ventanas enrejadas y oscuras.

—Sólo se habilita una parte del edificio para que Allyson juegue y esté sola cuando así lo desea —suspiró, introduciendo una llave en el gran portalón central—. Es una niña rara, ya lo habrá advertido. Desde que quedó inválida, aún ha empeorado más. La gusta la soledad, y creo que conviene dejarla que haga su voluntad.

—De todos modos, está demasiado mimada. Y mi antecesora distó mucho de educarla bien.

—Lo sé —dijo secamente él—. Por eso la despedí. Entre, por favor...

Pasaron al interior de la planta baja. Él giró un interruptor, y la luz eléctrica alumbró una vasta nave donde se veían numerosas formas envueltas en lonas y telas. También descubrió cinceles, arcilla, piedra y útiles de escultor. Todo aparecía bastante abandonado, como en desuso desde hacía tiempo. Él cerró la puerta tras de ellos y el aire dejó de agitar las telas. Belinda vio cómo Saint Cyr iba descubriendo paulatinamente algunas de las piezas tapadas. Sus manos, como siempre, estaban enguantadas de negro.

—Son esculturas mías. Las últimas que hice antes del accidente. Nunca las expondré ya. Osmond Saint Cyr, el escultor, ha muerto para siempre —explicó, tras descubrir una sexta figura. Se detuvo y contempló su obra—. ¿Qué le parecen?

Belinda contempló fascinada aquellas formas atormentadas, fantásticas y hermosas a la vez, de manos implorantes, rostros crispados y patéticas expresiones. No entendía mucho de arte, pero le impresionaban aquellas formas.

—Yo diría que son hermosísimas. Pero entiendo tan poco de esto...

—No modelo para entendidos, sino para la gente, para el pueblo, para que todos sientan algo con mi obra —murmuró él—. Es decir, modelaba. Eso terminó ya...

—¿Tan mal tiene su mano? Creo que podría intentarlo, al menos.

—Ya lo intenté —cortó él, seco—. Es inútil. No puedo dar forma ni sensibilidad a la materia. Está contemplando usted lo último de Osmond Saint Cyr. Conservo todo esto para no perder mis obras definitivas. A veces me encierro aquí, contemplando las esculturas y me resigno un poco.

—Sí, le comprendo. —Belinda, de pronto, clavó sus ojos en una maqueta modelada en arcilla, piedra y mármol, sobre una mesa de trabajo.

Se acercó. Era un bellissimo grupo escultórico, formado por tres ángeles de mármol blanco, inclinados sobre algo. Se inclinó. Tuvo un estremecimiento. La lisa superficie de piedra que se extendía entre los tres ángeles... era una lápida funeraria.

Saint Cyr advirtió su curiosidad por aquella maqueta. Se acercó a ella.

—¿Le gusta eso? —indagó.

—Mucho. Son tres hermosos ángeles. ¿Es algún encargo?

—No. Lo hice para mí.

—Pero..., pero es una sepultura, ¿no? —vaciló la joven.

—Por supuesto —asintió él, sombrío—. Eso es sólo el proyecto. La obra original está en un lugar de esta propiedad. Ahora sirve de tumba a mi esposa e hijo...

—Lo siento —murmuró Belinda—. No podía saber...

—Claro que no. Esos ángeles son realmente bellos. Ellos guardan la última morada de mis seres queridos. Hay quien dice que parece la obra de un clásico florentino. Pero yo jamás estuve en Italia. Y nací en el Canadá, en Montreal, de familia francesa. Algún día verá ese sepulcro al natural. Creo que resulta aún más bello a tamaño real que en esa maqueta. Mejoré algunos detalles de los ángeles.

—Me gustará verlo, señor Saint Cyr... —contempló fijamente la maqueta del sepulcro antes de preguntar—: ¿Cómo..., cómo murieron, exactamente?

—El coche volcó cerca del puente de la carretera, cuando se encaminaban fuera de aquí los dos. Vimos la explosión del motor a distancia, las llamaradas... Corrí con el otro coche, cuando llegué ardía todo como yesca... y ellos dos estaban dentro, apresados, inmóviles, acaso muertos ya... Intenté salvarles, sacarles de allí como pude... Me abrasé las manos. Pero rescaté sus cuerpos carbonizados. Arlene, mi esposa, y Damien, mi hijo, estaban ya muertos desde hacía tiempo. Perdí mi mano derecha virtualmente, y total para nada... —Respiró hondo, con gesto ensombrecido, la mirada pérdida en el vacío—. Eso sucedía hace casi un año... El sepulcro ya estaba terminado, para ser nuestra tumba familiar. Ellos lo inauguraron...

En ese momento, dejó de hablar. Alguien golpeaba con fuerza la puerta del estudio. Frunciendo el ceño, el escultor giró la cabeza, intrigado.

—¡Abra, Osmond! —Sonó una voz masculina que a Belinda le resultó desconocida, allá fuera—. ¡Abra, por el amor de Dios, es muy urgente!

El escultor fue a abrir, apresuradamente. Un hombre entró en el estudio, tambaleante, sujetándose un costado con el brazo, mortalmente lívido y despeinado. Era un hombre fornido, de baja estatura y cabello castaño oscuro.

Brazo y costado aparecían empapados de sangre. Saint Cyr lanzó una sorda imprecación de alarma.

—¡Por todos los diablos, Gantry! —clamó—. ¿Qué es lo que le sucede?

—Han intentado asesinarme... y creo que sé quién lo hizo —jadeó el recién llegado, recostándose agotado contra la pared—. Por lo que más quiera, necesito ayuda urgente. ¿Está aquí el doctor Quintín?

—Sí, por supuesto. Enseguida le atenderá, acomodose en ese sofá, Gantry. Vuelvo con él en un momento. Usted, señorita Miller, quédese con él mientras tanto.

Echó a correr, en dirección a la casa, mientras Belinda, dominando el horror que la visión de la sangre le producía, se apresuraba a ayudar al desconocido a tenderse en el sofá.

—Gracias, señorita... —musitó el herido, mirándola con reconocimiento—. ¿Es..., es usted la nueva institutriz, la que suple

a la señorita Warrick?

—Sí, yo misma, señor.

—¡Dios!, no sabe dónde se ha metido... —habló el otro, apretándose con más fuerza la parte ensangrentada—. Hágame caso, señorita. Márchese de aquí antes de que sea demasiado tarde... Márchese de este maldito lugar. Aquí ocurren cosas extrañas y horribles que nadie entiende.

—¿Por qué dice eso? —Se estremeció levemente la joven.

—¡Cielos!, ¿es que nadie le ha dicho nada aún? —gimió el desconocido llamado Gantry—. ¿Ni siquiera le han mencionado lo de su antecesora, Eileen Warrick?

—¿Decirme? No, nada. Sólo que fue despedida... y que no volverá nunca más aquí.

—No, claro que no volverá nunca —rió el otro, sarcástico—. Le han mentido. Todo el mundo sabe que Eileen Warrick murió. Que fue asesinada y que nadie encontró jamás su cuerpo... Por eso le he dicho que se marche usted, antes de que sea demasiado tarde...

* * *

—Por esta vez no va a morirse, Gantry —aseguró el doctor Quintín, tras vendar fuertemente el cuerpo del herido, sobre el apósito aplicado encima de la herida limpia y desinfectada—. Tuvo mucha suerte de que no profundizara más su agresor.

—Por ganas no debió quedarle —rezongó Gantry de mal humor, torciendo el gesto con dolorida expresión—. Menudo tajo me dio el maldito... Si llego a cogerle, le hubiera machacado el cráneo al bastardo que lo hizo.

—Pero ¿sabe exactamente quién fue? —quiso saber el médico, arrugando el ceño.

—Infiernos, estaba demasiado oscuro allá abajo para verlo, pero no pudo ser otro que Blake. Si ese loco no es internado, Osmond, usted, yo y todos los habitantes de esta zona vamos a lamentarlo alguna vez.

—No puede acusar al leñador si no sabe quién le atacó —observó Saint Cyr, pensativo.

—¿Y quién otro iba a ser a semejante hora y en ese sendero de la cañada? No hay más habitantes que él y yo, fuera de esta finca, en más de cuarenta millas a la redonda, y usted lo sabe.

—Blake usa solamente el hacha —le recordó Quintín—. Y esa

herida no fue causada con un hacha, Gantry, sino con algo mucho más manejable y pequeño.

—¿Con qué, por ejemplo? Yo sentí el filo como si me partieran en dos.

—No sé, pudo ser un puñal, un cuchillo de cocina o de carnicero... o acaso una navaja de afeitar. Ya sabe, una de esas antiguas navajas capaces de cortar un caballo en el aire. Lo digo por el corte que causó en su carne, claro está.

—Díganos cómo sucedió exactamente todo, y quizá sea más fácil llegar a un acuerdo, Gantry —sugirió suavemente Saint Cyr.

—No hay mucho que contar, después de todo —se quejó el vecino amargamente, sacudiendo la cabeza con disgusto—. Había ido hoy en busca de leña para el hogar, dado el aspecto que tiene de llegar temporales de lluvia. Salí un poco tarde de casa y me entretuve más de la cuenta buscando buena madera seca. Se me echó encima la noche, y me dispuse a regresar a casa con toda la leña recogida. Utilicé para el viaje de vuelta el atajo de la cañada. Y entonces ocurrió. Alguien removió los cañaverales y le interpele para saber quién era. No respondieron. Imaginé que sería quizá algún animal asustado con mi presencia y, sin darle más importancia a la cosa, reanudé la marcha. De súbito, al vadear el arroyuelo del manantial, una sombra furtiva, agazapada, emergió entre los cañaverales, algo brilló en su mano, y sentí un golpe seco y doloroso en el costado, que me hizo gritar. Me revolví, tirando la leña y lanzándome sobre mi agresor, pero éste ya huía entre los cañaverales y, al llevar mi mano al costado, la retiré mojada en algo caliente. El dolor se agudizó por momentos y comprendí que me habían herido. En esas condiciones era inútil intentar perseguir a nadie, e incluso podía ser peligroso por si intentaba rematarme. De modo que pensé con rapidez y me vine hacia acá sin perder tiempo, para requerir su ayuda. Eso es todo, Osmond.

—Blake vive cerca del cañaveral, ¿no? —indagó el doctor Quintín, pensativo.

—Sí —afirmó el escultor, ceñudo—. Pero como usted dijo, esa herida no la provocó un hacha. Además, ¿por qué habría de atacarle Blake de ese modo?

—Eso nunca se sabe. Ese hombre no está muy bien de la cabeza.

—¿Bien de la cabeza? —rezongó Gantry—. Está rematadamente

loco. Creo que su presencia cerca de nosotros es un peligro constante, amigos.

—Pero no podemos hacer nada por echarle. Él ya vivía aquí cuando nosotros llegamos, Gantry —le recordó Saint Cyr—. Por eso acostumbra a decir que somos intrusos que hemos venido a romper la paz de su mundo.

—Y asegura, además, que es inofensivo y sólo se ocupa de sus cabras y su leña —terció el doctor Quintín—. Según dice Hogart, no hace nunca daño nadie. Tal vez no era Blake quien le atacó, después de todo.

—¿Quién, si no? —replicó vivamente Gantry.

—No sé... —El médico meneó la cabeza—. Están ocurriendo últimamente algunas cosas raras por aquí.

E instintivamente, su mirada se cruzó con la de Belinda, que asistía, preocupada y llena de interés, a la charla entre los tres hombres. Sabrina, que había auxiliado al doctor en la curación y limpieza de la herida de Gantry, no había regresado a la estancia, tras llevarse la palangana con agua sucia de sangre y tierra.

Osmond Saint Cyr invitó a Gantry a quedarse a cenar, para acompañarle luego, él y el doctor, hasta su casa, utilizando el pequeño y manejable *jeep* de plástico rojo. El herido aceptó de buen grado.

—Creí que no había vecinos cerca de La Cumbre —comentó Belinda minutos más tarde a la señora Dawson, mientras la ayudaba a preparar la cena para uno más en la cocina.

—Oh, hijita, ¿se refiere a Cliff Gantry? —La cocinera se encogió de hombros—. Es nuestro único vecino, descontando al viejo Monty Blake, el leñador. Ahora vive él solo, pero hasta hace casi un año, vivían todos los Gantry en la casa de la hondonada. Es decir, él, su esposa Rose y su hijo Jim.

—¿Y ahora?

—Vive él solo. Su mujer le abandonó, llevándose consigo al pequeño. No se llevaban nada bien, ¿sabe? La señora Gantry era muy hermosa pero algo... rara.

—¿Rara? ¿En qué sentido?

—Yo diría que no le gustaban demasiado los hombres —sentenció con franqueza la señora Dawson—. Ya sabe, era... eso que dicen lesbiana. Tras una fuerte pelea que tuvieron, de las muchas

que sostenían, ella tomó la decisión de marcharse. Desapareció de repente con su hijo, dejando una nota a su marido, y nunca más ha vuelto.

—Aquí la gente se marcha de repente sin dejar rastro —señaló pensativa Belinda—. Como mi antecesora Warrick, por ejemplo.

—¿Por qué la mencionó a ella, precisamente? —La cocinera levantó la cabeza, como si se sobresaltara, mirando fijamente a la joven.

—Alguien me ha sugerido que no se fue por su propia voluntad ni la echaron. Que pudo ser asesinada...

—Eso seguro que se lo ha dicho ese hombre, Cliff Gantry.

—Si —admitió Belinda.

—Está loca si le hace caso, hijita. Es un resentido. Se rumoreó por entonces que la señora Gantry venía con demasiada frecuencia a esta casa. Y que trataba con demasiada confianza y frecuencia a la señorita Warrick. Tal vez hable por despecho. Lo cierto es que si el señor Saint Cyr nos dijo que la había echado, y que ella se fue por su propio pie de esta casa, debemos creerle a él y no a habladurías de chismosos, hija mía.

—Pero ¿nadie vio partir a la señorita Warrick?

—No, nadie —negó rotundamente la señora Dawson—. Sólo el señor. Eso debe bastarnos, ¿no le parece? Él no nos mentiría nunca.

Era una afirmación bastante discutible, pensó Belinda, que ya no sabía a quién creer. Por eso optó por cambiar radicalmente de tema.

—¿Y ese tal Blake?

—Es un viejo y huraño solitario. Leñador y dueño de unas cuantas cabras, vive como un ermitaño desde hace muchísimos años en estas montañas. No le gusta tener vecindad, y se lleva mal con todos. Pero no creo que sea peligroso.

—No es eso lo que dice el señor Gantry. Cree que fue él quien le agredió.

—No creo que el viejo Blake sea capaz de eso. Debe haber alguien por aquí que tendría motivos para atacar al señor Gantry, pero no ese viejo leñador.

—Pero ¿quién?

La puerta de la cocina se abrió. Ambas mujeres miraron hacia allí. El jardinero Hogart, sucio de barro y con el cabello mojado, asomó su cabeza al interior.

—Está comenzando a llover —anunció, entrando y cerrando la puerta tras de sí—. Creo que tendremos agua para rato.

Un lejano tamborileo anunció la proximidad de la tormenta. La señora Dawson miró con disgusto las señales de pisadas enfangadas que el jardinero iba dejando a su paso.

—Pero hombre de Dios, ¿de dónde viene en ese estado? —se lamentó—. Esta tierra rojiza no es del jardín ni de la propiedad. Hay tierra así en la cañada y en la hondonada, pero no aquí.

—Váyase al diablo —rezongó Hogart malhumorado, cruzando la cocina—. La lluvia me pilló fuera de casa, eso es todo. ¿Es que uno no puede dar un paseo cuando se le antoja?

Y salió, dando un portazo. La señora Dawson meneó la cabeza y miró a Belinda con gesto de disgusto.

—Ese condenado Hogart... —murmuró—. Se cree el amo o poco menos y hace lo que le viene en gana. Deme aquella bayeta por favor. Me ha dejado todo hecho una lástima...

—En la cañada fue donde atacaron al señor Gantry —comentó Belinda, entregando a la mujer lo que le pedía.

—¿De veras? —La señora Dawson frunció el ceño—. Tal vez Hogart viese algo, si andaba por allí. Él siempre se mueve por todas partes como un fantasma. Pero no diría nada ni a su madre. Es un viejo muy introvertido y raro...

Belinda no comentó nada. Pero tuvo que estar mentalmente de acuerdo con algo que dijera el doctor Quintín aquella misma noche: eran las cosas raras que ocurrían allí. Y demasiada gente la que se comportaba de un modo extraño.

Todo eso, unido a la existencia de animales brutalmente sacrificados, de la aparición de una misteriosa, cadavérica y enlutada mujer, y de la presencia en plena noche, a la intemperie, de un inquietante niño que llamaba plañideramente a su madre, formaban un mosaico de sucesos insólitos y preocupantes, capaces de provocar la inquietud e incluso el miedo a cualquier persona.

Cuando sonó la llamada para la cena, se reunió con los demás en el comedor, procurando no pensar en nada más. Pero no pudo evitar que durante la misma, esas ideas rondaran obsesivamente su cabeza, mientras allá fuera comenzaba a arreciar la lluvia y el sordo fragor de los truenos se iba aproximando a las montañas, con un lúgubre resonar de sus ecos en las cumbres.

Súbitamente, un estampido superó a los demás en intensidad, la luz del relámpago penetró por las rendijas de los postigos cerrados vívidamente... y las luces se apagaron mientras temblaban los cristales.

Capítulo VII

—VAYA por Dios —suspiró la voz de Gordon Randall, que servía la mesa—. Se ha averiado el grupo eléctrico, sin duda.

—Vaya a avisar a Hogart, por favor —le ordenó tranquilamente Saint Cyr—. Él sabe arreglar esas cosas fácilmente.

—Sí, señor —el criado abandonó el comedor, tras encender una linterna eléctrica y un candelabro con tres velas, que depositó encima de la mesa.

Los rostros de Gantry, pálido a causa de su herida, el doctor Quintín, Sabrina Caldwell y el propio Osmond Saint Cyr, se le antojaron a Belinda como espectrales máscaras iluminadas por la amarilla claridad de las velas.

—Iré a buscar lámparas de petróleo y de butano —dijo Sabrina, incorporándose—. Creo que hay tres o cuatro arriba, en el trastero. Tal vez Hogart tarde en arreglar la avería, si es demasiado importante.

La lluvia ahora debía de ser torrencial, dado el ruido que producía en tejados y ventanas. Gantry meneó la cabeza con desaliento.

—Va a ser un regreso complicado —comentó—. La cañada se inundará si esto se prolonga más de dos horas.

—Quédese aquí por esta noche —le ofreció Saint Cyr—. Puede volver a su casa a pleno día, cuando escampe un poco.

—No quisiera causarle molestias, pero creo que será lo mejor. Resultaría mucho más engorroso para ustedes llevarme a casa con semejante noche, Osmond.

—Entonces no se hable más. Que nos sirvan el café en el *living* y charlaremos allí un rato, a la espera de que vuelva la luz —dejó su servilleta sobre la mesa y se puso en pie, tomando el candelabro en su mano.

Le siguieron todos en silencio. Sabrina regresó de inmediato con

una pequeña lámpara con bombona de gas incorporada, de las utilizadas para *camping*, y un viejo quinqué repleto de kerosene. Con aquellas luces, el *living* cobró un aire íntimo y acogedor, unido al fuego que crepitaba en la chimenea.

Randall regresó en breve, pero sus noticias no fueron buenas. Acercándose al anfitrión, le informó escuetamente:

—Hogart ha ido a revisar el motor. La cosa está complicada. Parece ser que el rayo ha alcanzado un punto vital. Intentará repararlo, pero no está seguro de que esta noche pueda haber luz.

—En fin, qué vamos a hacerle —suspiró el escultor, resignado—. Las complicaciones se acumulan, como ven. Está bien, Randall, muchas gracias. Puede retirar ya la mesa, y servirnos aquí el café.

—Yo le ayudaré —se ofreció Belinda, que detestaba la idea de quedarse allí pasivamente, con los tres hombres y la señorita Caldwell, a charlar de trivialidades—. Creo que, sin apenas luz, la señora Dawson necesitará algo de ayuda en la cocina.

Salió sin esperar a más, aunque notó en la mirada verde oscura de Saint Cyr que no era de su total agrado la decisión repentina de su institutriz. Pero no dijo nada, limitándose a iniciar una conversación con Gantry y el doctor Quintín.

Randall depositaba en un carrito los servicios de la mesa, para llevarlo luego todo a la cocina. Belinda le ayudó y, una vez limpia la mesa, se ofreció de nuevo:

—Usted sirva el café en el *living*, Randall. Yo llevaré esto a la cocina.

—Gracias, señorita Miller. Es usted muy amable —le agradeció el criado con una sonrisa—. No se parece en nada a la señorita Werrick. Ella se creía tan dueña de la casa como el señor. Todos nos llevamos una gran alegría el día que se fue.

Belinda no dijo nada. Se mordió el labio inferior, tomando el carrito para empujarlo suavemente corredor adelante, hacia la parte posterior de la finca, destinada al servicio. Un trueno cercano, hizo trepidar las vajillas allí acumuladas. El golpeteo de la lluvia torrencial formaba una música de fondo irritante y continuada.

El corredor estaba totalmente a oscuras, pero Belinda lo conocía bien ya y lo recorrió sin problemas, guiada por la luz de unas velas en la cocina.

—Aquí estoy de nuevo, señora Dawson —anunció jovialmente,

empujando la puerta de la misma—. No se preocupe, que le echaré una mano...

Se paró en seco. El carrito se fue de sus manos, deslizándose unas yardas por la amplia cocina. Una expresión de supremo horror se pintó en el rostro de la joven. No pudo evitar el alarido desgarrador que brotó de su garganta, y retrocedió tambaleante, con mirada extraviada, fija en la espantosa escena que tenía lugar ante ella en la cocina.

La señora Dawson estaba allí, ciertamente. Pero la infortunada ya no necesitaba para nada de su ayuda. Yacía encogida contra el fogón, empotrada entre éste y un pesado mueble de madera, con la cabeza colgando a un lado, los ojos vidriosos y desorbitados, la garganta seccionada bestialmente por un tajo que casi la había decapitado.

La sangre lo salpicaba todo: muebles, pared, fogón, útiles de cocina. Un enorme charco de sangre en el suelo, hacía correr un reguero hasta cerca de la puerta.

Y por si todo ese horror fuese poco, allá fuera, en la tormentosa noche, junto a la puerta trasera que daba al exterior, oyó algo así como una risa aguda, infantil.

La risa de un niño...

* * *

—Tómese esto. Le sentará bien.

Ni siquiera supo lo que hacía ni lo que tomaba. Pero sabía fuerte, quemó su garganta y la hizo toser. Al fin identificó el sabor del *brandy*.

Miró alucinada al hombre inclinado sobre ella. Cliff Gantry trató de sonreírle, alentador, depositando luego la copa encima de la repisa de la chimenea. La luz de la lámpara de gas, daba una rara tonalidad azul a su rostro áspero y cuadrado.

—Dios mío... —sollozó Belinda—. Dios mío, otra vez...

—Otra vez... ¿qué? —quiso saber Gantry, curioso.

—No, nada... —jadeó la muchacha, observando también la mirada de Saint Cyr, fija en ella, desde la chimenea donde el dueño de la casa se apoyaba en esos momentos—. Pobre señora Dawson...

El doctor Quintín y Sabrina reaparecieron, procedentes de la cocina. Conservaban la serenidad, como médico y enfermera que eran, pero ambos estaban pálidos e impresionados.

—Ya está —murmuró el médico—. El cuerpo de la pobre señora Dawson está en la despensa, envuelto en sábanas. Esperaremos a que llegue la policía, Osmond.

—La policía... —repitió Saint Cyr, como sonámbulo—. ¿Cuándo podremos avisarla? La radio no funciona, a causa de la avería de la luz. El helicóptero que me trajo aquí regresó a su base, y la carretera ahora estará totalmente intransitable, aun suponiendo que no peligre el puente a causa de la tormenta. Tendremos que esperar hasta mañana, con ese cadáver aquí, sin poder hacer nada de nada, Quintín.

—Bueno, pues esperaremos, si Hogart no arregla pronto esa maldita avería, Osmond. A fin de cuentas, ya nadie puede hacer nada por la víctima.

—Pero Dios mío, ¿quién pudo hacerlo? ¿Quién? —jadeó Gantry, demudado.

—Eso, nadie lo sabe aún —sentenció Sabrina, sombría—. Tal vez la misma persona que le atacó a usted.

—¿Blake? —dudó el invitado.

—No tenemos ninguna seguridad de que usted fuese atacado por Blake, recuerde —le objetó gravemente Saint Cyr.

—Pero si no es así, ¿quién iba a ser, Osmond?

—Ah... —El escultor se encogió de hombros—. Eso es lo que no sabemos aún, amigo mío.

—Ya dije que ocurrían demasiadas cosas raras aquí últimamente —señaló Quintín con tono preocupado—. Ese gato sacrificado, la paloma brutalmente degollada... Y ahora ya no se trata de un simple animalito, sino de un ser humano, de una mujer buena e inofensiva... Es evidente que algún loco anda suelto por aquí.

—Las muertes violentas siempre se atribuyen a los locos, doctor —objetó ahora Gantry—. Pero no siempre son los locos quienes asesinan.

—Muy cierto. Sin embargo, debe existir un motivo para ello. Dígame usted qué motivo razonable tendría nadie para matar a una indefensa cocinera, o para sacrificar animales domésticos.

—Tampoco está probado que la misma mano haya hecho todo eso, doctor —replicó Sabrina con tono seco.

—En realidad, nada de nada se puede probar. Pero lo único cierto, señorita Caldwell, es que Viveca Dawson ha sido asesinada

de un modo brutal y despiadado. Y que todo hace pensar en la obra de un demente, como señaló Howard hace un momento.

La enfermera y secretaria no se atrevió a discutirle a su jefe, limitándose a permanecer callada, con la mirada fija distraídamente en Belinda. Sólo tras un prolongado silencio general, aventuró un comentario:

—Desde que usted llegó aquí, señorita Miller, han empezado a ocurrir cosas muy extrañas —dijo.

Sabrina alzó la cabeza. Miró con una mezcla de ira y sobresalto a Sabrina.

—¿Qué quiere decir con eso? Yo no tengo nada que ver con lo que sucede, señorita Caldwell —protestó.

—Pero usted es quien se tropieza con todos los hechos desagradables: la paloma, el gato... y ahora la señora Dawson. Sin contar con la aparición que creyó ver en su habitación.

—No siga —la atajó con firmeza Saint Cyr—. Bastantes problemas está viviendo a nuestro lado la señorita Miller, para que venga usted ahora a recordárselos todos. Ella es la primera víctima de lo que sucede, ya que es quien se tropieza con hechos tan sangrientos como penosos.

—No digo lo contrario, señor —se expresó suavemente Sabrina ahora—. Lo que quería decir es que la señorita Miller parece tener mala suerte...

—No sólo ella, señorita Caldwell, recuerde —terció ahora Quintín, ceñudo—. Ella no estaba aquí todavía cuando apareció desangrado aquel perro propiedad de Hogart, cerca del cementerio. Ni tampoco cuando la desgracia se llevó consigo a la tumba a la señora Saint Cyr y al pequeño Damien... La mala suerte creo que está en este lugar, en estas montañas. Pero no todo se puede atribuir a la mala suerte, evidentemente. Hay una mano criminal que ataca tal vez por igual a animales y personas...

—De modo que hubo un perro desangrado... —habló Gantry, mirando pensativo al médico—. Nunca oí hablar de ello...

—No quisimos propalar la noticia para no alarmar a los demás inútilmente —explicó Saint Cyr—. Entonces lo atribuimos a alguna alimaña salvaje.

Reinó de nuevo el silencio, mientras la atmósfera de la casa sin luz eléctrica, sometida al azote de la lluvia y al retumbar de los

truenos, nuevamente lejanos, se iba haciendo más densa y agobiante por momentos. La existencia de un cadáver en un lugar de la mansión, era algo que resultaba casi tangible en esos momentos. Y la seguridad ahora en la existencia de un asesino en alguna parte, ponía un escalofrío en muchos de los presentes.

Hogart, empapado en agua, barro y suciedad de grasa, apareció cosa de media hora más tarde, con aspecto desolado. Meneó la cabeza, pesaroso, para informar a su patrón:

—Lo siento, señor. La avería es más seria de lo que pensé. El rayo ha quemado parte del motor y de la batería. Harán falta piezas de recambio para repararlo.

—¿Piezas de recambio? ¿No sirven las que hay en la casa?

—No, señor. Hace falta cambiar casi todo el motor, realmente.

—Eso no podrá hacerse hasta que ceda el temporal y podamos salir de aquí... —señaló Quintín, preocupado.

—Eso me temo, doctor —corroboró Hogart, sombrío—. Hay que ir a la ciudad más próxima a buscar lo que nos falta. Hemos tenido muy mala suerte.

—¿Mala suerte dice? —murmuró Saint Cyr, irritado—. Peor la tuvo su compañera, la señora Dawson.

—¿La señora Dawson? —Hogart, el jardinero, frunció el ceño—. ¿Le ocurre algo?

—Le ocurrió, Hogart. Está muerta. La han asesinado.

El jardinero osciló sobre sus pies. Abrió la boca, pero la cerró sin decir palabra. Tuvo que apoyarse en la jamba de la puerta. Y tartajeó, muy pálido bajo la grasa, el barro y el agua:

—Dios, no... Asesinada... ¿Quién ha sido el miserable que...?

—No lo sabemos, Hogart. No sabemos nada. Asomé al exterior y no vi nada ni a nadie. Si hubo huellas en algún momento, la lluvia torrencial lo borra todo en escasos segundos. Pero lo único cierto es que hay un asesino y que ha matado a la señora Dawson con un arma cortante, casi decapitándola.

—Cielos... —El jardinero meneó la cabeza, aturdido—. Cielos.

—Es todo, Hogart. Puede retirarse. Mañana veremos lo que puede hacerse para reparar la avería y avisar de algún modo a las autoridades de lo sucedido...

El hombre abandonó la estancia tambaleante. Belinda le siguió con la mirada, recordando algo que dijera la señora Dawson aquella

misma noche, sobre sus huellas de barro en la cocina, de color rojizo. Al parecer, esa clase de tierra sólo la había en la cañada y en la hondonada. Y Gantry había sido atacado por alguien en la cañada, con un arma incisiva...

Pero optó por no aventurar hipótesis atrevidas. Era mejor no hacerlo en las actuales circunstancias. Tiempo habría de exponer todo con detalle cuando la policía llegase a La Cumbre.

¡La policía!

De repente, se acordó de sí misma. De sus propios problemas. Y un escalofrío recorrió su espina dorsal. Aquello sería el fin de todo. No sería fácil engañar a los agentes de la ley con un nombre falso. Ellos tenían su fotografía, su descripción, sus huellas dactilares. Cuando investigaran a todos los de la casa minuciosamente, en busca del asesino de la señora Dawson, descubrirían que Betsy Miller no era otra que Belinda Marsh, acusada de doble asesinato en Springfield, Illinois...

—¿Le ocurre algo, señorita Miller?

Miró sobresaltada hacia Saint Cyr. Era él quien le hacía la pregunta, inclinado sobre ella. Belinda tragó saliva, negando con la cabeza.

—No, no... —musitó.

—Se ha puesto muy pálida de repente...

—Deben ser las emociones —dijo con voz apagada—. No sé lo que me ocurre, señor.

—Lo comprendo muy bien. Suba a descansar. Sabrina la acompañará. Cierre la puerta por dentro. Y no salga por nada ni por nadie durante la noche. Puede llevarse una de esas luces a su habitación. Si nos necesita para algo, no dude en llamar. Haré que esta noche Randall duerma en el vestíbulo, por si alguien requiere su ayuda. Y que lo haga armado, por si acaso.

—Gracias —suspiró la joven—. Es usted muy amable, señor.

—Vamos, vamos, haga lo que le digo —le ofreció su propio brazo—. Cuanto antes trate de descansar, tanto mejor.

—Sí, querida, suba conmigo —se ofreció con rapidez Sabrina Caldwell—. Creo que todos necesitamos descansar. No adelantamos nada permaneciendo levantados. Nada ni nadie puede ya devolver la vida a la señora Dawson.

Belinda se dejó conducir a la planta alta por Sabrina, ésta

depositó una luz encima del tocador y revisó la habitación, comprobando que todo estaba en orden. Al salir, advirtió a la joven para que cerrase la puerta. Belinda lo hizo, y oyó las pisadas de la secretaria, alejándose por el corredor.

Fue oyendo luego las voces de los demás, despidiéndose unos de otros para retirarse a sus habitaciones. Más calmada al oír abajo a Randall, que avisaba a todos de que permanecería en el sofá del recibidor, rifle en mano, comenzó a desvestirse.

Antes, se acercó a la ventana y, aprensivamente, miró al exterior.

Esta vez no era fácil ver a nadie en el jardín. La lluvia formaba una cortina densa y ruidosa, y permanecer bajo ella hubiera sido inverosímil. El fondo arbolado era oscuro y aparecía velado por la propia intensidad del aguacero. El trueno tamborileaba ya muy lejano, pero el temporal había sido ya responsable de un nuevo infortunio que añadir a los demás, al averiar gravemente el grupo eléctrico propio que suministraba energía a aquella casa. Aunque para ella, esta circunstancia fuese más favorable que otra cosa, ya que demoraba la llegada de la policía a la propiedad de Saint Cyr.

Se disponía a bajar la cortina, para meterse en la cama, cuando algo atrajo su atención.

Por un momento pensó en la aparición de la otra noche, y sintió miedo, angustia y aprensión. Pero esta vez, la cosa era muy distinta. No se trataba de niño fantasmal alguno, sino de personas de carne y hueso, tangibles y normales, caminando bajo el enorme aguacero.

Eran dos hombres, cubiertos con impermeables y protegiéndose con un amplio paraguas. Sus chanclos de goma se hundían en el agua del suelo de grava, sin que pareciera arredrarles la inclemencia de la noche tormentosa.

Un fulgor de un relámpago, alumbró con luz cárdena la noche. Y a su claridad, identificó con sorpresa a los dos caminantes nocturnos.

Eran el doctor Quintín y Osmond Saint Cyr.

Debían de haber salido por la puerta de servicio, para vérselos por allí. Y sin duda sin hacer ruido, para no ser advertidos por el vigilante Randall que montaba guardia abajo.

Su destino parecía ser el pabellón anexo, aquél donde Allyson, la niña inválida, pasaba sus días jugando con las palomas, alejada de

todos los demás. Pero el edificio quedaba fuera de su visual, y no podía estar segura de que penetrasen en él cuando doblaron la esquina de la edificación central.

A aquellas horas, ¿qué podían buscar el médico y el dueño de la casa en el anexo, abandonando sus habitaciones tan sigilosamente? Allyson dormía en la casa, durante la noche, como todos. No era lógico ir a estas horas al estudio de Saint Cyr a contemplar esculturas. Y el otro lado del pabellón aparecía cerrado y oscuro, sin nadie que lo habitara...

Perpleja, la joven se apartó de la ventana, se encogió de hombros, diciéndose que esa cuestión no era de su incumbencia, y que tal vez no tenía la menor relación con la trágica muerte de la señora Dawson, y se acostó, agradeciendo el cálido y suave contacto de las sábanas en su cuerpo.

Apagó la luz y se dispuso a dormir.

Y, de repente, algo impidió.

Esta vez no fue ella quien tuvo que gritar, sino que el chillido femenino llegó de fuera, del corredor, e identificó fácilmente la voz de Sabrina Caldwell. Saltó de la cama, corriendo hacia la puerta, pero se detuvo sin descorrer el pestillo, al recordar los consejos de Saint Cyr al respecto.

—¡Señorita Caldwell! —llamó a través de la madera—. ¡Señorita Caldwell! ¿Qué sucede?

La voz de ella, entre sollozos, le llegó nítida, no lejos de la puerta:

—Dios mío, señorita Miller, abra, por favor. Algo horrible sucede... Y el señor Saint Cyr y el doctor Quintín no responden... Abra, amiga mía, se lo ruego, o me volveré loca...

—Pero ¿qué pasa ahora? —tronó la voz de Gantry, desabrida, mientras sonaba una puerta—. ¿Qué gritos son éstos, señorita Caldwell?

—¡Señorita Caldwell! —Sonó ahora la voz de Randall, allá abajo—. ¿Pasa algo?

—Sí, sí... —gimió Sabrina, cuando ya Belinda Marsh abría su puerta, decidida—. Es espantoso... No entiendo qué ha podido suceder... Es el señorito Christian... ¡No está en su habitación! ¡No lo encuentro por parte alguna!

Capítulo VIII

TODOS se reunieron en el vestíbulo, envueltos en sus batas, despeinados y somnolientos. Randall, el criado, sin soltar un momento su rifle, parecía el más perplejo de todos.

—Pero ¿dónde han podido meterse el señor y el doctor Quintín? —se preguntaba en voz alta, rascándose los cabellos.

—Yo les he visto cruzar el claro, desde mi ventana —dijo Belinda en ese punto, sin callar más—. Me pareció que iban al anexo...

—Oh, el anexo, claro —dijo con rapidez Sabrina, brillándole los ojos excitadamente—. Voy a buscarles... Tenemos que buscar a Christian como sea... Ese niño logrará volvernos locos a todos...

Se echó encima un impermeable que colgaba de un ropero del recibidor, y corrió hacia fuera, subiéndose la caperuza. Gantry y Belinda se miraron, desorientados.

—Cielos, vaya nochecita —se lamentó el invitado—. Me pregunto qué más puede ocurrir ya...

Hogart también había acudido a las voces, en camiseta y con los cabellos en desorden. Randall le explicó lo que pasaba.

—Iré a vestirme —dijo el jardinero con gesto malhumorado—. Ese chiquillo es capaz de cualquier cosa, con sus fantasías...

Se alejó rezongando entre dientes. Belinda miró a Randall, curiosa.

—¿No pasaron por aquí el señor y el doctor? —se interesó.

—Ni siquiera les oí salir —negó Randall, perplejo—. Debieron usar la puerta de atrás, saliendo por la planta alta. Hay una escalera lateral, pegada al muro, que desciende directamente al jardín, señorita.

—Ya. Sin duda, Christian también pudo utilizar esa misma salida para abandonar la casa sin ser visto...

—Pues así es, en efecto. Ese muchacho... —Meneó la cabeza,

con reproche—. No es la primera vez que sale de casa en plena noche y nos alarma a todos, señorita.

—¿Y adónde va habitualmente?

—Nunca se sabe. No tiene sitio fijo. Cuando lo encontramos, siempre dice la misma tontería: que vino a buscarle su hermano Damien y se fue a jugar con él... A mí la primera vez se me pusieron los pelos de punta. Pero luego ya no he hecho caso, al comprender que ese pobre tiene la obsesión de su hermano muerto. Los críos nunca se sabe cómo piensan.

Belinda no dijo nada, pero se encaminó a la planta alta de nuevo, y caminó hasta el fondo del corredor. Allí, éste hacía un pequeño recodo donde se abría una puerta. La accionó. Una ráfaga de viento y lluvia azotó su rostro. La cerró de inmediato, no sin antes echar una ojeada y ver claramente el anexo entre la lluvia. Una escalera pegada al muro bajaba hasta el jardín por aquel lado. En el anexo no vio señal alguna de luz o presencia humana de ningún tipo.

Pegó un respingo al notar una presencia humana a sus espaldas. Se volvió, calmándose al ver ante ella a Cliff Gantry, sonriendo.

—¿Investigando lo sucedido, señorita Miller? —indagó el vecino.

—Intentándolo, al menos. No parece difícil, ni siquiera para un niño, utilizar esta salida.

—Lo malo es que también puede servir para que alguien de fuera entre en la casa —apuntó Gantry, aprensivo.

—Eso es cierto —cambió una mirada con él—. ¿Crees que un asesino podría utilizar este acceso para atacarnos?

—¿Por qué no? —Gantry encogió sus anchos hombros—. En este lugar ocurren cosas muy raras. ¿No está asustada?

—Mucho, pero me domino —suspiró ella—. Sobre todo, desde que me contó lo de la señorita Warrick. Pero la señorita Dawson me dijo que eso no era cierto, que el señor Saint Cyr despidió a mi antecesora y la vio partir de la casa personalmente.

—Claro —rió Gantry entre dientes—. Sólo él la vio partir. ¿Qué quiere que diga? Si la asesinaron, como hoy a la señora Dawson, es el primer interesado en que eso no llegara a saberse.

—¿Por qué no?

—Mire, señorita Miller, usted me parece una joven muy

inocente. Piense que las cosas no son tan claras aquí como pueda pensar. Tal vez le hayan contado ya que mi mujer y yo no nos llevábamos nada bien, y que ella me dejó, llevándose a nuestro hijo. Es cierto todo ello. Pero no soy el único en haber tenido problemas sentimentales en mi matrimonio, créame. Su jefe, Osmond Saint Cyr, tampoco se llevaba demasiado bien con Arlene, su mujer. De no haber muerto ella en aquel accidente, se hubieran separado. Su vida íntima era un infierno en los últimos años. Y se rumoreaba que el señor Saint Cyr prestaba demasiada atención a la señorita Warrick. Tenga en cuenta que ésta era atractiva, muy sensual y llena de encantos físicos que le gustaba exhibir pródigamente. Seguro que no le haría ascos a su jefe si se presentaba de noche en su alcoba.

—Eso, señor Gantry, me suena a maledicencia, a calumnia —replicó ella secamente.

—Piense lo que quiera. Pero no crea que su patrón es un santo. Insisto en que algo sucedió aquí, para que Eileen Warrick no apareciera más. Si el mismo loco que me atacó a mí y mató a la señora Dawson la liquidó a ella, resulta razonable pensar que su jefe, asustado por el hecho, enterrase en lugar oculto a la institutriz, inventase esa historia de su despido, y evitara así sospechas sobre su persona.

Belinda iba a responder cuando se oyeron voces y pisadas en el exterior. Evidentemente, Sabrina volvía con Cyr y el médico, apresuradamente. Mirando con frío reproche a su interlocutor, Belinda pasó por su lado, manifestando con sequedad:

—Disculpe, señor Gantry. Voy a unirme a los demás para ir en busca del niño. Creo que es mejor eso que perder el tiempo en conversaciones poco honradas.

Gantry, con gesto de disgusto, se limitó a seguirla con la mirada.

—Habitualmente, Christian se oculta en el bosque cuando escapa de casa —habló Saint Cyr, deteniéndose en medio del claro, ante la casa, rodeado por el doctor, la secretaria y la institutriz, todos ellos envueltos en impermeables con caperuza—. Pero nunca elige un mismo lugar, y la zona arbolada es muy amplia en la propiedad, de modo que tendremos que dividirnos para intentar localizarle. Usted, Howard, vaya hacia el sur, que es la parte más frondosa, mientras yo tomo por el norte, que es la más difícil para

quien no conoce el terreno. Ustedes dos, señorita Miller y señorita Caldwell, vayan juntas hacia el oeste, sin separarse ni un momento.

—¿Y por el este? ¿Quién buscará por ahí? —objetó Belinda—. Podríamos dividirnos para cubrir todas las posibilidades...

—No, no —rechazó Saint Cyr, enérgico—. Hagan lo que les digo. Es muy fácil perderse de noche en ese bosque, señorita Miller, y con este clima no es prudente pasarse horas enteras sin dar con la casa. Será mejor que vayan juntas, porque la señorita Caldwell conoce bien el camino. Ahí vienen Hogart y Gantry. Ellos se ocuparán del lado este, no se inquieten.

Era cierto. El jardinero y el invitado acudían ya a reunirse con el grupo, portando lámparas eléctricas. Sabrina tomó por el brazo a Belinda.

—Venga por aquí —invitó—. Y no se suelte de mí en ningún momento. Hay muchas zanjas y hondonadas peligrosas por todas partes, especialmente cuando la lluvia desprende las tierras.

Belinda la siguió, empuñando una de las linternas, que daba una luz difusa a la cortina de agua y a los árboles sombríos. Se fueron dispersando todos, iniciando la búsqueda del travieso niño.

—¿Por qué hace estas cosas Christian? —preguntó Belinda, expresándose con dificultad a causa del ruido del aguacero.

—Cosas suyas —murmuró Sabrina malhumorada—. Ya sabe: sus juegos con ese niño que no existe, su hermano Damien... Es una obsesión que le viene de hace un año, cuando murió en el accidente. Le quería mucho. Y quiere creer que aún vive. Su manía se va haciendo ya muy peligrosa, diga lo que diga el doctor Quintín.

—¿Cuándo cree que abandonó su dormitorio?

—No lo sé. Se acostó a las siete y media, como siempre. Pasé a revisar sus dormitorios antes de acostarme. Allyson dormía tranquilamente en su camita, y la de Christian estaba deshecha. Faltaba su traje gris y su impermeable amarillo. Hace falta estar loco para salir en una noche así a jugar con un fantasma...

Caminaron en silencio un trecho. Bajo la arboleda, la lluvia disminuía considerablemente. Sólo la hojarasca sonaba bajo sus pies, y el golpear del agua en las copas de los árboles.

—¿Cree usted que Christian está loco, señorita Caldwell? —aventuró Belinda de repente.

La otra pareció sobresaltarse un momento. Luego, se expresó con

cautela.

—Bueno, no quise decir eso, exactamente. Es sólo un niño. Un niño travieso, raro, introvertido y muy afectado por la muerte de su hermano. Posiblemente si saliera de aquí por un tiempo, le haría mucho bien.

—¿Y por qué no sale? El señor Saint Cyr podría abandonar su refugio por un tiempo, ¿no?

—No se lo sugiera ni remotamente. Desde que perdió a su mujer e hijo y sufrió ese daño en su mano, no es el mismo. Antes sólo pasaban aquí temporadas, más o menos largas. Ahora no piensa moverse más de La Cumbre. En el fondo creo que no desea volver a ser el que era, a vivir en el mundo. La escultura y su familia es lo que más amaba en esta vida. Y casi todo lo perdió en unas pocas horas...

—No es eso lo que dicen algunos —objetó Belinda—. Me han hablado de malas relaciones entre él y la señora Saint Cyr...

—Gantry, seguro —afirmó Sabrina, rotunda—. Huele a cosa suya. Maldito resentido...

—Resentido, ¿por qué?

—Su mujer... Todos sabemos que era lesbiana. Le dejó por eso. Disfrutaba imaginando que todo el mundo es tan desgraciado como él y... ¡Eh, mire! ¡Es Christian, no hay duda! ¡Vea la mancha amarilla de su impermeable!

Sabrina señalaba de repente hacia la densa espesura boscosa, ante ellas. Belinda esforzó su mirada, tratando de ver algo. No lo logró.

—Lo siento —dijo—. No veo nada.

—Ya desapareció —dijo agitadamente Sabrina—. Está allí, vi su impermeable claramente. Ha echado a correr. Creo que sé adónde va. Espere aquí, usted no podría correr como yo, no conoce el camino. Pero por el amor de Dios, no se mueva de aquí por nada del mundo. Volveré en unos minutos con el niño...

Soltó su mano, y sin necesidad de tomar su linterna, echó a correr, perdiéndose en la arboleda rápidamente. Belinda, perpleja, se quedó sola en el bosque, con la lámpara eléctrica en la mano, rodeada por el gotear constante de la lluvia a través de la fronda.

De pronto, sintió miedo. Recordó ciertas palabras de Saint Cyr: «No se separen ni un momento...». Ahora, estaban separadas.

Sabrina había visto o creído ver el impermeable amarillo de Christian, y la había dejado sola en medio de un bosque que le era totalmente desconocido.

También acudieron a su mente unas palabras dichas por alguien aquella trágica y horrible noche: «Algún loco asesino anda suelto por aquí...».

Miró, temerosa, alrededor. La luz de la linterna, bailoteando entre los ramajes, fingía fantasmales sombras, tétricas formas incorpóreas, moviéndose amenazadoras a su alrededor. Una sensación repentina de inquietud y de miedo se apoderó de ella.

—Dios mío... —susurró—. Si ahora apareciese el asesino...

Tembló, angustiada, pegándose de espaldas a uno de los recios árboles de la zona boscosa, la mirada incierta vagando de un lado a otro. Algo crujió cerca de ella, en la espesura. Podía ser la lluvia. O tal vez no...

Trémula, empezó a retroceder. Buscó con la mirada la ruta seguida por Sabrina Caldwell, ansiando verla reaparecer. Pero no había nadie, no se oía nada de nada, salvo el golpeteo de la lluvia y el crujir de la hojarasca húmeda. Insensiblemente comenzó andar, yendo en busca de su compañera de expedición.

—Señorita Caldwell... ¡Sabrina! —llamó con voz potente, esperando oír una respuesta que no fuese aquel constante crujido inquietante de las hojas bajo la lluvia y bajo sus pies.

Creyó oír otros vagos crujidos amenazadores, cerca de ella, y apresuró el paso, sin importarle desobedecer las indicaciones de Sabrina respecto a no moverse de su emplazamiento inicial.

Tenía casi la sensación física de que unos ojos la vigilaban desde la oscuridad circundante, de que una figura sigilosa y maligna la seguía cautelosamente tras los árboles y los matorrales, deslizándose como un fantasma en la noche. Un frío sutil recorrió su espalda y se aposentó en su nuca, cuando imaginó que una mano esgrimía un arma afilada, centelleante, presta a degollarla, a cortar su cuello. Como el cuello de aquel gato, de aquella paloma, de la infortunada señora Dawson...

Como los cuellos de tía Vivien y de Lou Garfield, en la vieja casa de Springfield, aquel horrible día...

—¡No, no, eso no! —Se cubrió, convulsa, el rostro con ambas manos, sintiendo mayor pánico que jamás sintiera antes, al

entremezclarse en su mente las imágenes delirantes de tanta sangre derramada, de tanto cuerpo mutilado y sin vida...

Y echó a correr por el bosque, perdiendo la linterna al golpear su brazo con unos ramajes. La luz bailoteó un segundo antes de apagarse al golpear la lámpara el suelo. Ni se detuvo a buscarla. En alguna parte, sepultado entre hojas mojadas, quedó la linterna, sin luz, olvidada. En medio de una casi total oscuridad, sintiendo batir la lluvia sobre su rostro, corría y corría sin rumbo fijo, sin saber dónde estaba. Pero la sensación de que era seguida, de que una forma furtiva corría a su lado, agazapada, acechante, crecía por momentos, por mucha velocidad que imprimiera a sus temblorosas piernas.

De repente, se detuvo en seco, aturdida. Miró a su alrededor.

Ya no había árboles. Sólo a alguna distancia, a espaldas suyas. Ante ella, se extendía un verde prado azotado por la lluvia, parecido a aquél donde se posara el helicóptero al llegar a la finca montañosa.

Pero en esta ocasión, un macizo rocoso cerraba ya el fondo del prado, ante un abismo sombrío y, sin duda alguna, sumamente profundo. Una alta verja delimitaba la propiedad por aquel lado.

Y entre ella y esa valla... estaba el mausoleo.

Se recortaba nítido en la oscuridad, contra el cielo huraño, surcado por frecuentes centelleos cárdenos. Era idéntico a la maqueta que viera en el estudio de Saint Cyr.

Tres ángeles de blanco mármol, rodeando una lápida del mismo material, sobre un soporte de piedra gris oscura. Alas protectoras abiertas sobre el sepulcro, manos angélicas orando por los muertos...

Como hipnotizada, avanzó hacia la tumba. Los fulgores de los lejanos relámpagos, daban extraños juegos de luz y sombra a las facciones pétreas de los tres ángeles inclinados. Sus ojos se fijaron en la blanca piedra lisa de la sepultura.

Descubrió el ramillete de flores silvestres, puesto encima de la tumba. Flores amarillas y lila, en ingenuo montón. Puestas hacía poco tiempo. Giró la cabeza.

Vio al niño. Y él a ella.

Su impermeable amarillo brilló un instante en la noche, antes de desaparecer en el bosque con celeridad. Belinda le llamó,

angustiada:

—¡Christian! ¡Christian, ven aquí! ¡Vuelve! ¡Christian, sé que viniste a poner flores a tu madre y a tu hermano! ¡Ven, Christian, tenemos que volver a casa!

El niño no regresó. No contestó tampoco. Belinda se quedó erguida junto a la hermosa sepultura donde yacían los familiares de su jefe. Elevó los ojos hacia los rostros de los ángeles, por los que corría la lluvia, chorreando sobre la lápida.

Lanzó un grito ronco de horror al ver los rojos regueros surcando las facciones de blanco mármol, talladas por la mano de Saint Cyr.

¡Los ángeles estaban llorando sangre!

En ese mismo instante, allá en los límites del bosque sombrío, un relámpago arrancó destellos siniestros a la hoja de acero empuñada por una mano humana...

* * *

Belinda Marsh descubrió ese brillo maligno entre la arboleda. La voz se le heló en la garganta y la sangre en las venas. Se olvidó, incluso, de extraño fenómeno de las lágrimas de sangre en los rostros de los ángeles de mármol.

Supo que el asesino estaba allí. Frente a ella. Vigilándola. Dispuesto ya a atacar. Los constantes fulgores cárdenos del cielo borrascoso despertaron nuevos destellos ominosos de aquella larga hoja de acero cuadrangular. Belinda intuyó que el doctor Quintín había tenido razón.

Era una navaja de afeitar.

Un arma terrible, capaz de degollar brutalmente a cualquiera. La forma de ser asesinada la señora Dawson lo probaba sobradamente. Lo mismo que el gatito «Bessie» y la paloma «Dotty».

El asesino, el loco homicida, estaba allí. Y ella se encontraba sola, indefensa, en aquel lugar inquietante, bajo unos ángeles de piedra que lloraban sangre...

Era imposible sentir más terror. Su cuerpo, aterido por el frío y la lluvia, temblaba convulso, conmovido por emociones estremecedoras, por un pánico irrefrenable, que la hacía contemplar con ojos dilatados y rostro lívido aquella presencia amenazadora y enigmática junto a la arboleda de la que acababa de salir.

No le era posible ver mucho más. Una forma, un bulto

agazapado, no muy voluminoso. Podía ser un hombre, una mujer... incluso un niño. Las sombras, los árboles, enmascaraban su aspecto físico real, permitiendo descubrir tan sólo la hoja de acero, que se movió lentamente hacia el límite de la arboleda, para iniciar su marcha mortífera hacia Belinda.

Ella, crispada, rompió en sollozos, retrocediendo y cayendo de espaldas sobre la blanca lápida donde aparecían grabados los nombres de Arlene Saint Cyr y Damien Saint Cyr.

Su mirada vidriosa captó borrosamente los surcos sanguinolentos en las caras blancas de los ángeles, la lluvia cayendo del cielo nuboso, el fulgor cárdeno de los relámpagos lejanos, rasgando las nubes... Y allá, junto al claro, el centelleo tétrico de un arma asesina presta a atacarla...

En aquel supremo instante, desde el bosque, una voz varonil, potente, llamó con fuerza, enérgicamente:

—¡Señorita Miller! ¡Señorita Miller! ¿Dónde se ha metido? ¡Responda, señorita Miller!

Belinda creyó desvanecerse de gozo. Una repentina, radiante esperanza la asaltó. Se incorporó a medias, temiendo no tener voz para responder. Roncamente, de modo casi inaudible, logró modular algunas palabras, muy pocas:

—¡Señor Saint Cyr, gracias a Dios! ¡Señor, señor, estoy aquí! — Pero sabía que no la oían, y se esforzó, logrando gritar ahora con mayor potencia y claridad—. ¡Estoy aquí! ¡Aquí, en el panteón, señor Saint Cyr! ¡Estoy aquí, Dios sea loado!

Miró hacia el bosque. Ya no había nadie. Ni centelleó hoja alguna de acero. Era como si nunca hubiera estado antes allí. Pero ella sabía que sí estuvo. Que de no sonar tan providencialmente la voz de su jefe, ahora el asesino estaría moviéndose implacablemente hacia ella...

Sonó ruidosamente la hojarasca. Luego, el bosque vomitó una figura alta, vigorosa, envuelta en un oscuro impermeable. Osmond Saint Cyr corrió hacia ella por el claro, y cuando estuvo lo bastante cerca, Belinda logró dar unos pasos y caer en sus brazos, estallando en sollozos ahogados.

—Vamos, cálmese, cálmese, señorita Miller —la confortó él, abrazándola con fuerza y reteniéndola contra sí—. Cálmese, se lo ruego. No ha pasado nada. Ya estoy aquí. No tiene nada que

temer...

—El asesino, señor... —gimió Belinda—. El asesino... Estaba ahí...

—¿Dónde? —Se sobresaltó él, girando la cabeza.

—Ahí, en el lindero del bosque... Llevaba un arma..., un arma blanca. La luz de los relámpagos hacía brillar la hoja. Creo..., creo que era una navaja de afeitar...

—Cielos... ¿Pudo ver quién era él?

—No, no. Estaba en lo oscuro, agazapado... Dios mío, iba a matarme, lo sé... Me siguió por todo el bosque desde que me dejó sola la señorita Caldwell.

—La señorita Caldwell... —El tono de Osmond Saint Cyr reveló ira—. ¿Dónde se ha metido esa mujer, por todos los diablos? ¿Vieron a Christian?

—Ella creyó verlo. No sé... No lo vi luego ahí... Escapó... Creo..., creo que él puso esas flores en la tumba hace poco, señor...

—Sí, supongo que sí —manifestó sordamente el escultor, mirando la lápida, sin soltar aún a Belinda—. Es muy suyo hacer algo así... Y en una noche como ésta. Dios mío... Tal vez haya regresado ya a casa, no sé... Ahora no se separará de mí, no tema nada. ¿Se encuentra más calmada?

—Sí, sí... —Tragó saliva y luego musitó—: Señor, ¿ha visto..., ha visto el sepulcro?

—Claro. Recuerde que yo mismo lo esculpí...

—No, no me refiero a eso. Mire a los ángeles... Supongo..., supongo que no hizo usted eso, señor...

Saint Cyr levantó la cabeza. Asestó su linterna sobre los ángeles, haciéndoles resplandecer con blancura radiante en la noche. Una sorda imprecación de asombro y horror escapó de sus labios al descubrir los surcos rojos en las caras angélicas.

—¡Dios! —clamó—. ¿Qué significa eso?

—Es sangre, señor... Sangre brotando de los ojos de sus ángeles... Están llorando sangre... —musitó la joven, angustiada.

—«Ángeles, llorad sangre...» —recitó él lentamente, con repentina entonación melancólica y a la vez trágica en su voz—. «Llorad sangre, ángeles míos..., por los que se fueron del mundo de los vivos...».

Asombrada, Belinda contempló a su jefe, que aún la tenía

abrazada contra sí, mientras la sorpresa y el desconcierto lograban dominar incluso a su propio terror.

—¿Qué significa eso? —musitó—. Parece un poema, señor...

—Es un poema. Lo escribió mi esposa hace tiempo, señorita Miller.

—Su esposa... —Tembló Belinda, nuevamente invadida por el miedo, ahora un miedo instintivo hacia algo que no era de este mundo—. Y, en efecto, esos ángeles lloran sangre... por ella y por su hijo Damien...

—No, señorita Miller —negó rotundamente Saint Cyr—. Por ella, no. Creo que ya es hora de que sepa la verdad. Ahí, en esa tumba... nunca estuvo el cadáver de mi esposa. Ella no está enterrada ahí, ¿comprende?

—Pero entonces... la lápida... ¿por qué?

—Porque quise que todos lo creyeran así. Mi esposa... está viva.

Capítulo IX

LA puerta amplia se abrió lentamente, con un chirrido de bisagras enmohecidas. Osmond Saint Cyr entró con paso lento en el estudio, llevando su linterna. Las formas esculpidas, envueltas en los blancos sudarios de tela, eran como rígidos fantasmas acechando en la amplia nave destartalada y fría.

—Entre —invitó cansadamente el escultor, sin volverse—. Y cierre, por favor...

Belinda obedeció, cerrando suavemente la puerta tras de sí. La lluvia quedó afuera, así como las frías y húmedas ráfagas de viento. Contempló a Saint Cyr mientras éste se movía entre sus esculturas tapadas, como sonámbulo.

—Ha sido un día muy agitado. Y una noche espantosa —murmuró él roncamente.

—Sí, espantosa —confirmó la joven, levemente temblorosa su voz todavía—. Aún no sé cómo he podido soportar todo esto...

—Los humanos tenemos mucha más resistencia ante la adversidad de lo que imaginamos, mi querida amiga —sonrió tristemente el dueño de la casa, volviéndose hacia ella—. Cuando me enfrenté a la realidad amarga y desnuda de mi propia vida, también pensé que no podría resistirlo. Y ya ve. No sólo lo soporté, sino que incluso quise crearme un mundo ficticio y mejor, como mi pobre hijo Christian con su imaginario hermano...

Belinda estuvo a punto de mencionarle su visión de la otra noche por la ventana. Dudó, y optó por callar ese punto, para hacer una pregunta tímida.

—¿Por qué ha fingido ante todo el mundo la muerte de su esposa?

—Porque pensé que era mejor así. ¿Pensó que mi amigo, el doctor Quintín, estaba aquí para cuidar de Allyson? No, señorita Miller, no era ésa la verdad ni mucho menos. Allyson está inválida y

es una niña mimada y difícil, pero no necesita un médico al lado. Arlene, mi mujer, sí lo necesita. Tal vez deba saber que la especialidad de Howard Quintín en medicina es... la psiquiatría.

Psiquiatría.

La palabra estremeció a Belinda Marsh. Sintió miedo. Un miedo distinto. Ahora no era el temor a un asesino merodeando en torno a la casa, ni a unos ángeles llorando sangre sobre un sepulcro que no contenía lo que la gente imaginaba. Era algo distinto y más personal. Psiquiatras... ¿Habría advertido el doctor Quintín durante el tiempo que la estaba tratando bajo aquel mismo techo, algo anormal en ella, algo que le hiciera intuir la terrible verdad de su pasado?

—¿Su esposa está...? —comenzó Belinda, tratando de rehacerse.

—¿Loca? —afirmó despacio, solemne, sombrío su gesto—. Sí. Ésa es la palabra. Está loca. Enferma mental desde el día del accidente en la carretera. Vive arriba... Encima de nosotros, en el anexo que nunca se abre.

—¿Las ventanas enrejadas y herméticas...?

—Sí. Ahí esté ella desde hace un largo año. No es ella misma ya, sino un espectro... —Miró tristemente a la joven—. Sí, sé lo que va a preguntarme. Usted no vio ninguna alucinación en su alcoba aquella noche. Fue ella, Arlene... Ya vio cómo está ella ahora.

Vaga por ahí como un fantasma. Pero es inofensiva. Esa noche debió entrar por la puerta de atrás, la que da a la escalera pegada al muro, la que usó mi hijo para evadirse esta noche... Debió encontrar el gato medio enterrado en el parterre... y lo llevó hasta usted para asustarla. No le gusta que vengan mujeres aquí. Supongo que es una forma de sentir celos, aunque ella jamás tuvo celos de mí...

Su mano enguantada de negro apartó una tela, dejando al descubierto una escultura que Belinda no había visto antes. Era un desnudo de busto femenino. Una bella mujer modelada en arcilla. Vagamente, evocó a la mujer espectral de aquella noche. Existía un remoto parecido entre ambas. Pero ésta era hermosa, serena, majestuosa, dominante, con un peinado sobrio, turgentes senos, grandes ojos y largo cuello alabastrino.

—Es... o era... muy bella —ponderó Belinda.

—Sí, lo era. Tan bella como fría y poco femenina —susurró él

con dureza—. Creí que me amaba. Era falso. Su inclinación era otra. Lesbiana, ¿comprende?

—Sí —musitó Belinda, cohibida.

—Se enamoraba fácilmente de otras mujeres. La señorita Warrick..., la señora Gantry... Tenía un tempestuoso idilio con la señora Gantry. Horrible, ¿no? Se escapaban juntas aquel día, fingiendo sacar de paseo a Damien y al niño de los Gantry...

—Cielos... —Belinda dilató enormemente los ojos—. Entonces, la señora Gantry...

—La señora Gantry jamás abandonó estas montañas, señorita Miller. Se quedó en ellas. Reposa bajo aquella lápida y aquellos ángeles. Con Damien, mi hijo... Ambos se abrasaron en el interior del coche. Arlene sólo sufrió leves quemaduras. La traje conmigo sin que nadie la viera. La metí en el anexo a escondidas, avisé a la señorita Caldwell. Ella avisó a su vez al doctor Quintín, un buen amigo mío. El accidente, la muerte de Damien y de la señora Gantry la había enloquecido. Nunca más recuperó la razón. No quise que fuera a un sanatorio mental. Y se quedó ahí recluida para siempre... Por eso no puedo abandonar esto, ¿comprende? Tengo que cuidar de ella, pese a lo que ella me hiciera entonces.

—¿Y el niño de los Gantry...?

—Se abrasó en el fuego del vehículo. Pero su cuerpo se destrozó al estallar el vehículo. No se encontró su cráneo, imagino que perdido entre hierbas y árboles calcinados o arrastrado por el arroyo... y los restos humanos irreconocibles, de una criatura, fueron atribuidos solamente a Damien, mi hijo. Oculté a todos lo de la señora Gantry y su hijo, para evitar mayor escándalo. Él nunca supo la verdad. Ella le había dejado una nota muy ambigua, despidiéndose de él, y eso le bastó. Tampoco se ha preocupado jamás de investigar nada para dar con su mujer e hijo.

—Es una historia espantosa...

—Lo sé. Ahora debemos mantener el secreto a ultranza. De otro modo, Arlene iría a un manicomio de por vida. Y tal vez nosotros fuéramos procesados por falsear la verdad, no sé.

—Entonces, ¿también es cierto que mi antecesora fue asesinada, como dice el señor Gantry? —musitó Belinda, demudada.

—No, que yo sepa. Insisto en que la despedí personalmente y la vi partir. No he sabido más de ella, diga Gantry lo que quiera. Tenía

una motocicleta. La vi contar en ella con su maleta y alejarse por el sendero. Nanea me planteé la posibilidad de que le pudiera suceder nada. Habría que preguntarle a Gantry por qué supone una cosa así, sin fundamento para ello. Jamás ha aparecido cadáver alguno, y menos aún el menor vestigio de su motocicleta.

—¿Eso sucedió antes o después del accidente donde usted hizo creer que su esposa había muerto junto a Damien?

—Unos días antes. Creo que no pasó ni una semana entre la marcha de Eileen Warrick y el desgraciado suceso del coche incendiado... Ahora ya sabe la verdad y puede ir a informar a la policía de ello cuando vengan por lo que de la señora Dawson.

—Señor Saint Cyr, aquí está sucediendo algo muy extraño. ¿Qué relación puede haber entre esa historia que usted me ha contado y lo que ahora ocurre aquí? —Miró el techo aprensivamente—. La policía podría pensar que ella... es quien comete esos horribles ataques criminales a animales domésticos y a personas...

—Ya lo he pensado yo también —suspiró el escultor acariciando con su mano enguantada el busto de los hermosos senos modelados en arcilla—. Pero no, no puedo creerlo. Ella sólo ha escapado de su encierro esa noche, cuando fue a molestarla a usted, por un descuido de Sabrina Caldwell. Hoy está arriba, lo hemos comprobado. Y la puerta estaba bien asegurada por fuera.

—Entonces, ¿qué está ocurriendo aquí realmente?

—No lo sé, señorita Miller, palabra.

—Usted recitó un poema de su esposa. Y alguien ha trazado esas lágrimas de sangre en sus ángeles del mausoleo...

—Es otra cosa que no puedo comprender. Ya vio que se trata de simple pintura roja. Sería una broma de mal gusto, si no estuviera por medio la trágica muerte de la señora Dawson en esta misma noche.

—Y la evasión de Christian —le recordó Belinda.

—Oh, eso... —Meneó la cabeza con desaliento—. Por desgracia, es algo frecuente. Esta noche, cuando lo hemos encontrado y traído a casa, ya ha visto que lloraba, jurando y perjurando que no lo haría nunca más, que él no tenía la culpa, que Damien fue quien le incitó a ello... Es su forma de excusar sus travesuras: culpando a un niño que no existe de sus propias acciones reprobables. Según el doctor Quintín, es una actitud muy propia de niños hipersensibles,

propensos a cierta forma de paranoia que desaparece con el tiempo.

—Pero el doctor Quintín sabe ya que no todo se explica con una paranoia, señor Saint Cyr —se atrevió a decir Belinda con voz grave.

El dueño de la casa la miró con ojos preocupados, y preguntó sorprendido:

—¿Qué quiere decir con eso, señorita Miller?

—Que yo vi la otra noche a un niño de cabello rubio, peinado en media melena, deambulando en torno a la casa, y llamando patéticamente a su madre, señor.

—¿Qué? —Palideció intensamente Saint Cyr, mirándola con ojos incrédulos—. No, imposible... Eso no puede ser cierto, señorita Miller. Tal vez lo soñó...

—Lo vi tan claramente como le estoy viendo ahora a usted, y estaba bien despierta en ese momento. Creí que era Christian, e incluso pensé si su hijo tendría razón al acusar a su hermana de poder andar sin silla de ruedas. Pero no eran uno ni otro, aunque sí un niño idéntico a ambos.

—Pero..., pero Damien está muerto y enterrado —jadeó roncamente Saint Cyr.

—También pensé que lo estaba su esposa y no es así. Tal vez el niño que yace allí sea el hijo de los Gantry, y Damien aún vive...

—No, no... Cielos, claro que no —protestó vivamente Saint Cyr, demudado—. Eso no es posible. Yo mismo identifiqué el cadáver, sus rubios cabellos... Estaba mutilado, otros miembros debían ser del niño de los Gantry, pero aquella cabeza rubia era la suya... Lo que usted vio esa noche ha de tener alguna otra explicación, estoy seguro.

—Si es así, me gustaría saber cuál es, señor... —Belinda paseó por el estudio, y se detuvo de repente ante la maqueta de los ángeles sepulcrales. Lanzó un ronco grito y dio un paso atrás—. ¡Dios mío, no!

Osmond Saint Cyr se volvió bruscamente, con sobresalto, apresurándose a acercarse a ella.

—¿Qué ocurre, señorita Miller? —demandó, alarmado.

—Mire eso... —jadeó Belinda, señalando el grupo escultórico reproducido a escala reducida—. Es..., es horrible.

Saint Cyr lanzó una imprecación, precipitándose sobre su obra

con gesto de ira. Contempló a los ángeles, con sus rostros enrojecidos.

—¡Sangre! —musitó—. Otra vez... Mis ángeles... llorando sangre, como los del sepulcro...

Era cierto. Dos surcos rojos se veían en cada rostro angelical, destacando sobre el blanco de la piedra. Belinda se aferró a una mesa, vacilante. Saint Cyr tocó las facciones de las figuras aladas de su maqueta. Examinó la sustancia rojo oscura en los dedos enguantados.

—Y esta vez... creo que es sangre de verdad —murmuró con voz ronca.

Con expresión aturdida, se miraron largamente en silencio los dos.

—Dios mío... —se quejó amargamente Belinda—. ¿Qué está ocurriendo aquí?

Cuando él iba a responderle algo, la puerta del estudio se abrió. Y asomó Sabrina Caldwell, que miró intrigada hacia ambos, antes de avanzar unos pasos con firmeza varonil.

—El señorito Christian ya está en la cama, profundamente dormido —informó—. El doctor Quintín le administró un calmante suave, y ha dado resultado. Pobre niño, estaba aterido...

—En lo sucesivo habrá que vigilarle más estrechamente, señorita Caldwell —dijo seriamente Saint Cyr. Luego, tras meditar un instante, añadió con mayor brusquedad, mirando a su secretaria—: Por cierto, ¿qué hizo en el bosque esta noche, para dejar sola en él a la señorita Miller?

—Lo siento, señor. —Sabrina se mostró algo ofendida al ser así interpelada—. Creí ver a su hijo corriendo por el bosque y fui en pos de él. Ya le advertí a la señorita Miller que no se moviera de allí bajo ningún concepto.

—Había alguien cerca de mí, vigilándome —replicó Belinda, algo beligerante—. No iba a quedarme allí para terminar como la señora Dawson, ¿no le parece?

—Eso es cierto —apoyó secamente el escultor—. La señorita Miller estuvo a punto de ser atacada por un criminal que empuñaba una navaja de afeitar. En lo sucesivo espero que, por el bien de todos, se limite a cumplir mis órdenes al pie de la letra, señorita Caldwell.

—Sí, señor —dijo ella, con orgullo herido, mirando de soslayo fríamente a Belinda—. Lo tendré en cuenta. ¿Algo más, señor?

—No, nada. Es tarde. Puede ir a descansar también. Nosotros ya nos vamos. Ah, diga a Hoggart que limpie esto. Hay sangre en los ángeles de la maqueta, ¿lo sabía?

—Dios mío, no —la voz de Sabrina tembló—. ¿Sangre, dice?

Miró a los ángeles y se estremeció, encaminándose a la puerta ante el silencio inexpresivo de su jefe. Ya cerca de la salida, se volvió a medias y dijo algo que sacudió todas las fibras de Belinda como un trallazo helado:

—Ah, por cierto, señor... Casualmente acabo de encontrar en los periódicos atrasados que tenemos en casa, una noticia sobre una decapitadora localizada hace poco en la ciudad de Los Ángeles. Se llama Belinda Marsh, cortó la cabeza a su tía y a un amante de ésta en Illinois... y es una bonita pelirroja muy joven, según la fotografía que publican en el periódico. Tal vez esa horrible mujer pueda andar ahora por aquí... —terminó, dirigiendo una vaga e indefinida mirada, harto extraña, a Belinda, antes de abandonar el estudio con su modo de andar, silencioso y severo.

Sintiendo un frío profundo y sutil en lo más profundo de su ser, la joven se quedó rígida, envarada junto a las esculturas, mirando a la puerta por la que acababa de salir Sabrina Caldwell. Luego, rápida, miró a su jefe.

Éste parecía no haberse enterado de nada de cuanto dijera su secretaria. Estaba cubriendo de nuevo el busto de su esposa. Después, sin mirarla siquiera, tomó de nuevo la linterna e invitó:

—Volvamos a casa, señorita Miller. Creo que ya es hora de que todos intentemos descansar un poco. Mañana veremos si la luz puede volver y la emisora funciona para avisar a la policía del condado...

En silencio, todavía demudada por la indirecta acusación de Sabrina, Belinda siguió a su jefe de regreso a la casa, no sin antes dirigir una aprensiva mirada a las herméticas ventanas enrejadas del anexo, tras las cuales se encerraba el trágico secreto viviente de los Saint Cyr.

* * *

No le era posible conciliar el sueño.

Ya no.

Todo era demasiado grave, demasiado amenazador para ella. La cortina que ocultaba su propio secreto había empezado a desgarrarse peligrosamente. Sabrina Caldwell sospechaba algo. De eso a desenmascarar su identidad real ante todos, y en especial ante la policía que no tardaría en estar allí en cuanto amainase el temporal o la emisora pudiese funcionar.

Se movía en la cama indecisa, vacilante, aturdida y medrosa. El fantasma de su pasado, con toda la tenebrosa carga de sangre y de horror que el mismo implicaba, volvía a erguirse amenazador ante ella, como si fuera a desplomarse en cualquier momento, arrastrándola a una sima de la que no había ya salida posible.

Otra vez la imagen alucinante y terrible de los dos cuerpos sobre el baño de sangre, con las cabezas separadas del tronco, con el hacha ensangrentada al lado, lo mismo que una grotesca escena de grand guignol, volvía con todo su intenso halo de horror a presidir su vida entera, a obsesionar su mente, a situarla en el delgado filo de la navaja de su perdición definitiva, entre la razón y la locura, entre la inocencia y la culpa.

—¡No, no, no! —sollozó, incorporándose de un salto en la cama y mirando a su alrededor, a la oscuridad reinante ahora en el dormitorio, mientras allá fuera, persistente, la lluvia seguía cayendo con fuerza—. No puedo soportarlo más... No puedo quedarme aquí ahora y esperar..., esperar a ser envuelta en aquel horrible manicomio, rodeada de batas blancas y de miedo...

Encontró su bolso y buscó nerviosamente, hasta dar con sus arrugados cigarrillos. Encendió uno, fumando con avidez, tratando de calmar sus excitados nervios. Fue a la ventana. Se asomó una vez más, sin importarle ya demasiado lo que pudiera haber al otro lado de los cristales chorreantes de agua y empañados por el vaho.

Solamente le era posible ver caer la cortina de lluvia sobre el claro anegado. La oscuridad y el silencio rodeaban la casa. No tuvo miedo a la presencia posible de alguien allá fuera, acechándola como en el panteón. Ahora sentía más terror por otras cosas que no tenían nada que ver con el asesino loco de La Cumbre.

Porque después de todo, si se descubría que ella era realmente Belinda Marsh, ¿quién podría discutir a la policía de que ella no había sido también quien cortó la garganta de la infortunada señora Dawson en la cocina? Después de todo, allí se sabía ahora que

existía un asesino... y ella era la asesina de Illinois, la decapitadora de Springfield, buscada a través de todo el país...

Se apartó de la ventana. Una repentina idea asaltó su mente. ¿Y si intentaba huir, ahora que aún era tiempo?

La Cumbre hubiera sido un refugio ideal para una mujer en sus circunstancias, de no haber mediado aquellos sucesos horribles. Ahora, la oportunidad se había perdido definitivamente. Sabrina lo había sugerido ya con malevolencia mucho antes: con ella, la mala suerte había llegado a la propiedad de Saint Cyr.

Y ahora, la sugerencia definitiva la había lanzado malignamente la propia Sabrina. Belinda estaba segura de que ella sabía perfectamente que la nueva institutriz podía ser la asesina de Illinois.

Abrió el armario. Vaciló, contemplando sus ropas, su maleta. Pensó que no podía irse ahora. Aunque utilizara la salida que usó Christian para evadirse aquella noche «a jugar con su hermano Damien», según insistía una y otra vez el niño en justificarse, bajo aquella lluvia torrencial, desconociendo los caminos de la montaña, sería casi una acción suicida.

Cerró de nuevo el armario. Al día siguiente buscaría la ocasión de marcharse definitivamente de aquel lugar, antes de que llegara la policía.

Regresó lentamente al lecho, y apagó el cigarrillo, aplastándolo en el cenicero de la mesilla. Miró su reloj de pulsera. Era increíblemente tarde: las tres y veinte de la mañana. Al día siguiente iba a encontrarse muy cansada, sobre todo después de las tremendas emociones vividas aquel día.

Un leve golpe en la puerta la sobresaltó. Giró la cabeza, repentinamente alarmada, calmándose al ver que el pestillo estaba corrido. Pero el pomo de la cerradura giró levemente. Su corazón golpeó con fuerza dentro del pecho.

—¿Quién está ahí? —susurró.

Unos nudillos golpearon suavemente la madera. Una voz indefinible, opaca, susurró roncamente al otro lado:

—Abra. Abra, señorita Miller...

Hubiera querido identificar aquella voz, pero no le fue posible. La angustia casi la ahogaba. Respiró con dificultad, pegada a la pared, la vista hipnóticamente fija en la hoja de madera. El pomo

ya no se movía. Pero el suave golpear se repitió. Y la voz desconocida, pero familiar a la vez, insistió suavemente:

—Abra, por favor, abra.

Recordó lo que dijera Saint Cyr: no debía abrir por nada del mundo. Su dormitorio sería un lugar seguro mientras no dejase entrar en él a nadie. Abajo, en el vestíbulo, dormiría Randall, el fiel criado, con su rifle encima de las rodillas. Bastaría que gritase para que se provocara la alarma en la casa.

El golpeteo apagado en la madera persistió, aunque ahora ya no hubo voz alguna que la interpelase para abrir. Belinda estaba aterrorizada, trémula. Sus ojos no se separaban del pomo metálico, pero éste permanecía inmóvil. No insistían en entrar allí.

Por fin, los golpes cesaron. Creyó oír unos pasos apagados que se perdían en el corredor muy despacio y muy sigilosos. Respiró hondo, con alivio.

Pasaron los minutos. Dos, tres, cinco, acaso diez. Había perdido la noción del tiempo, agazapada en la oscuridad, sin desviar sus ojos de la puerta. Un repentino sentimiento de curiosidad, de interés creciente, se iba apoderando de ella. Era una idea malsana. Y sumamente peligrosa.

Tenía el presentimiento de que algo sucedía allá fuera, en aquel torvo silencio de la madrugada. Si abría la puerta, tal vez se enterase de algo. Pero no estaba segura de que eso fuese prudente ni sensato. Podía estar pensando hacer justamente lo que deseaba el misterioso asesino de La Cumbre.

Aun así, se aproximó paso a paso a la puerta. Tomó la lámpara eléctrica que su jefe le dejara. La encendió, proyectando la débil claridad contra la madera.

Todo continuaba igual. Parecía no haber riesgo inmediato alguno... ¿Igual? No, no. Algo sucedía al pie de la puerta, por la rendija... Se inclinó, vacilante, alumbrando el suelo. Había algo allí, una mancha. Notó que crecía, que se iba extendiendo.

Formaba reguero. Un reguero oscuro, paulatinamente más amplio. Tenía un color rojo oscuro. Como la sangre. Se estremeció.

Tal vez pretendían asustarla con un nuevo golpe de efecto, como las lágrimas pintadas de rojo en los rostros de los ángeles de mármol blanco. Alargó una mano trémula, tocó la mancha, sus dedos se mojaron con algo viscoso y caliente. Tembló, alzando la

mano, sobre la cual proyectó el chorro débil de luz. Dominó un grito.

Realmente, era sangre. Sangre cálida, densa... Una profunda sensación de náusea la invadió. Dominó como pudo un grito de terror que pugnaba por brotar de su garganta.

Luego tomó una decisión asombrosa, repentina, que a ella misma sobresaltó. Sin saber quizá lo que hacía, conducida irreflexivamente por un extraño impulso interior... abrió la puerta de golpe, haciendo girar pestillo y cerradura casi violentamente.

Una vez hecho eso, tiró de la puerta hacia sí y proyectó su luz hacia el pasillo.

Esta vez, aunque quiso gritar, la voz se ahogó en su garganta. El terror fue tal, que ningún sonido brotó de su boca repentinamente crispada. Los ojos, dilatados por un pánico irrefrenable, se clavaron en el nuevo horror que yacía contra su puerta y que, al abrir ésta, se desplomó sordamente en el pavimento de madera.

Era otro cuerpo humano.

Otro cadáver.

Esta vez se trataba de Cliff Gantry, el invitado de Osmond Saint Cyr, el marido de Rose Gantry, la mujer que fuera amante de la señora Saint Cyr, y que yacía ahora en su lugar, bajo la blanca lápida del mausoleo de La Cumbre.

Alguien le había rebanado brutalmente el cuello, de oreja a oreja, y su cabeza, medio desprendida del tronco, solamente colgando por unos tendones y parte de la piel, colgaba espantosamente hacia atrás, con una mueca de delirante terror helada en aquella faz.

Capítulo X

EL coche descendía vertiginosamente por la angosta y serpenteante carretera, entre el farallón rocoso y el profundo abismo, a velocidad casi suicida, bajo el caudal impresionante de lluvia que hacía correr torrentes de agua por las laderas de las montañas.

Al volante del liviano *jeep* de carrocería plástica de color rojo, iba una Belinda Marsh desencajada, trémula, casi enloquecida, con los ojos vidriosos, la boca contraída y las manos crispadas al volante, casi sin ver ni pensar lo que estaba haciendo. Con la sola y única idea de huir.

Huir adonde fuese y como fuese. Huir de todo. Del terror, de la angustia, del miedo, acaso de sí misma, y de unas sombras sangrientas que flotaban sobre ella como una pavorosa maldición a la que era imposible eludir.

Todo había sido asombrosamente sencillo. Casi se maravillaba de que en tan pocos minutos y con tan escasas dificultades, hubiera podido salir de la casa, abrir el garaje, apoderar del *jeep* rojo y lanzarse a tumba abierta, ladera abajo, en una desesperada y demencial fuga, bajo la tormenta, sin saber adónde iba ni cómo iba a llegar a parte alguna.

Lo único importante para ella en estos momentos era ir lo más lejos posible de aquel lugar de pesadilla, escapar de un asesino loco, de una serie de cuerpos ensangrentados, de la amenaza de una mano criminal y también del acoso de una culpa que la perseguía inexorable desde hacía mucho tiempo.

Y eso estaba consiguiéndolo. No sabía cuánto trecho había recorrido, ni siquiera el que le quedaba por recorrer. Y menos aún si alguna vez conseguiría salir con vida de todo aquello. Pero había llegado el instante en que supo que tenía la necesidad imperiosa de intentarlo, la vital precisión de lanzarse en una fuga enloquecida y temeraria que quizá sólo podría terminar con su muerte.

Morir, pensó Belinda, era casi una liberación. Había llegado a ese punto en el que la idea de perecer, de dejar de ser, resultaba poco menos que una esperanza.

La lona que cubría precariamente el *jeep*, no podía impedir que el agua penetrase por todas partes en el vehículo, poco preparado para semejante aventura. El parabrisas, a pesar de las varillas limpiadoras, era una especie de caudal de agua a través del cual era imposible ver el oscuro sendero bordeando abismos y simas amenazadoras, en cualquiera de las cuales podía terminar súbita e irreparablemente su delirante aventura.

La carretera se hizo aún más estrecha y difícil tras doblar una cerrada curva, y bajo las ruedas del liviano vehículo, el agua saltaba copiosamente, en medio del violento traqueteo a que la velocidad y el mal estado del terreno sometía al automóvil, hecho para recorridos mucho más suaves y tranquilos que aquél. Pero lo cierto es que Belinda no había logrado encontrar otro coche para su evasión, ya que otro que hallara encerrado en el garaje, carecía de llaves para ponerlo en funcionamiento, e incluso para abrir sus portezuelas, aparte de que daba la impresión de hallarse en desuso y, posiblemente, carente de combustible su depósito.

A medida que se alejaba de La Cumbre, pendiente abajo, iba percatándose más y más de lo arriesgado y temerario de su empresa, y de lo difícil que iba a ser, aun en el mejor de los casos, salvar la distancia y los problemas que planteaba aquel camino entre las rocas y la vegetación, siempre bordeando abismos donde una caída significaba la muerte segura. El recuerdo de otro accidente automovilístico, en aquellos mismos parajes, saldado con la muerte de una mujer y dos niños y la locura irreversible de otra persona, acudía a su mente con dolorosa lucidez. Pero ni aun eso lograba quitarle de la cabeza su enloquecido afán por evadirse de algo que estaba empezando a asfixiarla como un dogal de pesadilla.

La gota que colmara el vaso había sido el último y espantoso crimen, la muerte inexplicable de aquel hombre fornido y agrio, Cliff Gantry, degollado ante su propia habitación, tras haber alguien que había pretendido entrar, que incluso la había pedido que abriese esa puerta, que había golpeado con sus nudillos en la madera, que había girado el pomo. Alguien que, posiblemente, fuese el propio asesino...

Trató de concentrarse en lo que estaba haciendo, en la peligrosa ruta que seguía, olvidándose de todo lo demás. Pero no era tarea fácil olvidar el rostro desencajado de Gantry en su agonía, ni la sangre que todo lo empapaba, como en otro doble crimen atroz del que ella había sido también protagonista. Ahora, muerto Gantry ante su propia puerta, ¿quién podría creer su historia de inocencia? ¿Qué diría la policía al llegar a la finca de Saint Cyr y encontrarse con una mujer que encontraba los cadáveres por doquier y que, por añadidura, se parecía tanto a otra mujer, llamada Belinda Marsh, reclamada por doble asesinato y demencia homicida, evadida de un centro psiquiátrico y buscaba por la policía de varios estados?

No había tenido otra solución que ésta, con todo lo arriesgada y suicida que pudiera resultar. Quedarse allí ahora, hubiese sido todavía peor.

Rodeó otra curva cerrada, sosteniendo el volante con la mayor energía posible, los ojos clavados en la infernal carretera que alumbraban los faros del automóvil.

Y de repente, vio el desastre ante ella.

Más allá de la curva, como una fatídica amenaza inexorable, descubrió el corrimiento de tierras provocado por la torrencial lluvia... ¡y los restos del angosto puente que viera desde el aire cuando se trasladó en helicóptero a La Cumbre, abatido por algún rayo, sin duda alguna, y cuyos extremos colgaban lastimosamente sobre un profundo abismo, cerrándole toda posible salida!

Había llegado al final de su viaje. Y, lo que era peor, el coche, perdido el control del mismo a causa de los montones de blanda tierra abatida sobre el camino, empezó a patinar y tropicar, estando a punto de salirse de la estrecha carretera y saltar al vacío. Logró dominarlo, como si luchara contra un potro desbocado, las ruedas se hundieron en el fango, y se fue a estrellar contra unas rocas y un enorme montón de tierra desprendida.

Los vidrios del parabrisas se hicieron añicos, el plástico de la carrocería roja se arrugó como si fuese simple papel, y el coche se empotró en la tierra blanda, antes de alcanzar las rocas, donde chocó más blandamente, quedando de ese modo inmovilizado y salvándose, cuando menos, tanto de ir al barranco como de hacerse trizas contra la dura pared rocosa. Los faros se apagaron, la lona se desgarró, y torrentes de agua helada se desplomaron sobre ella

ahora, indefensa contra el diluvio que caía en esos momentos sobre la región.

—Dios mío, Dios mío... —gimió, angustiada, en la oscuridad, sintiendo el azote de la lluvia, y sabiendo que de allí no podía ya salir ni hacia adelante ni hacia atrás. La loca aventura había terminado apenas comenzada.

Allá, ante ella, inesperadamente, brilló una luz, bailoteando en la negrura de la noche borrascosa. Más que alivio, sintió un repentino terror. Esa luz se movía, la agitaba alguien, en lento desplazamiento hacia el automóvil siniestrado, cuyo radiador emitía bocanadas de vapor y apestaba a aceite y gasolina derramada.

—Oh, no, no... —jadeó.

Pero evidentemente, sus temores eran ciertos. Alguien deambulaba por allí, ante ella, junto al puente derruido. La luz se desplazaba, suspendida en la negra noche, cada vez más próxima.

El recuerdo de alguien, cerca del mausoleo, con una navaja de afeitar en la mano, acudió a su mente con vivida intensidad. Un terror ciego se apoderó de ella, al intuir que podía hallarse otra vez ante el fantasmal asesino.

Intentó salir del coche, pero era prácticamente imposible, porque las portezuelas estaban hechas un acordeón, y era imposible moverlas de su sitio. Entonces pensó en la lona que cubría el vehículo, rota en el impacto, y forcejeó para abandonar el automóvil por el techo. Sintió que su falda se desgarraba hasta la cadera, pero le importó poco. La luz estaba demasiado cerca y ya casi podía intuir, si no ver, la sombra de un ser humano, agazapado siniestramente tras de ella.

Logró al fin sacar una pierna del coche y dedicó sus esfuerzos a probar con la otra, aunque los restos de plástico arrugado y desgarrado la habían atrapado en parte en su asiento. Con un último tirón, a costa de un doloroso arañazo en la rodilla y el muslo, tuvo éxito. Estaba libre.

Saltó fuera del coche, hundiendo sus pies descalzos en el barro. Miró a ambos lados, al sombrío abismo en cuyo fondo se oía correr un caudal de agua de lluvia, en hirviente alud, y al alto muro rocoso que le cerraba todo posible camino de huida.

Un grito ronco, apagado y ominoso, brotó de detrás de la luz, asemejándose más al gruñido de un animal salvaje que a una voz

humana. Un escalofrío sacudió a la aterida y temblorosa Belinda, que empezó a retroceder, aterrada, por el mismo sendero por el que descendiera poco antes al volante del pequeño *jeep* de plástico rojo.

—No, no... —sollozó, en el paroxismo del miedo—. Eso no, por el amor de Dios... Otra vez ese asesino, no...

Pero la figura encorvada se movía ante ella, a no mucha distancia, parapetada tras la luz de una lámpara que proyectaba una débil claridad en el paraje. Era evidente que el objetivo de su portador era alcanzarla lo antes posible. El propio terror agarrotaba los miembros de la muchacha, cuyas doloridas piernas, una de las cuales sangraba, se resistían a obedecer sus frenéticas órdenes.

Tropezó en unos terrones mojados del desprendimiento, y estuvo a punto de caer de bruces en el fango. Alargó un brazo, logrando aferrarse a unas piedras chorreantes de agua, y logró conservar precariamente el equilibrio. Pero eso no resolvía gran cosa. El dueño de la luz inquietante estaba ya virtualmente encima. Su lámpara alumbró el destrozado coche nítidamente. Bailoteó unos instantes en torno, como si unos invisibles ojos escudriñaran curiosa y hasta cínicamente aquel destrozo, antes de dirigirse nuevamente hacia ella, con otro sonido inarticulado brotando de la garganta de aquel ser.

Belinda sollozó, extendiendo sus manos hacia adelante, como si eso pudiera servir de algo, como si le fuera posible con su débil fuerza, frenar a aquella forma amenazadora y desconocida.

Sacó fuerzas de flaqueza, y siguió retrocediendo. La luz, implacable, siguió hacia ella. Oyó crujir los fragmentos de vidrio del parabrisas, pisados por aquel hombre aterrador, sus pies hacían chapotear el barro sordamente. Apresuró su retroceso la joven cuanto le fue posible, y esta vez no pudo evitarlo. Tropezó con unas piedras desprendidas, y se cayó de bruces.

Chilló, aterrada, cuando la sombra la alcanzó, y la luz planeó sobre su cabeza, bañándola en difusa claridad a través de la cortina de lluvia. La sombra ominosa del hombre se irguió para inclinarse hacia ella...

—¡No, no! —chilló despavorida, tratando de impedir que aquel individuo la tocara.

Y en ese preciso instante, la luz de unos potentes faros barrió la carretera, bañando en su blanca luz al hombre de la lámpara, al

coche siniestrado y a la figura encogida, empapada y lastimosa de la infortunada muchacha, caída en el fango, con el rostro blanco por el terror.

Belinda giró la cabeza hacia el automóvil que descendía por el sendero a toda velocidad, sin dar crédito a sus ojos. Oyó chirrido de frenos, unos neumáticos se deslizaron, intentando aferrarse lo más posible al suelo resbaladizo, y milagrosamente, el coche se detuvo a poca distancia de ella, manteniendo los faros encendidos.

El hombre de la lámpara, aturdido, se limitó ahora a contemplar aquellos dos redondos ojos de luz cegadora, con expresión torpe en su rostro. Belinda descubrió una figura fornida, musculosa, cubierta por toscas ropas de burda tela, empapadas de agua, un cabello hirsuto y descuidado y una barba frondosa que cubría en parte un rostro áspero, de ojos pequeños y estrechos y gruesas cejas.

Del automóvil saltó alguien que corrió hacia ella presuroso. Una voz grave y enérgica la llamó:

—¡Señorita Miller! ¿Se encuentra bien?

Creyó desmayarse de gozo. Por segunda vez, para alivio de sus terrores, reconoció en su salvador providencial al mismo hombre, Osmond Saint Cyr. Éste saltó a tierra y corrió hacia ella. Unos brazos fuertes la alzaron del suelo, chorreando agua, barro y sangre.

—Oh, usted, Dios le bendiga... —gimió la muchacha, aferrándose a él.

—Criatura de Dios, pero ¿qué hizo? —la reprendió él severamente—. Está herida... y por lo que veo, pudo haber terminado su viaje en el barranco.

—Ese..., ese hombre... —sollozó ella—. Estaba ahí... No sé qué iba a hacerme...

Saint Cyr la mantuvo en pie, sujetándola con firme brazo, mientras miraba al hombrón de la lámpara.

—Blake, ¿qué hace usted aquí? —preguntó.

—Bajé a ver el puente cuando cayó el rayo, señor —explicó con voz sorda y algo torpe el hombre—. Entonces vi venir ese coche rojo, y la señorita estuvo a punto de irse con él al abismo... No sé por qué está asustada de mí. No iba a hacerle daño alguno, señor.

—Lo sé, lo sé —sonrió Saint Cyr, aliviado. Miró ahora a Belinda—. Es Blake, el leñador de que le hablé. Acostumbra a recorrer estos parajes como su propia casa. Es inofensivo, aunque tenga mal

carácter. Jamás dañaría a una mujer.

—Cielos, y yo que pensé...

—No tema nada, señorita Miller. Está a salvo. Él sólo pretendía ayudarla, ¿verdad, Blake?

—Claro, señor. Intenté decírselo, pero estaba tan preocupado que creo que no supe expresarme bien... —Manifestó el hombre, mirando con su habitual torpeza a la joven. Bajó la mirada hasta su muslo—. Tiene que curarle esa pierna, señor. Está herida.

—Sí, ya lo he advertido. Gracias por todo, Blake. La llevaré conmigo a casa. ¿Ese rayo destrozó el puente?

—Por completo, señor. Casi todo él se fue al fondo del barranco. El que quiera llegar a La Cumbre, tendrá que hacerlo por el aire, no por carretera.

—Eso es lo que veo —admitió pensativo Saint Cyr, llevando cuidadosa y afectuosamente a su institutriz hacia el recién llegado automóvil—. Vuelva a casa, Blake. Hace una noche de perros.

—Sí, señor, que la hace. Y no se le ve trazos de mejorar...

Saint Cyr llegó a su automóvil, que resultó ser el mismo que viera Belinda en el garaje, un potente Ford Ranger en no muy buen estado, pero eficaz para deambular por tan infernales caminos. El agua corría sobre él como si todas las compuertas del cielo estuviesen abiertas a tope.

—Entre —invitó Saint Cyr—. Llevo un pequeño botiquín conmigo. Le curaré esa herida en cuanto le limpie la pierna un poco.

Ella se dejó tender en el asiento trasero. Cuidadosa, casi mimosamente, las manos enguantadas del dueño de La Cumbre, pasaron por su rodilla y muslo un trapo mojado en agua de lluvia. Luego desinfectó la herida y la cubrió con unos apósitos mostrándose satisfecho del resultado.

—Bien —dijo—. Eso ya está, por el momento, hasta que la vea el doctor. Ahora, volvamos a casa.

Maniobró diestramente, pese a las dificultades del terreno, y volvieron a enfilar la ruta, en dirección a arriba. Puso despacio el coche en marcha, adoptando todas las precauciones posibles para no cometer un error irremediable.

—He sido una tonta —musitó ella, avergonzada y dolorida, encogiéndose en el asiento posterior.

—¿Porque pensó que Blake era el asesino? —sonrió Saint Cyr a través del espejo, con una expresión seria en sus verdes ojos oscuros al fijarse en ella—. Era natural, dadas las circunstancias. Es un hombre rudo y algo torpe, pero no es tan mala persona como Gantry imaginaba.

Belinda se estremeció. De repente, pasado el peligro, todo volvía a su mente con descarnada claridad. Sintió verdadero pánico ahora, al enfrentarse a su jefe.

—Gantry... —susurró—. ¿Encontró su cadáver?

—Claro. Por eso imaginé fácilmente el resto. Al ver que faltaba el coche rojo, temí lo peor. Y eso que no sabía lo del puente ni el desprendimiento. Pero conozco estos parajes lo suficiente para saber que usted peligraba.

—Dios mío, ¿cómo podré explicarle lo que dice, el destrozo que he causado a su vehículo, las molestias que le estoy ocasionando...? —gimió ella.

—No explique nada. Creo que lo entiendo todo fácilmente. Debe tener los nervios destrozados. El asesino parece haberla tomado con usted, cuando menos para aterrorizarla. Ver a Gantry de aquel modo, justo ante su puerta, debió de ser una experiencia atroz, mi pobre amiga.

—¿No..., no piensa que haya podido ser yo quien..., quien...?

—¿Quién lo mató? —soltó una risa hueca y dura. Luego meneó la cabeza con energía, en sentido negativo—. No, claro que no. Ni me pasó por la imaginación, créame. Fui en busca de una víctima, no de un culpable.

Rodaron en silencio, sendero arriba. La luz de los faros alumbrada el camino y la lluvia, resplandeciendo su reflejo en el rostro pétreo de su conductor. Belinda le miró larga, fijamente.

Una repentina sensación de valor, de suprema decisión, de afán heroico para terminar de una vez por todas con muchas cosas, la invadió en ese momento.

Y se sinceró crudamente con su salvador.

—Le mentí respecto a mi nombre. No me llamo Betsy Miller, señor.

—¿No? —preguntó él con aire distraído—. ¿Cómo, entonces?

—Soy Belinda Marsh. Me buscan por asesinato.

Siguió un profundo silencio dentro del automóvil. Al fin, Saint

Cyr asintió.

—Sí, lo sabía —se limitó a decir.

* * *

—¡Lo sabía!

—Así es —corroboró él, tranquilo.

La señorita Caldwell y el doctor Quintín acababan de salir de la habitación. Belinda reposaba en su lecho, con ropa seca, tras serle curada la herida de nuevo por el médico, tomando una taza de infusión caliente y unos calmantes.

Saint Cyr, sentado ante ella, en el borde de la cama, la miraba con calma y serenidad, sin revelar emoción alguna en su anguloso rostro varonil.

—¿Desde cuándo?

—Desde que la vi. Había visto sus fotografías en Los Ángeles. Un cambio de color en el cabello no altera gran cosa una cara como la suya. Además, estaba su nombre. Eso me hizo sospechar, ya en Los Ángeles. Conservaba las iniciales: B. M. Como en el teatrillo de feria.

—También sabía eso...

—Ya le digo que lo sé casi todo. Pero no era asunto mío y no tenía por qué mencionárselo.

—Pero..., ¡pero estoy reclamada por doble asesinato!

—También lo sé.

—Y apenas llego yo aquí, empiezan a ocurrir crímenes atroces...

—Evidentemente, alguien más que yo había leído esas noticias sobre Belinda Marsh y había atado cabos. Por ejemplo, la señorita Caldwell. Disimula muy mal sus suspicacias hacia usted.

—Y usted... ¿qué piensa de mí?

Saint Cyr la miró muy fijo. Luego sonrió.

—Que no mató a esas personas de Springfield.

Belinda suspiró hondo. Parecía perpleja, desorientada.

—¿Cómo puede decir eso? —susurró—. Todo me acusa...

—Lo sé. Quintín es médico psiquiatra. Le pedí su opinión profesional sobre usted hoy mismo, cuando usted no podía oírnos. Me dijo que era usted una joven muy sensible y que parecía asustada por algo. Pero que poseía una mente clara y lúcida, y era encantadoramente normal.

—Normal... Ellos no piensan así. Me encerraron. Tuve que huir.

—Su vida parece ser ahora una constante fuga —sonrió Saint Cyr—. Debió tener sus motivos para escapar del centro psiquiátrico donde querían recluirla, imagino.

—Era horrible. Una prisión. Mi familia insistía en que estoy loca... Ya no sé siquiera si lo estoy o no.

—Yo opino que no. Además, estoy seguro de que no mató a su tía ni a aquel hombre.

—¿Cómo puede estar tan seguro? A veces me pregunto si realmente lo haría yo...

—No diga tonterías. Quieren volverla loca y eso, a veces, es fácil de conseguir. ¿Heredaba usted mucho dinero de su tía al fallecer ésta?

—Sí, mucho.

—¿La heredera legal era usted?

—Sí. Era su única sobrina directa. Mi primo Norman es sobrino en segundo grado.

—Y ahora, es él quien hereda todo.

—Así es, supongo.

—¿Qué recuerda, exactamente, de aquel suceso?

—Apenas nada. Sólo que me vi ante los dos cuerpos y el hacha, al despertar de algo así como..., como un estado hipnótico o de trance. Me había acostado, y Claire, la esposa de Norman, me dio un vaso de leche y unas aspirinas porque me dolía algo la cabeza. Me dormí. Y desperté ante la espantosa escena, con la sangre salpicando mi camisón, mis manos... Tal vez dormida, aunque nunca fui sonámbula. Norman y Claire entraron en la estancia entonces. Me miraron con horror, llamaron a la policía... Poco después, era conducida un centro psiquiátrico, acusada de una paranoia homicida. Los médicos del centro eran amigos de Norman. Me trataban de un modo extraño, a base de sedantes, tratamientos de *shock* y cosas así. Creo que empezaba a enloquecer realmente, cuando tuve ocasión de escapar. Abatí a un enfermero y huí de allí. Ésa es toda la historia. Pero usted no va a creerla...

—Le dije que creía en su inocencia, Belinda —la llamó por su nombre, con toda naturalidad, y eso causó un estremecimiento a la joven—. Y sigo creyendo. Ahora más que nunca.

—Señor Saint Cyr, me parece imposible que alguien tenga fe en mí...

—Pues así es. Cuando podamos salir de aquí y aclarar todo lo que sucede en mi casa, me ocuparé de usted también. Nombraré abogados que la defiendan y protejan. Tal vez tengamos suerte y su primo Norman dé algún paso en falso.

—¿Cree que pudo ser él quien...?

—Él y su mujer, en complicidad —afirmó rotundo el escultor—. Estoy seguro de eso. Ella la drogó ese día con algo que la hizo andar en sueños y despertar bruscamente cuando ellos quisieron. Mientras usted dormía, ellos cometían su doble crimen. Lo demás era cosa sencilla. Estoy seguro de que ocurrió así. No necesitaban que a usted la condenasen a muerte. Con recluirla de por vida, alcanzaban su objetivo: el dinero de la herencia. Ahora es diferente. Necesitarían matarla para librarse del posible riesgo de que se descubra su verdadera participación en el asunto.

—Había gente tras de mí en Los Ángeles —afirmó Belinda—. Dos hombres me seguían a todas partes. Sé que eran pagados por ellos. Detectives privados... o algo peor. Tal vez asesinos a sueldo, con la misión de eliminarme.

—¿Los burló usted?

—Sí. El día que fui a la agencia de colocaciones. No volví a verlos. Me cambié de domicilio por eso.

—Ojalá tarden en dar con usted. Pero esa clase de gente siempre tiene recursos para reencontrar una pista —meditó Saint Cyr, arrugando el ceño. Luego sonrió, palmeando suavemente la mano de Belinda—. Ahora trate de descansar. Es muy tarde, y no debe preocuparse de dar clases a los niños. Levántese cuando se sienta descansada y tranquila, por favor.

—Señor Saint Cyr...

—¿Sí?

—Es usted una gran persona. No sé cómo agradecerle todo lo que...

—Pues no lo haga, entonces —sonrió él más ampliamente, incorporándose—. Sea buena chica y duerma ahora. Randall ya no vigilará abajo, sino aquí mismo, ante su puerta. Yo también estaré alerta, se lo aseguro. Tengo un arma y la llevo encima.

Y se tocó significativamente el bolsillo de la bata. Caminó luego hacia la salida del dormitorio. Belinda le siguió con mirada llena de gratitud y ternura. Le preguntó de repente:

—¿Y... y Gantry? ¿Dónde está ahora?

—Con la señora Dawson. Esto empieza a ser una rutina —añadió con macabro sentido del humor—. Esperemos que no aumente demasiado la mercancía...

Belinda se estremeció, pero él le guiñó un ojo desde la puerta y añadió suavemente:

—Hablando en serio, Belinda, me gustaría que estos crímenes tuvieran tan fácil explicación como los de su tía y aquel hombre... Lo malo es que esto no es tan simple ni claro. Cada vez lo entiendo menos... y hasta yo mismo tengo miedo. Pero ni siquiera sé de qué o de quién, amiga mía. Buenas noches.

—Buenas noches, señor.

Saint Cyr empezó a cerrar tras de sí. Pero antes se volvió y negó con la cabeza.

—Señor, no. Llámeme Osmond. Después de todo, debo confesarle que estoy enamorado de usted, Belinda. Pero mi esposa aún vive, y eso hace imposible ese amor, por desgracia.

Cerró la puerta suavemente, dejando a Belinda sumida en un mar de confusiones.

Capítulo XI

BLAKE el leñador había tenido toda la razón en sus pronósticos del tiempo.

Era media tarde y seguía lloviendo torrencialmente. El cielo tenía, sobre las cimas montañosas, un color plomizo intenso que hacía precipitar la llegada de las primeras sombras del atardecer.

Todos los esfuerzos de Hogart por reparar la avería en el motor eléctrico habían sido inútiles. Era imprescindible traer nuevas piezas de recambio, y eso sería imposible ahora, con el único puente abatido por la tormenta y la radio incapacitada para emitir a causa de la ausencia de energía eléctrica.

Belinda se sentía mucho mejor mientras daba la clase a los dos niños juntos, Allyson y Christian, en el *living* de la casa. La pequeña, sentada en su silla de ruedas, manifestaba claramente su hostilidad hacia su hermanito, y éste tampoco se mostraba precisamente cariñoso con ella.

Sabrina Caldwell mantenía una distante y fría relación con ella, en especial ahora, a partir de lo sucedido la noche anterior. Evidentemente, no estaba en absoluto de acuerdo con su patrón respecto al trato que debía darse a una mujer sospechosa de doble asesinato. En cambio, el doctor Quintín seguía mostrándose cordial y amable con ella, aunque era clara su preocupación por el curso de los acontecimientos, que habían provocado ya dos muertes. La presencia de los cadáveres de la señora Dawson y de Cliff Gantry en una habitación de la casa, era algo que casi se palpaba, algo tangible y ominoso que pesaba sobre todos los ocupantes de La Cumbre como una losa.

Procurando apartar de su mente esos hechos estremecedores, Belinda se ocupaba de la enseñanza de ambos pequeños, con total dedicación a la tarea. Pero estaba claro que también los niños sabían lo que estaba sucediendo, porque Allyson se distraía

frecuentemente y Christian no hacía sus habituales preguntas curiosas sobre el tema de la lección.

—Niños, prestad atención —exigió en cierto momento Belinda con tono serio—. Parece que estáis pensando otras cosas.

—Y así es, señorita —admitió Christian, pensativo—. ¿Quién es el asesino?

—No lo sé. Ni es asunto que deba preocuparos a vosotros.

—¿Por qué no? —se sorprendió el rubio muchacho abriendo mucho sus ojos—. Podría matarnos también a nosotros, ¿no?

—No, no hará eso. Sois solamente niños...

—También mató a mi gatito, ¿no es verdad?

—Y a mi paloma —recordó Allyson, vivamente.

—Sí, eso es cierto. Pero es diferente. Eran sólo animalitos. Además, tampoco podemos estar seguros de que eso fuera obra del mismo criminal. Pudo ser, realmente, un animal salvaje.

—Yo no lo creo —rechazó Christian con suficiencia—. Nunca lo creí.

—Yo tampoco —confirmó la niña, removiéndose en su silla—. Siempre dije que era cosa de Christian.

—¡Ya habló la estúpida! —gritó el niño, rabioso, encarándose con su hermana—. ¡Deberían haberte cortado el cuello a ti, no a la paloma!

—¡Christian! —le reprendió severamente Belinda—. Esas cosas no se dicen. Y menos a tu propia hermana.

—Mi hermana es insoportable, señorita Miller —rezongó el niño.

—¿Y tú, qué? —chilló Allyson con histerismo—. ¡Inventándote historias sobre Damien! ¡Estás chiflado!

—¡Imbécil! ¡Yo juego por las noches con Damien! —clamó Christian, enrojeciendo de ira—. ¡Él viene a buscarme muchas veces para jugar!

—Él no existe, ¿por qué no lo aceptas de una vez, y dejas de ver visiones? —se mofó la niña. Que, de repente, empezó a canturrear con horrible ingenuidad—: «Damien se murió, y papá ya lo enterró... Damien se murió, y papá ya lo enterró».

—¡Calla, calla o te arranco el pelo de rata que tienes! —bramó Christian, precipitándose sobre su hermano como una fiera.

—Ya basta —una mano de Belinda sujetó al muchacho férreamente—. Aquí termina tan odiosa discusión. Los dos estáis

portándoos muy mal. Pediros perdón y termine aquí el incidente, ¿está eso bien claro?

—¡No! —rechazó Christian—. No pediré perdón a esa bobalicona. Ni le perdonaré que hable así de nuestro hermano...

—Miren el niño tonto —se mofó Allyson—. ¿Crees que quiero yo tu perdón?

—He dicho que a disculparos el uno con el otro... o seré yo quien tome medidas —mantuvo severamente Belinda, erguida entre ambos niños.

—Está bien... —cedió la niña al fin—. Perdóname, Christian.

—Y tú a mí —masculló él, con disgusto.

Luego, ambos se sacaron la lengua, y el niño corrió fuera de la sala, lanzándose escaleras arriba como una centella. Belinda suspiró, moviendo la cabeza con pesar. El doctor Quintín habló jovial desde la entrada:

—No se exaspere. Christian siempre ha sido igual.

—Christian es bobo —recitó Allyson, triunfante.

—Y tú no hables muy alto —la censuró el médico—. Una señorita no debe usar ese lenguaje, Allyson.

Avergonzada, la niña bajó la cabecita sobre su pecho.

—Lo siento —murmuró—. Lo siento, doctor. Señorita Miller, perdóneme.

—Está bien, Allyson —acarició los cabellos de la pequeña—. Ya está todo perdonado. Lo importante es que os portéis de otro modo en lo sucesivo. No me gustaría enfadarme con vosotros. Ahora, ve a jugar un poco. La clase terminó.

La niña movió la cabeza, empezando a hacer rodar su silla fuera de la sala.

—No podré ir hoy al pabellón —dijo—. Llueve demasiado. Creo que leeré cuentos en el salón. Hasta luego, señorita Miller.

La niña se alejó, con el chirrido leve de las ruedas metálicas de su silla de inválida. El doctor Quintín meneó la cabeza, siguiéndola con la mirada.

—Lástima... —dijo cuando ella ya estaba lejos—. Podría andar. Pero no quiere.

—¿Cómo le ocurrió?

—Una caída estando enferma. Quedó inmovilizada por una lesión. La lesión sanó. Pero su psicosis no. Cree que está realmente

inválida.

—¿Y no lo está?

—No. Físicamente, no. Podría andar, si quisiera. Pero hay muchos casos así, incluso entre adultos. Resultan más difíciles de curar que una polio o una parálisis real. La mente siempre es más complicada que el resto del cuerpo.

—Lo sé. Gracias por tener tan buena opinión de la mía, doctor —sonrió ella.

—Ah, ¿se lo dijo Osmond? —Quintín la miró con simpatía—. Conozco su historia, Belinda. Y pienso como él. Sé cuándo trato con una persona anormal o no. Forma parte de mi trabajo. Usted es una de las personas más sanas que me encontré en la vida, palabra.

—Su criterio me hace mucho bien. Yo misma había llegado a dudar de mí y de mi razón.

—Evidentemente, es lo que ellos querían. Que Osmond la considere inocente no tiene mucho mérito, porque él la ama. Pero yo lo veo más fríamente, como experto.

—¿Se lo ha dicho él también? —Se sobresaltó Belinda, emocionada.

—No —rió el médico—. Esas cosas no hace falta decirlas. Se notan. No veía así a Osmond desde hace muchos años. Creo que desde que creía ser amado por Arlene... Y de eso hace mucho tiempo ya.

—Arlene... —Se nubló la faz de Belinda—. Yo también siento algo profundo por él. Pero usted ha mencionado el gran obstáculo: Arlene... Mientras ella viva, la lealtad del señor Saint, de Osmond... le impedirá unirse a otra mujer.

—Lo sé. Deberá resignarse a ello, Belinda. Osmond es un hombre honesto en todas sus cosas. No tiene por qué guardar fidelidad alguna a su mujer, porque si a ella le ocurrió lo que le ocurrió, fue por su propia culpa. Pero se ha adjudicado el papel de enfermero constante, y no abandonará ese puesto mientras ella exista.

—¿Es, realmente, inofensiva?

—Del todo —afirmó Quintín—. Cuando refirió usted aquella aparición, todos supimos de qué se trataba, pero no podíamos decirle nada. No le hubiera causado daño alguno. No piense que ella es el asesino loco.

—No sé si me hubiera hecho daño o no. Me miraba de un modo tan raro... Y tiró encima de mí aquel pobre gato sangrante...

—Creo que los locos poseen una especial sensibilidad para intuir las cosas. Se dio cuenta enseguida de que usted podía ser una rival. Lo que nunca fue la señorita Warrick, diga lo que diga la gente. Ella provocaba a Osmond, pero él nunca la hizo caso. En usted, Arlene intuyó la presencia de una mujer que podía enamorar a su marido. Y quiso demostrarle sus celos, o asustarla para que se fuese.

—Pues casi lo logra. Menos mal que dio con una persona que había sufrido ya terrores más concretos y profundos.

—Ciertamente, no tiene usted mucha fortuna en la vida —admitió Quintín—. Hay un destino que la persigue obstinadamente. Estoy convencido de que sería muy difícil convencer a la policía de que usted no es culpable de lo que sucede aquí, teniendo en cuenta su pasado. Ha vuelto a encontrarse en el crimen y la sangre, como si ello formara parte de una fatalidad de la que no puede evadirse.

—Lo sé —suspiró ella—. Es como una telaraña que fuese envolviéndome más y más. Vine aquí en busca de un poco de paz, de sosiego, de alejamiento de los peligros que me acechaban, y fui a caer en la propia boca del lobo. Dios mío, doctor, ¿quién puede estar aquí lo bastante desquiciado como para cometer esos atroces crímenes?

—No lo entiendo. No tiene el menor sentido. Que yo sepa, todos somos personas normales. Y la única aquí que no está en su sano juicio, insisto en que es por completo inofensiva. No, nada de lo que ocurre tiene una fácil explicación, créame.

Un ruido allá fuera atrajo repentinamente su atención. Quintín se puso rígido, prestando su máximo interés al sonido. Éste era un peculiar ronroneo lejano, que a ninguno de ellos le resultó desconocido.

—¡Un motor! —murmuró Belinda, sorprendida.

—Un helicóptero, juraría que es —apoyó el médico, esperanzado—. Espere aquí, voy a tratar de comprobarlo. Sería magnífico que nos viesen y bajasen a visitarnos. Sería la forma de pedir ayuda, de poder reparar la avería eléctrica y avisar a las autoridades...

Echó a correr hacia el exterior. También Belinda, que siguió al médico, entre esperanzada y temerosa. Por un lado, ansiaba terminar de una vez con aquel aislamiento angustiado. Por el otro,

temía la llegada de la policía.

También Hogart y Randall estaban allá fuera, agitando sus brazos hacia la altura, a pesar del torrencial aguacero que seguía batiendo las montañas. Entre las espesas nubes, la sombra fugaz de un cuerpo metálico, pasó rápidamente, para perderse al fin en la bruma plomiza.

Desalentados, bajaron sus brazos. Hogart se expresó con disgusto:

—Ni siquiera nos vio. Pasó de largo.

—Es raro que un helicóptero se aventure sobre esta zona con semejante tiempo —señaló Randall, algo perplejo.

—Sí, pensaba igual —corroboró el médico, viendo llegar en ese momento a Osmond Saint Cyr, procedente del estudio, con sus manos sin enguantar, llenas de arcilla.

Mientras todos miraban con sorpresa aquellas manos recubiertas de señales de quemaduras, en especial en su diestra, él se limpiaba con un paño de los restos de arcilla, para escudriñar las alturas, con gesto algo ceñudo.

—Deben estar locos para volar con semejante día —comentó—. ¿Pudieron verlo?

—Sí. Era un helicóptero civil. Nada de policía ni batidores, Osmond —explicó Quintín—. Pasó de largo sin vernos.

—Era de suponer. La visibilidad es muy mala hoy —dijo sin inmutarse Osmond. Luego detuvo sus ojos en Belinda, se suavizó su gesto y añadió suavemente—: ¿Le importaría venir conmigo un momento? Tengo algo que mostrarle...

—Por supuesto que no me importa —se apresuró a responder ella—. ¿Está trabajando por fin?

—Sí. Me he decidido hoy —asintió él, echando a andar hacia el estudio—. Y creo que, poco a poco, podré ir moldeando formas...

—¡Pero eso es magnífico! —Ponderó ella, entusiasmada.

—No cantemos victoria aún —sonrió Osmond Saint Cyr—. Antes, vea el desastre que estoy haciendo...

—Sea lo que sea, será hermoso, estoy segura. Lo importante es empezar de nuevo...

Se introdujeron en el estudio ambos. Osmond cerró la puerta. Sabrina Caldwell cambió una mirada con el médico. Su tono fue desabrido:

—Se ha quitado los guantes por primera vez. Y está intentando moldear...

—Es una buena noticia, ¿no? —sonrió Quintín—. No lo sé —murmuró ella, glacial—. Lo sería, si no estuviese aquí esa mujer...

Y airadamente, regresó a la casa, mientras el médico esbozaba un gesto irónico.

* * *

—Nos hemos posado demasiado lejos de la casa. Empiezo a estar cansado. Además, la noche se nos viene encima a pasos agigantados.

—¿Qué querías? ¿Posarte justo delante de la casa y esperar que nos dieran la bienvenida?

Los dos hombres siguieron adelante, abriéndose paso dificultosamente, en el oscurecer, entre peñascos y breñas, por senderos abruptos y vericuetos casi inaccesibles. Pero sus botas montaÑeras y sus bastones de puntiaguda extremidad de acero, les ayudaba a avanzar con una cierta firmeza, pese a lo infame del terreno.

El hombre del rostro salpicado de cráteres abría la marcha. El flaco y pelirrojo individuo de los ojos redondos le seguía detrás.

—No vayas tan deprisa, Dusty —pidió este último—. Podemos precipitarnos a cualquier barranco si perdemos el pie...

—Calla de una maldita vez, Hank. Tenemos que llegar cerca de la casa antes de que oscurezca totalmente. Este lugar, en plena noche, debe resultar aún más peligroso, maldita sea.

—Supongo que aquel tipo de Los Ángeles nos daría bien los informes... No me haría ninguna gracia venir aquí en vano y no encontrar ni rastro de esa fulana...

—Claro que nos informó bien —gruñó Dusty—. Se dio cuenta de que no se podía jugar con nosotros. Esa zorra nos la jugó bien con su nuevo empleo, ¿eh?

—Suerte que olvidó llevarse o destruir aquel periódico con el anuncio recuadrado en rojo —rió Hank—. Por el hilo, sacamos el ovillo... Al patrón le gustó mucho saberlo. Nos va a pagar mucho mejor aún.

—Lo habremos merecido. Este viajecito no tiene nada de agradable. Además, sólo se trataba de devolver a la fulana al manicomio. Y esto es diferente.

—Claro. Ahora hay que matarla. Pero también el dinero a ganar es mucho más...

—Más se embolsará el patrón, maldita sea. La vida de esa chica vale mucho. Y muerta, aún vale más. Millones de dólares, Hank. Habrá que intentar sacarle lo más posible. Para algo tenemos cabeza y sabemos hacer las cosas —rió Dusty, golpeando un bolsillo de su chaquetón de piel con gesto significativo—. Tenemos suficientes datos contra él como para conseguir que le lleven a la cámara de ejecuciones derecho, junto con su encantadora y elegante esposa. Estos documentos, depositados en un lugar de Los Ángeles, serán nuestro mejor salvoconducto para la fortuna. Y tendrá que darnos lo que pidamos sin rechistar.

—No juegues demasiado con esa clase de tipos. Recuerda cómo se cargó a su propia tía anciana y al querido de ésta...

—Oye, Hank, nosotros no somos pichones inocentes, ¿eh? —masculló Dusty, con voz acerada—. La chica no será la primera persona que liquidamos por encargo, después de todo.

Siguieron adelante sin hablar más, porque la subida de las rampas pedregosas, la lluvia y el viento, dificultaban lo suficiente la respiración como para perder más fuerzas con su conversación. Los dos tipos de Los Ángeles detuvieron su caminata cuando avistaron, a alguna distancia, unos riscos y, sobre éstos, unas vallas enrejadas y unas arboledas.

—Ya llegamos —dijo Dusty, con un resoplido—. Ahora, el resto será coser y cantar. Acamparemos aquí un rato, hasta que sea noche cerrada. Entonces nos acercaremos a la casa...

* * *

Las dos furtivas sombras salvaron sin dificultades las vallas que cercaban la propiedad de Osmond Saint Cyr. Cautelosa, sigilosamente, se movieron por los prados y arboledas, en dirección al lugar donde se alzaba el edificio central de la finca. Observaron que una débil luz salía por las rendijas de algunas ventanas.

—Deben sufrir alguna avería —señaló Dusty—. No tienen luz eléctrica...

—Mejor. Será más fácil maniobrar en la oscuridad —aprobó Hank.

Su compañero no respondió. Estaban ya a corta distancia de la casa. El bosque quedaba a su espalda. Un amplio claro se extendía

ante ellos, azotado por la lluvia turbulenta.

Ambos rufianes intercambiaron una mirada significativa y movieron de modo afirmativo sus cabezas. Comprobaron que llevaban sus revólveres silenciosos en los bolsillos. Y echaron a andar por el último tramo del bosque, hacia el claro.

Hank, que iba detrás, fue el primero en advertir que algo raro sucedía. Giró la cabeza hacia un lado, con cierto sobresalto, al percibir entre el rumor de la lluvia en la hojarasca una serie de roces, como de algún cuerpo deslizándose. Temeroso de que algún animal salvaje pudiera aparecer de repente y lanzarse sobre ellos, extrajo su automática provista de tubo silenciador, dispuesto a enfrentarse con lo que fuese. Y cometió el error de no avisar a su compañero, que con el estruendo del aguacero no captó esos ruidos ni tampoco la acción de Hank al extraer su arma.

El del pelo rojizo se inclinó, buscando entre los matorrales al autor de aquellos ruidos. Aunque esgrimía su pistola, no le sirvió de nada.

La navaja de afeitar, abierta, emergió de entre la espesura con la rapidez de la centella, y segó la garganta del hombrecillo de un solo tajo. La hoja de acero chirrió al cortar la piel, la carne y los tendones como si fuesen de manteca. Un alud de sangre brutal escapó del cuello abierto de un lado a lado. La cabeza osciló, al penetrar la hoja profundamente, casi seccionándole por completo. Con ojos desorbitados, con la sangre ahogando su posible grito de agonía y con las cuerdas vocales segadas de golpe, Hank se derrumbó en los matorrales, sin llegar siquiera a apretar el gatillo de su arma.

Esta vez sí se volvió Dusty, atraído por el sordo choque del cuerpo de su camarada en la hojarasca. Asombrado, le vio agitarse, de bruces sobre los matorrales, sin entender qué podía sucederle.

—Por todos los diablos, ¿qué te ocurre? —farfulló, volviendo sobre sus pasos—. ¿Te has enganchado en alguna trampa para lobos o es que estás borracho?

Se inclinó para tomar con sus brazos a Hank, que aún pataleaba en su atroz agonía.

Le tomó por las axilas para incorporarlo pesadamente. Y en ese momento, una increíble figura humana emergió de entre los arbustos, con helada, siniestra sonrisa en el rostro. Demudado,

incrédulo, Dusty contempló por un momento a aquel ser que brotaba de la espesura como por arte de una magia diabólica. Luego, demasiado tarde, descubrió la navaja abierta y goteando de sangre en una mano...

Quiso hacer algo. Dejó caer el cuerpo bañado en sangre de Hank, buscó su pistola, trató de eludir el tajo de la temible arma blanca. Demasiadas cosas para la demoníaca rapidez de su insólito enemigo. Algunas de ellas se quedaron simplemente a medias.

La navaja hendió su rostro en diagonal, alcanzándole un ojo, la nariz y la boca, en profundo tajo. Vaciado el ojo de golpe, el berrido agónico del criminal desgarró la sombría noche. Retrocedió tambaleante, cegado por la sangre y por el indescriptible dolor de su cara cortada, de su ojo reventado. La navaja, implacable, cayó en nuevo tajo sobre su cuello, bajo la oreja izquierda. Penetró el rectangular acero como si fuese un bloque de mantequilla, y luego segó, con un espeluznante chirrido, llevándose por delante carne, tendones, músculos, nervios...

Bocanadas de sangre en oleadas brotaron de su boca y garganta. Se agitó, convulso, golpeándose contra los árboles, que chorrearon sangre en un apoteosis macabro. La lluvia arrastró gran cantidad de esa sangre, trazando rojos regueros en el suelo. Se desplomó a los pies de su asesino con espasmos, emitiendo un gorgoteo sordo y lúgubre.

Una risa hueca, demencial, escapó de labios del asesino, que se retiró sigilosamente a las sombras del bosque tras su espantosa acción. En tierra, inmovilizándose por momentos, yacían los cuerpos de ambos hombres.

Habían ido a matar. Y habían sido muertos por alguien con quien no contaban.

Capítulo XII

OSMOND se incorporó, sombrío. Meneó la cabeza de un lado a otro.

—No se puede hacer nada por ellos. Están muertos. Brutalmente degollados.

—Pero... ¿quiénes son? —indagó Hogart, perplejo—. Nunca los vi antes por aquí...

—Según sus documentos, eran gente de Los Ángeles.

—¡Los Ángeles! ¿Y cómo pudieron llegar hasta aquí con este tiempo? —se sorprendió el jardinero.

—No lo sé —meditó Saint Cyr—. Pero lo imagino. El helicóptero que oímos pasar ayer por la tarde, Hogart. Sin duda les trajo a ellos. Y si lo conducían por sí mismos, tiene que estar cerca de por aquí. Será cuestión de buscarlo. Hogart, usted y Randall se ocuparán de ello durante toda la mañana.

—Sí, señor —volvió a contemplar los cuerpos abatidos—. ¿Cree que los mató el mismo que acabó con la señora Dawson y con el señor Gantry?

—Eso me temo, sí. El asesino está cada vez más enloquecido, más ávido de sangre. Empieza a ser terriblemente peligroso. Por eso necesitamos hallar ese helicóptero, Hogart. Necesito salir de aquí, ir a pedir ayuda y material de recambio para el equipo eléctrico. Pero, sobre todo, ayuda. Policial, naturalmente.

—Señor, ¿va a arriesgarse a volar con semejante tiempo, si hallamos el helicóptero? —se alarmó Hogart, levantando la cabeza hacia el cielo eternamente nublado y sombrío, vomitando lluvia sin cesar hacía dos días.

—No hay otro remedio. Volveré de inmediato. Pero es preciso que alguien avise de lo que sucede aquí y regrese con la policía. Empezamos a estar saturados de cadáveres. Y este macabro juego lleva trazas de empeorar por momentos...

Recogió los documentos de los dos cadáveres, así como un

abultado sobre cerrado, que rasgó, examinando los papeles que contenía. Sus ojos se iluminaron.

—Aquí hay suficientes pruebas para llevar al patíbulo al matrimonio Marsh... —dijo con gesto resplandeciente—. Creo que alguien va a alegrarse mucho cuando vea esto... Yo tenía razón. Esa muchacha es inocente...

—¿Decía usted, señor? —indagó Hogart, que no había entendido nada.

—No, cosas mías —suspiró Saint Cyr, guardando los documentos reveladores en su bolsillo—. Volveré a casa. Usted y Randall, ocúpense cuanto antes de localizar ese helicóptero que tanto necesito...

—Sí, señor, de inmediato.

El escultor regresó a la vivienda, tras haber acudido a la llamada del asustado Hogart, que era quien a primeras horas de la mañana había encontrado los cuerpos sin vida sobre un mar de sangre, en el lindero del cercano bosque. Poco después, Belinda Marsh sabía que ya no sólo nada tenía que temer de los dos matones de Los Ángeles, sino que una serie de documentos comprometedores reunidos por uno de ellos, acusaban abiertamente del doble crimen a Norman y Claire Marsh.

—Ya no tiene nada que temer, querida amiga —dijo Osmond, tras examinar ella esos reveladores documentos, que tanto significaban para su futuro—. Cuando la policía llegue aquí, podrá enfrentarse a ellos con la cabeza bien alta, y aclarar todas las cosas de una vez por todas. Al menos esta vez, tenemos algo que agradecer a ese asesino, pero ello no significa que la situación aquí no sea desesperada. Ese ser va haciéndose más peligroso por momentos, a medida que incrementa su furia homicida. Es preciso acabar con él... o él terminará con todos nosotros irremisiblemente.

—¿Y qué podemos hacer para evitarlo?

—Si aparece el helicóptero con el que sin duda llegaron aquí esos pistoleros siguiendo su pista, todo se podrá resolver en pocas horas. Me acercaré a Fresno y solicitaré la ayuda del *sheriff*.

—¿Con este tiempo? ¿Va a arriesgarse a volar en plena tormenta?

—No hay otro remedio. He volado en condiciones peores otras veces. Fresno es la ciudad más próxima. No habrá problemas, estoy

seguro.

—Dios mío, tengo miedo a quedarme aquí sola...

—No estará sola. Randall, Hogart y el doctor velarán por usted en mi ausencia, no tema. Será cuestión de pocas horas.

—Pero ¿se le ha ocurrido pensar en la posibilidad de que una de esas mismas personas encargadas de velar por mí... podría ser el asesino?

Osmond la miró fijamente, con gesto grave. Afirmó despacio.

—Sí. Ya lo he pensado otras veces, Belinda. Hay que correr algún riesgo. Será mínimo, se lo aseguro.

Confío ciegamente en Quintín. Él cuidará de usted. Procuraré estar de regreso antes de que oscurezca. Usted no se desplace sola a ninguna parte, no dé ocasión al criminal para descargar su golpe.

—Aun así... tengo miedo.

—Yo también, Belinda —la tomó por ambos brazos, mirándola a los ojos—. Confíe en mí, querida. Por ese mismo miedo voy a emprender el vuelo ahora. Ya no me fío de nada ni de nadie. Cuanto antes salgamos de aquí y la policía se haga cargo de todo esto, tanto mejor. Ahora, sea valiente una vez más... y todo se arreglará en breve, estoy seguro de ello.

Sin añadir más, la soltó y se alejó con paso rápido.

* * *

Poco después de mediodía, Hogart y Randall localizaban el helicóptero de Dusty y Hank en una cercana planicie. Resultó ser un aparato alquilado en Los Ángeles, que ellos mismos habían tripulado.

Una hora más tarde, el aparato remontaba el vuelo sobre La Cumbre, tripulado por Osmond Saint Cyr. Los demás ocupantes de la casa, despidieron el vuelo del aparato desde el porche. La lluvia y las nubes pronto absorbieron al helicóptero, que se perdió con rumbo noroeste, hacia la cercana ciudad de Fresno.

—Que Dios le ayude, y vuelva pronto —susurró fervorosamente la joven.

—Amén —sonrió el doctor Quintín, animoso, poniendo una mano en el hombro de Belinda—. Supongo que esta misma noche estará aquí, con algún policía... Empieza a llenarse de cuerpos la despensa...

Belinda se estremeció, siguiendo al médico dentro de la casa.

Sabrina estaba con los niños en el *living*. Christian lloraba a lágrima viva porque había querido salir a jugar con su hermano Damien, y Sabrina le había reprendido severamente, negándose a permitirle la salida a la intemperie. Allyson aprovechaba el momento para burlarse de su hermanito.

Cuando Belinda llegó, Christian abofeteó a su hermana y salió a la carrera, sin que atendiera las llamadas de nadie. Las dos mujeres se miraron. Había una cierta simpatía mayor en la expresión de Sabrina, desde que supiera que había pruebas documentales de la inocencia de la muchacha, pero ésta se mostró ahora fría.

—Cada vez está más imposible con esa farsa de su hermano muerto —se quejó Sabrina—. Va a ser difícil hacer carrera de ese chico...

—Está loco —dijo Allyson, riendo—. Totalmente loco. Deberían llevárselo de aquí y encerrarle...

Belinda, sin saber por qué, se irritó ante esas palabras de la niña. Se volvió rápida y aferró por el cuello de seda rizada a la pequeña, alzándola casi en vilo.

—¡Cállate! —la ordenó abruptamente—. Eres una niña malcriada, ofensiva y cruel. No digas nunca eso a nadie, y menos a tu hermano. Después de todo, ¿por qué no te preocupas más de ti misma y dejas esa silla de inválida, puesto que sabes muy bien que puedes andar y no quieres?

La niña palideció primero, asustada. Enrojeció luego, y rompió en llanto.

—¡Mala! ¡Eres mala! —reprochó a Belinda—. ¡Te odio, te odio! ¡Siempre te he odiado y te odiaré!

Y se alejó, haciendo rodar su silla rabiosamente, sin dejar de llorar. Antes de ir tras ella, Sabrina miró con sorpresa y reproche a la joven.

—No debió hablarle así. Ni tratarla de ese modo —censuró—. Usted no es su madre, ni la dueña de esta casa, para obrar de semejante forma, señorita Marsh... Porque supongo que ya puedo llamarla así...

—En efecto, puede hacerlo. Tal vez me he dejado llevar de los nervios, señorita Caldwell, pero estoy harta de lo malcriados que están ambos niños. Podrían ser mucho mejores, tanto Allyson como Christian, si se les tratara con mayor autoridad y menos mimo. Si el

niño tiene una obsesión enfermiza con su hermano muerto, también lo tiene la niña por su invalidez, que todos sabemos que no es tal. Puede andar pero no quiero hacerlo. Ya andaría, sin duda, si se la tratase con mayor energía. Lo siento. No volveré a dejarme llevar por mis impulsos.

Y se alejó airadamente a su vez, mientras Sabrina corría en pos de Allyson.

El doctor Quintín la detuvo cuando se dirigía al porche exterior.

—Espere —rogó—. Saldré con usted. Osmond me encargó que no dejara de vigilarla. Por eso no he podido evitar presenciar lo ocurrido. La felicito. Hizo lo que debía.

Salieron fuera. Más allá del tejadillo, la lluvia era una cortina espesa. De los canalones, el agua brotaba con violencia. El aire era frío y húmedo. Pero ella lo aspiró casi con avidez.

—No pudo reprimirme —manifestó—. Esos críos me irritan con sus manías.

—Sí, pueden acabar desequilibrados si se les sigue permitiendo que obren a su antojo.

Osmond no tiene la culpa. Siempre ha confiado la educación de ellos a los demás. A institutrices, a la señorita Caldwell... a su propia esposa.

—Ya. ¿Cómo los educaba ella?

—Fatal. Creo que los torció desde un principio. Sobre todo a Damien.

—¿Damien?

—Sí. Le marcó con ese nombre desde la cuna. Ella parecía orgullosa al afirmar que era su hijo predilecto y el más perverso de todos. ¿Sabe lo que significa en realidad el nombre de Damien para algunos^[1]?

—Claro que lo sé —se estremeció Belinda—. ¿Correspondía a la realidad?

—Murió demasiado pronto para estar seguros de eso. Pero Damien era cruel con todo el mundo. Gozaba con el dolor ajeno. Torturaba animales, insectos, lo que fuese. Y eso a su madre le divertía. Decía que ser malvado significa ser fuerte. Quería que su tercer hijo fuese fuerte, a cualquier precio. Y disfrutaba con la debilidad de Christian y de Allyson. Ella los malcrió a todos. Pero Damien la adoraba.

—Dios mío... —se alarmó Belinda, mirando con cierto terror al médico—. Sería terrible...

—¿Terrible? ¿El qué?

—Que Christian se sintiera, en cierto modo, reencarnado en Damien. Su juego es peligroso, al fingir que el niño muerto viene a jugar con él. Puede tratarse de un desdoblamiento de personalidad, de fundirse con Damien en espíritu... y llegar a sentir la maldad que él poseía.

—Como psiquiatra, debo admitir que es una posibilidad clínica —suspiró el doctor Quintín, sombrío—. En efecto, creo que Christian se inventa la figura de su hermano, e incluso se siente a veces él mismo. Y eso no es sano ni recomendable. Pero intentar disuadirle de su fantasía sería peor aún. La mayor esperanza está en que, con el tiempo, y una vez lejos de aquí, vaya olvidándose de Damien y de su extraño juego.

—Para eso haría falta que, realmente, abandonara La Cumbre.

—A Osmond le costará dejar esto. Pero lo haría... si una mujer a quien amase se lo pidiera por el bien de todos —dijo el psiquiatra, mirando a Belinda muy fijo.

—Yo no puedo pedirle eso. Su mujer vive, doctor.

—Sí, eso es cierto —admitió con gesto taciturno el médico.

Permanecieron en silencio los dos. Luego, la joven sintió un estremecimiento y se cruzó de brazos, regresando a la casa.

—Empieza a hacer frío —dijo por toda explicación.

Y subió a su alcoba, seguida por la mirada atenta del médico.

El trueno retumbó sordamente entre los nubarrones y las cumbres, como el gruñido de una enorme fiera salvaje. Sabrina encendió las velas una a una, con un gesto aprensivo.

—Se hace tarde —murmuró—. Y el señor Saint Cyr no vuelve...

Belinda tragó saliva, mirando el reloj del *living*. Eran casi las siete. Empezaba a dudar que Osmond regresara esa misma noche. Y la idea le producía un terror indefinible.

—Si se hace de noche, será peligroso volar con semejante temporal —musitó—. La tormenta eléctrica vuelve...

Sabrina asintió, saliendo de la habitación. El doctor Quintín buscó en vano una lámpara de gas butano, la especial para *camping*, que era la que daba más luz.

—Creo que Osmond se la dejó en el taller —recordó—. Como ha

vuelto a pensar en su trabajo... Iré a recoger la lámpara al estudio. Vengo enseguida, Belinda.

—No, espere —rogó ella, incorporándose vivamente—. No me deje sola aquí. Me sentiré mejor a su lado.

—Como quiera —sonrió el médico—. Vamos allá. Pero cúbrase bien. Está lloviendo con mucha fuerza...

Un trueno más cercano hizo temblar las vidrieras, mientras el resplandor lívido del rayo penetraba por todos los resquicios de los postigos. Belinda tomó un impermeable con capucha del recibidor, y siguió al doctor a través del claro, bajo el azote implacable de la lluvia.

Quintín abrió apresuradamente el portalón, y entraron en el estudio. Belinda no pudo evitar dirigir otra mirada arriba, al piso cerrado. Recordar que allí vivía, recluida en todo momento, una mujer con la mente desquiciada, y que esa mujer era la esposa de Osmond Saint Cyr, le producía una rara sensación de inquietud y zozobra.

—Sé lo que está pensando —sonrió Quintín, manipulando su linterna, tras cerrar la puerta del estudio tras de ellos, para que no penetrasen la lluvia, el viento y el frío—. No es agradable saber quién está arriba, ¿verdad?

—No, nada agradable —confesó Belinda amargamente, mientras el médico se dirigía en derechura a la lámpara de *camping*.

Los ojos de ella se fijaron en la maqueta del sepulcro. Lanzó un grito sordo. El médico se volvió.

—¿Qué ocurre? —demandó.

—Dios mío, mire eso... La maqueta, doctor... —susurró Belinda, aterrada.

—¿Qué le pasa? ¿Lo mismo del otro día? Osmond me habló de la sangre...

—Sí, hay sangre otra vez en sus ojos... Pero hay algo más. Han roto las cabezas de los tres ángeles...

Quintín lanzó una imprecación. Era cierto. Las tres cabezas de piedra habían sido saltadas de sus cuellos de blanco mármol. Los rostros aparecían surcados por hilillos de sangre seca. Quintín rascó las manchas.

—Y es sangre, realmente —confesó—. ¿Quién se entretendrá en esto?

—Me temo que el asesino... —musitó Belinda. Y recitó en voz alta, sin saber por qué—: «Llorad sangre, ángeles míos... por los que se fueron del mundo de los vivos...».

El médico la estudió, taciturno. Meneó la cabeza de un lado a otro.

—Conozco el poema. Se lo oí recitar una vez a Arlene. Aún se acuerda de él... Pero sólo en ciertos momentos de lucidez. Es horrible, ¿no?

—Todo es horrible, doctor. Vámonos de aquí. Casi se puede respirar una atmósfera maligna. Como si el asesino hubiera estado recientemente en este lugar y algo de su perversa presencia quedase flotando en el ambiente...

Con un escalofrío, echó a andar en pos del médico. En ese momento, Quintín, al tratar de tomarla por un brazo para darle ánimos, tropezó con una de las piezas tapadas por las telas blancas, y ésta se deslizó, descubriendo una de las estatuas.

Un alarido de terror supremo escapó de labios de Belinda que, convulsa, delirante por el pánico súbito, se echó atrás, señalando con mano temblorosa a la escultura recién descubierta.

—¡Oh, no, no, Dios mío...! —sollozó.

El doctor Quintín, lívido, contempló desfavorido el nuevo horror que aquella tela dejaba al descubierto.

No había allí figura alguna de arcilla, mármol o yeso. En su lugar, era una forma humana, sostenida en pie mediante unas cuerdas que la ataban a una columna de mármol a medio tallar.

La figura era la de una mujer con el rostro convulso, el cabello desordenado, la sangre empapando su cuello, sus ropas, sus manos. Los ojos desorbitados se clavaban en la nada, acaso con el supremo y definitivo horror que presenciaran antes de morir.

—¡Arlene! —jadeó el médico—. ¡Es ella, la esposa de Osmond! ¡Dios mío! ¿Qué está ocurriendo aquí?

Y con un supremo gesto de angustia y de espanto, ambos pudieron ver lo que una de las crispadas, ensangrentadas manos de la mujer asesinada sostenía con dedos engarfiados.

Era una peluca rubia. Una pequeña peluca de cabellos dorados con media melena.

Los cabellos que viera Belinda aquella noche, a la aparición infantil en el exterior... El peinado de Damien Saint Cyr, el niño

muerto.

Luego, en la penumbra del estudio convertido en macabra escena de un nuevo y espantoso crimen, Belinda descubrió el rostro del pequeño Christian, como flotando en las sombras, con la mirada malévolamente fija en ella...

Capítulo XIII

GRITÓ, gritó y gritó, pero sus gritos, evidentemente, no eran audibles desde la casa, a través de la lluvia, los truenos y la distancia.

Quintín también había visto lo que ella viera: la peluca rubia en manos de la mujer asesinada. Y el rostro del pequeño Christian, acechándoles en la sombra...

—¡Christian! —llamó con voz potente y clara, llena de autoridad—. Christian, ven aquí. Tú no eres Damien, ¿entiendes? Tú eres Christian. No puedes hacer daño a nadie, no eres malvado. El malvado era Damien. Y Damien está muerto. MUERTO, ¿entiendes? Ven aquí y deja ese juego absurdo. Vamos, ven, nadie va a hacerte nada...

Belinda comprendió horrorizada que el médico hablaba al niño como el psiquiatra hablaría al loco homicida. Trataba de calmarle, de obrar suavemente con él. La espantosa posibilidad de que Christian fuese también Damien, en un morboso desdoblamiento de personalidad, en una esquizofrenia satánica, era alucinante.

Porque entonces... Christian, el pequeño Christian era el asesino. Pero lo era creyendo ser Damien y no él mismo...

Christian retrocedió paso a paso mientras el médico avanzaba hacia él. La escena, al pie del soporte donde se hallaba rígido y ensangrentado el cadáver de su propia madre, ponía los cabellos de punta.

—Vamos, vamos, no te resistas, hijo —le invitó, conciliador, el médico—. Ven aquí... Olvídate de Damien. Eres tú, Christian, un buen muchacho... Ven conmigo...

Otro paso atrás. Quintín pasó junto a otras estatuas tapadas con telas blancas, formas inmóviles en el estudio del escultor. Parecía a punto de conseguir su objetivo, pensó la aterrorizada Belinda. Iba a lograr acercarse a Christian, tomar su mano y atraerle...

En ese preciso instante, una de las estatuas cubiertas cobró vida. La tela voló a un lado. Una forma ágil, felina, cayó sobre el confiado médico, cuando éste estaba a punto de alcanzar a su presa.

Belinda emitió un chillido largo, estremecido, desgarrador. Jamás como en ese momento llegó a experimentar tanto pánico ni tanto horror.

Porque la figura que caía sobre el doctor Quintín esgrimía una navaja de afeitar afiladísima, y con ella trazó un sangriento y profundo surco en la frente, pómulos y nariz del médico, abriéndole la cara en dos, en medio de un baño de sangre.

El chillido que escapó de labios del infortunado médico tuvo algo de animal, y era capaz de helar la sangre en las venas. Se llevó las manos al rostro, cegado por la brutal hemorragia, y entonces su feroz asesino se ensañó en él, cortándole el cuello y la nuca a tajos violentos, salvajes, implacables, que convirtieron la cabeza del psiquiatra en una especie de torrente escarlata que salpicaba todo por doquier.

Incapaz ya de gritar, con la garganta seca y las cuerdas vocales petrificadas, en el límite de su humana resistencia, Belinda presenciaba esa escena sin poder hacer nada por evitarla, sin ser capaz de intervenir en ella...

Viendo cómo un simple niño, una criatura de no más de diez años, rubio y con media melena, de rostro angelical, iluminado por una mueca feroz y maligna, acuchillaba brutal, despiadadamente, a un hombre indefenso, que ya estaba medio muerto al caer de rodillas al suelo.

—Dios mío... —Logró articular roncamente, casi sin voz—. Damien... ES DAMIEN EN PERSONA...

El niño se volvió, riendo malignamente. Enarboló su navaja triunfalmente, goteando de sangre que corrió por sus dedos pálidos, por su brazo infantil y nacarado...

Emitió una risa siniestra, la misma risa diabólica que ella captara ya una vez, a la puerta de la cocina, cuando hallara sin vida a la señora Dawson.

—No, señorita... —negó el diabólico niño riendo—. No soy Damien... Damien está muerto y enterrado... YO SOY ALLYSON, ¿no me reconoce? El tonto de mi hermano siempre pensó que yo era Damien... Me he burlado de todos... De todos...

Y volvió a reír, en el paroxismo de su demencia precoz, mientras avanzaba implacable hacia ella, a la luz fantasmal de la linterna de Quintín, caída en tierra, mientras Christian, demudado, pasivo, se limitaba a asistir a aquella escena sin reacción alguna.

Belinda comprendió todo el horror del momento. Aquella criatura que había asesinado a su propia madre, iba a matarla a ella... El filo de la navaja de afeitar, brillaba siniestramente entre goterones de sangre que caían sordamente en el suelo, como una roja lluvia.

Sollozando, rota ya, vencida por sus terrores, incapaz ni tan siquiera de intentar huir o de gritar, Belinda Marsh cayó lentamente de rodillas, se acurrucó contra el portalón del estudio, esperando el golpe de gracia de aquel arma, en manos de la niña, cuya media melena se había desprendido ya, revelando la larga cabellera de la pequeña Allyson...

* * *

Cuando el portón se abrió de repente a espaldas de Belinda, ella ni siquiera se dio cuenta.

Como hipnotizada, sin ver ni sentir nada, captó borrosamente la presencia de alguien, unas voces roncadas, gritos de asombro y de horror, pisadas firmes... e incluso un disparo de arma de fuego que retumbó en sus oídos como un trueno.

Unos brazos fuertes la alzaron en vilo, apartándola de aquel lugar. Manos recias caían sobre la niña diabólica, para aferrarla y reducirla. Un hombre gritó, al ser herido por la navaja, accionada ágilmente por la siniestra criatura.

Pero ahí terminó todo. Porque otras manos trataron de sujetarla y reducir su resistencia. La niña lo advirtió. Un fulgor demoníaco brilló en el fondo de sus ojos.

Giró hacia sí la navaja sangrante. Se cortó el cuello de un solo tajo, de lado a lado. Hasta los hombres gritaron, horrorizados, echándose atrás. Allyson cayó de rodillas con una mueca perversa en su rostro contraído.

Luego sonrió a sus enemigos, soltó la navaja y se derrumbó de bruces en el pavimento, justo al lado del destrozado doctor Quintín, su última víctima.

—Dios mío, Dios mío... —Oyó vagamente murmurar Belinda a su oído, mientras unos labios la besaban y las manos acariciaban

sus cabellos con temblorosa suavidad—. Mi hija... Mi propia hija...

Y un sollozo ronco ahogó la voz del infortunado padre que acababa de enfrentarse cara a cara con la terrible, desnuda verdad que se ocultaba tras los horrores de La Cumbre.

Epílogo

—ESO va mucho mejor, señorita Marsh. Dentro de poco abandonará este lugar y podrá reintegrarse a una vida normal.

Ella miró vagamente al hombre que le hablaba tan optimista. No le conocía de nada. Se había presentado a ella como Selwyn Pearson, agente de una compañía de seguros de Illinois.

—Normal... —musitó—. Me pregunto si eso será posible para mí alguna vez, señor Pearson.

—Lo será, no lo dude. Ha vivido dos malas rachas en su existencia, hay que admitirlo. De ambas salió con bien, casi milagrosamente.

—¿Y qué relación tiene usted, en todo caso, conmigo y con mis problemas? —quiso saber Belinda, arreglando un poco la manta que cubría sus piernas, en la silla de ruedas del hospital donde se hallaba internada.

—Una muy casual, con la que nadie contó nunca. Su tía Vivien se había hecho un seguro de vida cuyo beneficiario era su sobrino Norman. Ya ve qué ironías tiene la vida. Norman nunca supo eso. Y al matarla, se convertía también en sospechoso, puesto que si usted era condenada por el crimen, él percibiría la póliza íntegra, que era muy elevada. Eso nos hizo investigar, y encontramos evidencias de que usted podía ser inocente y él culpable. Créame, aunque esos pistoleros no hubiesen guardado pruebas para chantajear en el futuro a Norman Marsh, yo hubiese demostrado del mismo modo que usted era inocente.

—Y mientras todo eso sucedía aquí, yo iba a morir en otro lugar... a manos de una niña de diez años —el recuerdo de todo aquello estremeció el cuerpo de la joven.

—Así es. Una horrible historia la de La Cumbre, en efecto. Ese pobre padre, Osmond Saint Cyr, está desolado. Sin embargo, según los psiquiatras, la cosa era mucho más lógica de lo que imaginaban

todos.

—¿Lógica? ¿Cree usted que había lógica en nada de todo aquello?

—Ya lo creo —asintió el investigador de la compañía de seguros jovialmente—. La señora Saint Cyr no enloqueció por causa del accidente tan sólo. Estaba enferma mental desde que nació. Su padre murió internado en un manicomio, cosa que ella supo ocultar muy bien. Por eso educó a su hijo Damien para el Mal, y por eso otra de sus trillizas, la niña Allyson, nació con la herencia maligna de su madre y su abuelo. Así, llegó a convertirse en una torturadora y asesina de animales, y luego en asesina de personas. Poseía una rara capacidad para el mal que le prestaba su propia insania mental. Mató al parecer a todas las personas que le eran particularmente antipáticas. Hasta que ya se decidió a matar a todo el mundo. Realmente odiaba a su madre en el fondo, y cuando tuvo ocasión la mató también. Se ha descubierto que, realmente, se cruzó con Eileen Warrick, su antecesora en el puesto, y la mató y enterró con sus propias manos. Al final, hubiese sido capaz de matar a todo el mundo, incluido su hermano y su propio padre. Ya sólo ansiaba derramar sangre, amedrentar a la gente, sentirse fuerte y perversa. En el fondo, era mucho peor que Damien. Y su pereza para andar sólo la fingía. Cuando le entraba la locura, era capaz de caminar, correr y atacar con fuerza nada común para su edad y sexo... Dios la haya perdonado...

—¿Y su padre? —musitó Belinda—. No he sabido nada del señor Saint Cyr en todo este tiempo...

—Está pasando un mal trance. Por fortuna, llegó a tiempo de salvarla, cuando arribó el *sheriff* y dos comisarios, de regreso a su finca. Pero ver morir a su hija de aquel modo, y saber que ella era la culpable, fue un golpe muy duro para él.

—Lo sé... ¿Cómo está Christian?

—Mejorando. Es un buen chico. Él tenía razón. Allyson se hacía pasar por Damien y él nunca descubrió la farsa. Creía de buena fe que su hermano venía a buscarle. Esa noche tuvo ocasión de saber la verdad y ver todo el horror con sus propios ojos. También sufrió un golpe terrible. Pero dicen los médicos que su mente está muy sana y lo soportará bien. Con el tiempo, irá olvidando poco a poco...

—Sí, el tiempo siempre ayuda a todo. A olvidar, incluso. Yo tendré muchas cosas malas que olvidar. Y alguna buena también...

—La comprendo —sonrió Pearson, poniéndose en pie con un suspiro—. Eso me hace recordar algo. Tenga. Esto me lo entregaron para usted.

Le tendía un sobre cerrado. Ella pestañeó, mirándole.

—¿Quién se lo dio? —preguntó, sorprendida.

—Alguien que piensa mucho en usted y espera volver a verla pronto... —dijo el joven investigador—. Me dijo que ahora todo será diferente. Que si usted siente algo por él... ya no hay nadie que se interponga entre ambos. Y que dos personas juntas pueden olvidar mejor.

—Dios mío... —Le temblaron las manos.

—La dejo. Lea con calma esa misiva. Y mucha suerte, señorita Marsh. La merece sobradamente.

La dejó sola en la alcoba del hospital. Belinda rasgó el sobre, impaciente. De sus labios brotó un gemido al leer la firma de aquel escrito.

—Osmond... —murmuró—. Oh, Osmond querido...

Y comenzó a leer.

FIN

Notas

[1] Según ciertas profecías, Damien se llamará el Anticristo. Damien es también el nombre del hijo del Diablo según algunos escritos ocultistas, y el nombre encierra por todo ello un significado claramente diabólico y maligno. (N. del A). < <